

ETIQUETAS DE LA CASA DE AUSTRIA.

VIII. *

BAUTISMOS DE PRÍNCIPES É INFANTES.

Celebrábanse éstos de ordinario en la parroquia de Palacio, para cuyo efecto se construía oportunamente un pasadizo de madera, al que se bajaba primitivamente por la pieza donde esperaba el acompañamiento, y despues se construyó un *saloncete* que estaba sobre el zaguan para facilitar más la salida por el balcon, cuyos hierros se quitaban en esta ocasion. Cuando el tiempo era rigoroso, se cubría y tejaba por la parte del cierzo, como se practicó en el bautizo del príncipe D. Fernando, verificado en la iglesia de San Gil, á la sazón parroquia de Palacio, el día 4 de Diciembre de 1574. Lo general era, sin embargo, adornar este pasadizo con una balaustrada torneada, de tres piés de altura, unas veces dorada, plateada otras, y se colocaban á trechos graciosos pedestales con bellisimos remates. Levantábase en la iglesia un tablado á la misma altura de el del pasadizo, y en la capilla mayor se colocaba una tarima de doce piés en cuadro, á la que se subía por dos gradas, poniendo en medio la pila en que se bautizó Santo Domingo, y en la capilla próxima, al lado del Evangelio, una cama pequeña para desnudar á S. A.

Fijado el día del bautizo, daba S. M. orden al mayordomo mayor para prevenir todo lo necesario, y éste á su vez las comunicaba á los mayordomos, grandes, consejos y demas que habian de asistir al acto. Alfombrábase todo el pasadizo y la escalera por donde se bajaba desde él á la iglesia. Sobre la puerta de la pieza por donde se empezaba á bajar al pasadizo, se levantaba un dosel, y otro igual en la puerta de la iglesia. Esta se colgaba toda de riquisimas tapicerias. Al lado del Evangelio se ponía un aparador con cuatro fuentes y dos aguamaniles de oro, que era la ofrenda que se acostumbraba á dar al que oficiaba, así como todo el recado portifical; otro aparador se colocaba al lado de la Epistola, con fuentes, aguamaniles y otros objetos de plata que llevaba el guardajoyas de S. M. para el servicio de este día. Frente á la tarima del bautismo colocaban los oficiales de la furriera de S. M. tres bufetes cubiertos de preciosas sobremesas para dejar en

ellos las fuentes con las insignias; en la capilla más próxima al lado del Evangelio estaba dispuesta una cama para desnudar á S. A.

En la antecámara de S. A., reputándose por tal la de la Reina, debajo de un dosel, colocaba el guardajoyas tres bufetes, y en ellos las fuentes con la vela, pintada con las armas reales, el aguamanil, mazapan, salero, toallas, etc.; el guardajoyas de la Reina las cubria con frutereros, y de allí las tomaban los grandes que para ello estaban designados. En el mismo lugar se juntaban los embajadores, grandes, mayordomos, consejeros, etc., y llegado el momento se dirigian á la iglesia por el pasadizo, en la forma siguiente: Alcaldes de casa y corte, con sus varas; pajes de S. M., con su ayo ó teniente, gentiles-hombres de la casa, títulos y gentiles-hombres de la boca, mayordomos del Infante, si le hubiere y tuviere casa, sin bastones, y en medio de ellos cuatro maceros con las mazas; mayordomos de la Reina, con bastones; idem del Rey, con la misma insignia; grandes, reyes de armas con las cotas; los grandes que llevaban las insignias bautismales, descubiertos; el Principe ó Infante que había de ser bautizado, llevado unas veces en los brazos de algun gran personaje, á quien S. M. dispensaba este favor, y otras en los de su aya, que iba sentada en una silla, conducida por los reposteros y ayudas de la cámara, por medio de unas bandas. Si asistía al acompañamiento algun Infante (1), colocábase al lado derecho, y si había cardenal, al izquierdo, un paso más atrás. No habiendo personas reales ni cardenales en el acompañamiento, solía ir á la derecha de la persona que llevaba á S. A. el Nuncio apostólico, y á la izquierda el embajador de Alemania. Así se practicó en los bautizos del Principe D. Fernando, en 16 de Diciembre de 1574, y en el de Felipe III en 1.º de Mayo de 1578, celebrados ambos en la parroquia de San Gil. Seguian los embajadores en dos hileras, por antigüedad. Los padrinos, si eran personas reales, le llevaban la falda, y á sus lados iban la camarera mayor, la aya, los mayordomos mayores y las dueñas de honor en hilera, la guarda mayor sola en medio, las damas de dos en dos, dadas las manos, y por último los guarda-damas. S. M. solía estar secreta y alternativamente en la tribuna y balcon de la iglesia.

* Véanse los números 75, 78 y 80, páginas 161, 281 y 361.

(1) Como sucedió en el bautizo de la Serenísima Sra. Doña Margarita María Catalina, verificado el 8 de Diciembre de 1633.

A medida que el acompañamiento iba llegando á ésta, se quedaban á la puerta de ella ó junto á las barandillas aquellos cuya asistencia al acto no era necesaria. El prelado nombrado para officiar salía á la puerta al són de las chirimias y ministriles. El aya de S. A., asistida de la azafata, ama y comadre, desnudaban al Infante en la cama prevenida para este objeto, y entre tanto entonaban los músicos de la capilla diferentes motetes. Las damas ocupaban la nave del Evangelio, los caballeros conservaban sus lugares y los grandes colocaban las insignias que traían en las manos en los bufetes ya mencionados. Verificado el bautizo y vestido el Infante, los prelados se desnudaban de sus vestiduras pontificales y acompañaban á la comitiva á Palacio, donde esperaba el Rey en la cámara de la Reina para recibir á S. A.

Ya en tiempo de Felipe IV se fué introduciendo la costumbre de imponer el bautismo en la capilla de Palacio, saliendo por los corredores, como se hizo en el de la Serenísima Infanta doña María Antonia Dominica Eusebia el 2 de Febrero de 1635, y en el de la Infanta doña María Teresa el 7 de Octubre de 1638. En ocasion de lutos se practicaba esta ceremonia ménos ostentosamente, saliendo el acompañamiento por el salon á la capilla, atravesando el cancel donde S. M. oía misa. Si el bautizo no era de Príncipe heredero ó de Infanta primogénita, no llevaban mazas los maceros, ni asistían los reyes de armas, y las insignias bautismales las llevaban los mayordomos del Rey y de la Reina, en vez de los grandes. Si la Infanta que se había de bautizar iba en silla, los padrinos se colocaban delante. Así sucedió en el bautizo de la mencionada Infanta doña María Antonia, de quien fué padrino el Príncipe, siguiendo algo detrás el cardenal Zapata y el conde duque de San Lúcar y despues la madrina, que lo era la duquesa de San Lúcar, sirviéndola de brazo el marqués de Leganés; y por ser el Príncipe muy niño y no poder tener en sus brazos á la Infanta, iba para este efecto, al lado izquierdo de la silla, el Conde de Niebla, descubierto, con un gran rupon de tela y una banda de carmesí al cuello para coger á la Infanta. Tampoco, habiendo silla, acompañaban los embajadores, asistiendo sólo á la tribuna.

IX.

PROPOSICION DE CORTES.

Convocadas por S. M. las Cortes generales, reunidos los procuradores del reino y examinados sus poderes por el Consejo de la cámara, señalaba S. M. día para la proposicion. A la hora convenida llegaban á Palacio y esperaban á S. M. en la ante-cámara, donde estaba dispuesta una tarima, y á sus lados

filas de bancos. El presidente de los asistentes de Córtes, el secretario de cámara y los procuradores de Toledo esperaban á S. M. en la galería dorada de Poniente (1). Los alcaldes de casa y corte permanecían en la pieza de la audiencia.

S. M. salía por la puerta que daba á la ante-cámara, precedido de los alcaldes, mayordomos, consejeros de la cámara, procuradores de Toledo y presidente del Consejo, y seguido del mayordomo mayor, sumiller de corps y gentiles-hombres de la cámara. Los procuradores á Córtes, colocados delante de los bancos, hacían la reverencia á S. M. cuando entraba. Sentado S. M. en la silla puesta sobre la tarima y debajo del dosel, mandaba sentar á los procuradores, á tiempo que salían los de Toledo de la pieza donde habían quedado, y hecha la reverencia, pretendían ocupar el primer lugar, disputándosele á los de Búrgos, hasta que mandaba S. M. se hiciera lo que otras veces, quedando entónces en este órden: Búrgos á mano derecha, Leon á la izquierda, Granada seguía á Búrgos, Sevilla á Leon, Córdoba á Granada, Murcia á Sevilla, Jaen á Córdoba, y así alternativamente los demas procuradores, poniéndole á Toledo el aposentador de Palacio un banco, como los otros, frente á S. M. Entre los dos bancos más próximos á la tarima, á mano derecha, tomaba asiento el presidente, y á su lado los consejeros de la cámara, asistentes y el secretario en pié y descubierto, quedando á espaldas de éstos los escribanos mayores de Córtes y otros ministros del reino. Los mayordomos y gentiles-hombres se quedaban detras de S. M., arrimados á la pared por donde éste había entrado: los alcaldes se colocaban frente á S. M. al fin de los bancos, y detras de ellos, á la derecha, los caballeros que habían venido acompañando á cada uno de los procuradores.

Sentados éstos y descubiertos todos, manifestaba S. M. que les había convocado para el objeto expresado en la proposicion que mandaba leer al secretario, así como al reino que se cubriera. Leída la proposicion, levantábanse los procuradores, haciendo reverencia, queriendo responder al mismo tiempo los de Búrgos y Toledo; pero S. M. decía: «Hable Búrgos, que Toledo hará lo que yo le mandare;» y acto continuo respondían los procuradores de Búrgos á nombre del reino. S. M. les agradecía la voluntad que mostraban por su servicio y los mandaba se juntasen con el presidente y asistentes cuantas veces fueren menester, para lo cual les daba licencia, encargándoles asimismo la brevedad y servicio de Dios y bien de los reinos. Acto continuo se levantaba y retiraba á su cámara acompañado de las mismas personas que ántes.

(1) Una pieza ántes de llegar á la de la cama de respeto.

X.

JURAMENTO QUE HACÍAN LOS REINOS DE CASTILLA Y LEÓN
Á LOS PRÍNCIPES HEREDEROS.

Convocaba S. M. para este objeto á Córtes generales á las ciudades que tenían voto. Solia hacerse este juramento en el convento Real de San Jerónimo (1) de Madrid, levantándose al efecto un tablado que ocupaba desde lo alto del presbiterio y el crucero hasta la division del cuerpo de la iglesia, quitando la reja de la capilla mayor; subíase á él por doce gradas, dejando á cada lado un plano flanqueado de verjas plateadas. Adornábase toda la iglesia con ricas tapicerías, alfombrábase el tablado y gradas, y sobre él se ponía al lado de la Epístola una cortina grande para SS. MM., silla para el Rey al lado del Evangelio, y cuatro almohadas para la Reina; y delante un sitial con dos almohadas encima y dos debajo para SS. MM., cubiertas con tafetan carmesi. Si había Infantes, les ponían sillas al lado del Rey, y si Infantas, almohadas al lado de la Reina. Junto al sitial colocaban dos bufetes, uno con la plata necesaria para el servicio de pontifical, y otro con las fuentes y demas objetos necesarios para la confirmacion de S. M., á no ser que ya estuviera confirmado. Disponíase tambien al otro lado del altar mayor un banco cubierto con alfombra para los prelados que oficiaban, y más abajo, enfrente de la cortina, otro banco cubierto de la misma manera para los embajadores, con un sitial delante cubierto con paño de terciopelo. Desde las gradas del tablado hasta debajo del coro se colocaban bancos á uno y otro lado, cubiertos de tapicería, distantes dos pasos de las dos capillas, y distribuidos en tres grupos; distantes una vara el uno del otro. En el primero, del lado del Evangelio, se sentaban los prelados que habian de jurar; en el primero del lado de la Epístola y cortina, los grandes, ocupando los de el medio los títulos y sus primogénitos, y los últimos los procuradores de las ciudades y villas, y en un banco pequeño, en medio de las dos filas, el regidor y jurado de Toledo. Cerraba estas filas de bancos una valla de cinco piés de altura, con puerta, guardada por los porteros de la cámara para detener la gente, que ocupaba la distancia de poco más de 30 piés que mediaba entre la valla y la puerta principal.

El mayordomo mayor participaba al semanero la

(1) En él se celebró el juramento de Felipe II, el 19 de Abril de 1528, á los diez y seis meses y veintitres días de su edad; el del príncipe D. Fernando, el 31 de Mayo de 1553, á los diez y siete meses menos cuatro días; el de Felipe III, el 11 de Noviembre de 1584, de edad de seis años y siete meses menos tres días; el de Felipe IV, el 13 de Enero de 1608, á la edad de treinta y tres meses y tres días, y el del príncipe Baltasar, el 7 de Marzo de 1632, á los veintiocho meses y diez y nueve días, todos en domingo.

hora designada por S. M. para prestar el juramento y la relacion de las ceremonias y distribucion de las personas. El guarda-joyas de S. M. llevaba los ornamentos y plata para el servicio, colocando en el altar de la gradilla una cruz alumbrada por seis cirios blancos, y si celebraba algun cardenal habian de ser siete, cuatro al lado del Evangelio y tres al de la Epístola. Iban por la mañana á la iglesia donde se habia de celebrar aquel acto, las tres guardas de archeros, española y alemana con sus capitanes y tenientes, con pifanos y cajas, para tomar los puestos convenientes en la puerta de la iglesia y claustros, franqueando sólo la entrada á las personas que el mayordomo semanero les hubiese nombrado.

Aguardaba en la iglesia, vestido de pontifical, el prelado que habia de officiar, sentado al lado de la Epístola con sus asistentes y ministros. Los capellanes de honor ocupaban un banco raso al lado de la Epístola junto á la creencia y aparador. A la parte del Evangelio aguardaban en su banco los demas prelados, ocupando los lugares preferentes el capellan mayor de S. M., el arzobispo de Santiago, que se sentaba en silla rasa, como la del mayordomo mayor, entre el banco de los capellanes y la cortina, y el limosnero mayor, que sustituía al Patriarca, si no lo habia. Seguían los embajadores, sentados en sus bancos, y detrás de ellos en pié los consejeros de cámara, como asistentes de las Cortes, y los del consejo Real por testigos (1), colocándose detrás los consejeros de Aragon é Italia, que tambien asistian en virtud del último concepto. Finalmente, seguían los escribanos mayores del reino, los ministros y secretarios de S. M.

Aquel dia solia comer S. M. en San Jerónimo, y, dispuesto ya todo para la ceremonia del juramento, avisaba el mayordomo semanero á los títulos y caballeros que se hallaban en la iglesia, para que fuesen á acompañar á S. M., reuniéndose á este efecto en la ante-cámara, sala y saléta de la Reina. Bajaba el acompañamiento por el claustro alto y escalera principal de la iglesia y entraba por la puerta de las procesiones. Marchaban los primeros los alcaldes de casa y corte, y seguían los pajes con su ayo ó teniente, caballeros, gentiles-hombres de la casa y de la boca, títulos y procuradores de Córtes, mezclados sin órden ni precedencia; iban despues cuatro maceros con las armas reales en los hombros, los mayordomos de la Reina de dos en dos, los del Rey con los bastones en las manos, los grandes, el mayordomo mayor con el baston levantado en la mano derecha, cuatro reyes de armas con sus cotas, el conde de Oropesa descubierto con el esto-

(1) En el juramento prestado al Príncipe Baltasar Carlos hizo S. M. merced á los consejeros de Portugal y Flandes de que asistiesen como testigos. Los consejeros de Aragon solian colocarse inmediatos á los de Castilla.

que desnudo sobre el hombro derecho, representando la justicia; el Príncipe; á sus lados, pero un pocos atrás, los Infantes; SS. MM., á la derecha, el Rey con las insignias de la orden del Toison, á la izquierda, un poco atrás, la Reina llevando cerca de sí un menino por bracero, llevándola la falda la camarera mayor, al lado de ésta el mayordomo mayor de la Reina, y siendo grande, en el lugar de los grandes. Seguían las dueñas de honor y las damas de dos en dos, cogidas de las manos, acompañadas del mayordomo semanero de la Reina, los guarda-damas; las guardas española y alemana permanecían formadas hasta la puerta de la iglesia, cerrando todo el acompañamiento desde el medio cuerpo de S. M. la guarda de archeros. La música, colocada en el coro, y los ministriles comenzaban á tocar desde que entraba el acompañamiento en la iglesia hasta que Sus Majestades se sentaban. Quedaban en dos filas á lo largo de la iglesia los alcaldes, títulos y caballeros, y subían al tablado los mayordomos de la Reina y del Rey y demás acompañamiento próximo á SS. MM. Hecha por todos la reverencia al Santísimo, el capellan mayor quitaba el tafetan que cubría el sitial, el sumiller corría la cortina, entraban Sus Majestades en ella y oraban antes de empezar la misa. El que llevaba el estoque colocábase junto á la cortina á la parte del altar, é inmediatos á él, y á continuación del anterior, los mayordomos mayores del Rey y de la Reina, permaneciendo todos tres en pié y descubiertos. Las dueñas de honor, damas y meninos se situaban más abajo de la cortina; los mayordomos de SS. MM. desde el banco de los prelados al de los embajadores, frente por frente á la cortina, los cuatros Reyes de armas en las gradas que suben al tablado, dos á un lado y dos á otro; en las gradas inferiores los cuatro maceros. Los grandes, títulos y caballeros que habían de jurar tomaban asiento en los bancos señalados colocados en filas á lo largo de la iglesia, ocupando los últimos los procuradores de Córtes, sentándose los de Toledo en el que estaba al fin de todos, frente al altar mayor. Los alcaldes de corte se arrimaban á los piés de la valla, del lado de la Epístola, que es su sitio en la capilla; detrás del banco de los grandes, junto al tablado, los archeros de Corps con las cuchillas, y detrás de los bancos antedichos y á lo largo de la iglesia los gentiles-hombres, caballeros, caballeros, pajes y demás criados de SS. MM. y AA. Ocupaban las tribunas y balcones las señoras convidadas, las de la cámara de la Reina, los representantes extranjeros que no tenían asiento en la capilla, los confesores de Sus Majestades, los consejeros de Estado y otros altos funcionarios que no tenían derecho á prestar el juramento.

Constando este acto de muchas ceremonias, y siendo costumbre jurar á los Príncipes en edad muy

tierna, solía reservarse cerca de la cortina una puerta por donde se le retiraba á descansar mientras se decía la misa. Comenzaba ésta por el *Asperges* si era día en que se hacía, y el cardenal ó prelado que celebraba echaba el agua bendita á SS. MM. y AA.; el asistente mayor del pontifical la echaba luego al nuncio, prelados, embajadores, grandes, títulos y procuradores de Córtes; el receptor de la capilla y otro capellan de honor, al que tenía el estoque, mayordomos mayores, dueñas de honor y damas. Cantábase la misa del Espiritu Santo, y además de la oracion ordinaria, recitaba el prelado por S. A. las siguientes: *Pro Principe collecta: Deus cuius omnis potestas, etc.*;—*Secreta: Munera quæsumus, Domine, oblata sanctifica, etc.*;—*Post Communionem: Hac, Domine, oblatio salutaris, etc.*, tomadas del ritual romano. El capellan mayor servía á SS. MM. la confesion, evangelio, credo y la paz.

Acabada la misa y echada la bendicion por el prelado, si éste era cardenal, publicaban, el diácono en latin y el subdiácono en romance, en alta voz, las indulgencias que se concedían á todos los asistentes á aquel acto por espacio de siete años. Leído el último Evangelio, hacia el prelado la humillacion correspondiente al altar y á SS. MM., y si era cardenal, le correspondía el Rey quitándose el sombrero. Acto continuo pasaba al lado de la epístola y se desnudaba, vistiéndose con los colores y de la forma prescritos en el ritual romano, y asistido de los diáconos y capellanes, se sentaba en una silla puesta fuera de la peana del altar mayor, en el medio. Entonces corría el sumiller la cortina y salía el Príncipe, acompañado del padrino, que solía ser algun gran señor ó Infante á quien S. M. hacía esta honra, y, poniéndose delante del prelado, el mayordomo mayor de la Reina ponía á S. A. una almohada para que se hincase de rodillas. Postrados así el Príncipe y el padrino, recibía aquél la confirmacion, colocándose detrás de él el capellan mayor de rodillas para ponerle la venda y la crisma, y sirviendo todo lo necesario los capellanes; el Príncipe ofrecía la vela, y, ayudándole á levantar el padrino, se volvía S. A. con él á su sitio.

El aposentador de Palacio y el tapicero quitaban el sitial que estaba delante de S. M., y en su lugar se ponía una silla para sentarse el Príncipe mientras duraba el juramento. El prelado, hechas las humillaciones debidas al altar y á SS. MM., se sentaba en el mismo lugar donde había estado para hacer la confirmacion; quitábanle la capa blanca y vestíanle otra carmesi, y los ayudas de oratorio de S. M. le ponían delante un sitial cubierto y una almohada encima para tomar el juramento. El sumiller corría la cortina del lado de las damas, quedando así S. M. en público debajo de un dosel; los prelados bajaban

del banco en que estaban para subir al que tenían prevenido en el plano de la iglesia é ir desde allí á hacer el juramento; el prelado que oficiaba se lavaba las manos, sirviéndole el aguamanil y la toalla algunos señores ó parientes suyos, colocados de antemano junto al lugar de la creencia, y, dichas las oraciones que en tales casos previene la Iglesia, subía al tablado el rey de armas más antiguo, situándose al lado del Evangelio, y, hechas las reverencias al altar y á SS. MM., con el rostro vuelto á la iglesia, leía en alta voz la proposición: «Oid, oid, oid la escritura que aquí os será leída del juramento y pleito-homenaje y fidelidad que los serenísimos Infantes... que presentes están, y los prelados, grandes señores, caballeros y procuradores de Córtes de estos reinos, que por mandado del Rey nuestro señor el día de hoy están juntos y presentes, hacen al serenísimo y muy esclarecido Príncipe... N..., hijo primogénito de S. M., como Príncipe de estos reinos, durante los largos y bienaventurados días de S. M., y después por Rey y señor natural propietario de ellos.» Leída la proposición y hechas las reverencias, volvía el rey de armas á su lugar y salía del suyo el consejero más antiguo de la Cámara, y hechas las mismas reverencias y colocado en el mismo sitio ocupado ántes por el rey de armas, leía la escritura del juramento, concebida en estos términos:

«Los que aquí estais presentes sereis testigos cómo en presencia del católico... N... nuestro soberano señor, y Reina... N... nuestra señora y los señores Infantes... N. y N. y los prelados, grandes, caballeros y procuradores de Córtes, de las ciudades y villas de estos reinos que están juntos en Córtes por mandado de S. M. en voz y en nombre de estos reinos, juntamente, de una concordia, libre y espontánea voluntad agradable y cada uno de por sí y sus sucesores y los dichos procuradores por sí y en nombre de sus constituyentes, y por virtud de los poderes que tienen presentados y de las ciudades y villas que representan estos reinos y en nombre de ellos, guardando y cumpliendo lo que de derecho y leyes de estos reinos deben y son obligados, y su lealtad y fidelidad les obliga, y siguiendo lo que antiguamente los Infantes, prelados, grandes, caballeros y procuradores de Córtes, de las ciudades y villas de estos reinos en semejante caso hicieron y acostumbraron hacer, y queriendo tener, guardar y cumplir aquello, dicen que reconocen y desde ahora han, tienen y reciben, al serenísimo y esclarecido señor N., hijo primogénito y heredero de S. M... N. que presente está, por Príncipe de estos reinos de Castilla y León y los demás de esta corona á ellos sujetos, unidos é incorporados y pertenecientes, durante los largos, prósperos y bienaventurados días del Rey nuestro señor, soberano

señor, y después de aquellos por Rey y señor legítimo y natural heredero y propietario de ellos, y que si viviendo S. M. le dan fé y prestan la obediencia, reverencia y fidelidad que por leyes y fueros de estos reinos, así como á Príncipe heredero de ellos le es debida, por fin de S. M. la obediencia y reverencia, sujeción, vasallaje y fidelidad que como buenos súbditos y naturales vasallos le deben y son obligados á le dar y prestar como á su Rey y señor natural; y prometen que bien y verdaderamente tendrán y guardarán su ser y cumplirán lo que deben y son obligados á hacer: y en cumplimiento de ello, á mayor abundamiento y para mayor fuerza y seguridad de todo lo que sobredicho es, VV. AA. y vos los prelados, grandes y caballeros por vos y los que después de vos fueren y os sucedieren, y vos los dichos procuradores, en nombre y ánima de vuestros constituyentes y los que después fueren, en virtud de los poderes que de ellos teneis, y vos mismos, todos unánimes y conformes, decís que jurais á Dios nuestro Señor y á Santa María su madre, y á la señal de la Cruz y á las palabras de los Santos Evangelios que están escritos en este libro misal que ante vos teneis abierto, la cual Cruz y Santos Evangelios corporalmente con vuestras manos derechas tocáis, que por vos y en nombre de vos y de vuestros constituyentes y de los que después de vos y de ellos fueren, tendreis realmente y con efecto con todo vuestro leal poder al dicho serenísimo y esclarecido Príncipe N. por Príncipe heredero de estos reinos, durante la vida de S. M. y después de ella por vuestro Rey y señor natural, y como á tal le prestareis la obediencia, reverencia, sujeción y vasallaje que le debeis, hareis y cumplireis todo lo que de derecho debeis y sois obligados á hacer y cumplir cada cosa y parte de ello, y que contra ello no ireis ni vendreis ni pensareis directé ni indirecté en tiempo alguno ni por ninguna manera, causa ni razón que sea. Así Dios os ayude en este mundo los cuerpos y en el otro las almas donde más habeis de durar. Lo contrario haciendo, decís que os lo mande él caramente, como aquellos que juran su santo nombre en vano. Y demás allende de esto decís que quereis ser habidos por infames, perjuros, fementidos y tenidos por hombres de ménos valor y que por ello caigais en caso de alevosia y traición y en otras penas y leyes por fueros de estos reinos establecidas y determinadas. Todo lo cual VV. AA. los señores N. y N. Infantes y vos los dichos prelados, grandes y caballeros por vos y por los que después de vos fueren y os sucedieren, y vos los dichos procuradores de Córtes por vos y en nombre de vuestros constituyentes y los que después de ellos fueren, decís que así lo jurais y á la conclusión que se os hará del dicho juramento, respondereis todos clara y advertidamente, diciendo: Así lo juramos y

amén. Y otro sí, VV. AA. los señores N. y N. Infantes, y vos los prelados, grandes y caballeros, por vos mismos y por los que de vos fueren y os sucedieren y vos los dichos procuradores de Cortes por vos mismos y en nombre de vuestros constituyentes y de los que despues de ellos fueren, decís que haceis pleito-homenaje una, dos y tres veces, segun fuero y costumbre de España, VV. AA. en manos de S. M... N. nuestro señor y los referidos en manos de N. (1) que de vos lo tome y reciba en nombre y favor del dicho serenísimo y esclarecido Príncipe nuestro señor, que tendreis y guardareis todo lo que dicho es, cada cosa y parte de ello, y que no ireis ni vendreis ni pensareis contra ello ni contra cosa ni parte de ello, ahora ni en tiempo alguno por ninguna causa ni razon, so pena de caer é incurrir, lo contrario haciendo, en las penas susodichas y las otras en que caen é incurren los que contravienen y quebrantan el pleito-homenaje hecho y prestado á su principe durante la vida de su padre y despues de aquella á su Rey y señor natural, en señal de lo cual decís que de presente como á vuestro principe y despues de los largos y felices dias de S. M., como á vuestro Rey y señor natural, y con el acatamiento y reverencia debidos le besais la mano.»

Concluida la lectura de este documento, el maestro de ceremonias iba á llamar al capellan mayor para que éste pusiera en el sitial, que estaba delante del prelado, el libro de los Evangelios y la cruz para el juramento de los Infantes. El Infante, hecha la reverencia al altar, volvía á la parte de la cortina y hacía otra á SS. MM.; levantábase entónces la Reina, devolvíale la reverencia, y volvíase á sentar; si había otro Infante, éste permanecía en pié y descubierta hasta que volvía de jurar el primero. Este hacía otra reverencia ántes de llegar donde estaba el prelado, hincaba las rodillas delante del sitial, en una almohada que le servía el mayordomo mayor; el capellan mayor ponía al mismo tiempo sobre el sitial el libro de los Evangelios y encima un Crucifijo, y el cardenal preguntaba: «Vuestra Alteza, como Infante de Castilla, ¿jura de guardar y cumplir todo lo contenido en la escritura de juramento que aquí le ha sido leída?» El Infante, puestas las manos sobre el libro y la cruz, respondía: «Sí, juro.» A lo que el cardenal replicaba: «Así Dios le ayude y los santos Evangelios.» El Infante contestaba: «Amén», se levantaba, hacía las reverencias al altar y á S. M., hincábase de rodillas delante de éste para hacer el pleito-homenaje y entraba sus manos juntas una con otra por el hueco que formaban las de S. M. Entónces éste le decía: «¿Vos haceis pleito-homenaje una,

dos y tres veces, una, dos y tres veces, una, dos y tres veces, y prometeis y dais vuestra fe y palabra que cumplireis todo lo que esta escritura de juramento que se os ha leído contiene?»—Respondía: «Así lo prometo.» Levantábase el Infante, iba donde estaba el Príncipe, y hecha otra reverencia, le tomaba la mano para besársela; pero el Príncipe le echaba los brazos. Despues besábasela al Rey, y S. M., poniéndose en pié, le daba los brazos; hincábase de rodillas ante la Reina y la pedía la mano para besársela, pero ésta, poniéndose en pié, se excusaba echándole los brazos. Hacía en seguida reverencias al altar, al Príncipe y á SS. MM. y volvía á ocupar su asiento. De la misma forma hacían el juramento los demas Infantes, permaneciendo entre tanto en pié y descubiertos los embajadores, prelados, grandes, títulos y demas concurrentes.

El asistente mayor ponía otro libro de Evangelios y otra cruz, diferentes de los en que juraron los Infantes, en un sitial colocado al lado de la Epistola. El rey de armas más antiguo que leyó la proposicion, desde el lugar en que se hallaba, hecha reverencia al altar y á SS. MM., volvía el rostro á la parte del banco de los grandes, y decía en alta voz: «N... (1), subid á tomar el pleito-homenaje.» Subía, y haciendo la reverencia al altar y á SS. MM. y la cortesía á los prelados, grandes, embajadores y títulos, se ponía en pié, descubierta, al lado de la Epistola. El rey de armas, vuelto á los prelados, decía en alta voz: «Subid, prelados, á jurar.» El maestro de ceremonias acompañaba al capellan mayor ó prelado que ocupaba el primer lugar de su banco respectivo para subir á jurar, haciendo la cortesía á los prelados, grandes, títulos y demas personas que juraban, y la humillacion al Santísimo, á SS. MM., damas y embajadores, se ponía de rodillas delante del sitial del prelado que le decía: «¿Jurais de guardar y cumplir todo lo contenido en la escritura de juramento que aquí se os ha leído?» Y puestas las manos sobre el libro de los Evangelios y la cruz, respondía: «Sí juro.» Volvía á decir: «Así Dios os ayude y estos santos Evangelios;» á lo que respondía: «Amén.» Levantábase luégo, y hecha la reverencia al altar y otra ántes de hacer el pleito homenaje, estando ambos en pié, juntas las manos el que le prestaba, y metiéndolas así en el hueco de las del que las recibía, le decía éste: «¿Vos haceis pleito-homenaje una, dos y tres veces, una, dos y tres veces, una dos y tres veces, y dais vuestra fe y palabra que cumplireis todo lo que en esta escritura de juramento que aquí se os ha leído, se contiene? Respondía: «Así lo prometo.» Iba desde allí á donde estaba el Príncipe, haciale reverencia, é hincado de

(1) Nombre y título de la persona á quien S. M. designaba para recibir el pleito-homenaje.

(1) Nombraba por su título á la persona designada por S. M. para tomar el pleito-homenaje.

rodillas le besaba la mano; levantábase y haciendo otra reverencia, se llegaba á besar la mano de S. M., pero S. M. rehusaba cortésmente el dársela, y lo mismo sucedía con la Reina. Hacía su cortesía á las damas yembajadores y se bajaba á su asiento, no sin repetir otra cortesía á las damas antes de tomarle. De esta suerte seguían los demas prelados prestando el juramento y pleito-homenaje, y en acabando éstos, el rey de armas, despues de hacer reverencia al altar y á SS. MM., dirigía la voz á los grandes, diciéndoles: «Subid, grandes, á jurar.» Subían, repetían las mismas reverencias y cortesías, prestaban el juramento y pleito-homenaje como los prelados, besaban la mano al Príncipe y á SS. MM., y volvían á ocupar sus puestos. A los grandes sucedían los títulos del reino, que gozaban de esta preeminencia, siendo tambien llamados por el rey de armas, como despues los procuradores de Córtes. Levantábanse entónces cuatro de éstos de sus asientos, dos de Búrgos y dos de Toledo, y á buen andar llegaban juntos á lo alto del tablado, y hechas las reverencias al altar y á SS. MM., querían los de una ciudad jurar primero que los de la otra, siguiendo su antigua competencia. S. M. decía: «Jure Búrgos, que Toledo hará lo que yo le mandare.» Pedíalo Toledo por testimonio y S. M. se lo mandaba dar. Bajaban los de Toledo á su asiento, juraban y hacían pleito-homenaje los de Búrgos, besaban la mano al Príncipe y á SS. MM. y se volvían á su banco. De dos en dos iban sucesivamente jurando los demas procuradores. Juraban despues y hacían su pleito-homenaje el mayordomo mayor del Rey y el de la Reina, los mayordomos de SS. MM., y despues los procuradores de Toledo. Seguía á éstos el conde de Oropesa, dando previamente el estoque real al primer caballero del Rey y volviéndole á tomar despues, y finalmente, el personaje que había tomado á los demas el pleito-homenaje juraba en manos del prelado y prestaba pleito-homenaje en manos del mayordomo mayor del Rey, recibéndolo él, á su vez, inmediatamente del prelado, así como el capellan mayor el juramento.

Terminado éste, salía de su lugar el secretario de cámara y estado de Castilla, acompañado de los escribanos mayores de las Córtes, y haciendo reverencia al altar y á SS. MM., se ponía delante del Rey, y en alta voz le decía: «V. M., en nombre del serenísimo y esclarecido Príncipe N., su primogénito hijo, ¿acepta el juramento y pleito-homenaje y todo lo demas en este acto hecho en favor del serenísimo Príncipe, y pide á los escribanos de las Córtes que así lo den por testimonio y manda que á los prelados, grandes, títulos y casas que estén ausentes y acostumbran jurar, se les vaya á tomar el mismo juramento y pleito-homenaje?» S. M. respondía: «Así lo acepto, pido y mando.» El secretario

y escribanos volvían á sus puestos, SS. MM. se levantaban y salían de la iglesia por la puerta secreta hecha para retirar al Príncipe, siguiéndoles la camarera mayor, dueñas de honor, damas, meninos y mayordomos, dándose fin al acto con la música de los ministriles, trompetas y atabales.

A. RODRIGUEZ VILLALBA

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO OBRERO EN BÉLGICA Y HOLANDA.

Formacion del reino de los Países Bajos.—Revolucion de Bélgica y su emancipacion de Holanda.—Monarquía belga.

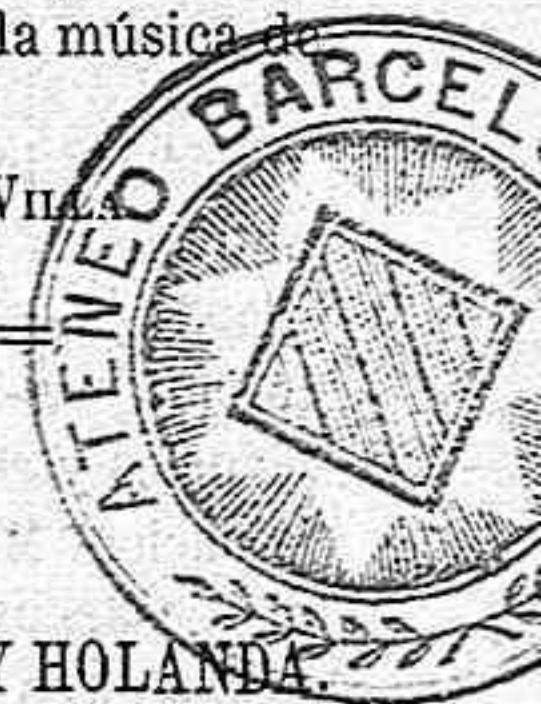
Estado social de Bélgica.—Instituciones para remediar la pobreza, aliviar la indigencia y reprimir la miseria.—Estado social de Holanda.—Medios empleados para el bienestar de las clases necesitadas.—Colonias agrícolas.

Movimiento de los obreros belgas hácia su emancipacion económica.—Sociedades de socorros mutuos.—Asociacion de la clase media.—La asociacion en Holanda.

Actual situacion política y social de Bélgica.—Insurrecciones obreras en los distritos mineros.—Su pensamiento revolucionario.—Últimas manifestaciones.

Cuando la caída de Napoleon produjo nuevos Estados y arreglos políticos en Europa, tocó á Bélgica y Holanda la formacion de un reino llamado de los Países Bajos, que sirviese de sólido dique á los planes de la Francia, si algun dia ésta, repuesta de sus derrotas, pensara levantar de nuevo por el Norte sus conquistas. El Congreso de Viena, representante del principio de legitimidad monárquica, y enemigo sistemático del derecho electivo de los pueblos para constituirse y nombrar los delegados de sus poderes, confirió el cetro á Guillermo de Orange, el cual recibió tambien el ducado de Luxemburgo, anejo á la Confederacion germánica. ¡Así vino á cambiarse de repente la vida política de dos pueblos que hasta 1813 corrieron la misma suerte de la Francia revolucionaria!

Pero una obra tan trabajosamente construida por la Santa Alianza, y sostenida contra el distinto pensamiento y opuesto carácter de ambos países, no debía ser muy duradera. La revolucion de Julio en Paris influyó en Bélgica para su emancipacion de Holanda, que durante la union se impuso á los belgas con todo género de arbitrariedades y persecuciones, de carácter político unas veces, religioso otras. En la noche del 25 de Agosto de 1830, el pueblo y los estudiantes de Bruselas, excitados en su amor á la libertad é independencia por los patrióticos cantos de *La Mutta di Portici*, invadieron los edificios de las autoridades, formaron una milicia ciudadana, constituyeron una comision popular gubernativa, decretaron la independencia nacional y excluyeron á la casa de Orange del trono de los belgas. De lamentar fué que las excisio-



nes entre la clase media y el pueblo no afirmaran definitivamente la república en un país tan ilustrado y liberal, deseada también por el digno Potter, presidente del Congreso nacional. En éste se adoptó por forma de gobierno la monarquía constitucional; se concedió al pueblo una Constitución casi democrática; se dió á la Iglesia católica su independencia, y se llamó al trono un príncipe emparentado con la casa de Inglaterra, Leopoldo de Sajonia Coburgo, á quien la historia declaró bien pronto modelo de reyes constitucionales y respetuosos á las libertades y derechos de la nación. Mientras la Bélgica ha prosperado más cada día desde su emancipación de la Holanda, ésta vive bajo el peso de una dinastía más atenta á sus intereses personales que á los intereses del país. Tan sólo resta al primero de estos pueblos dominar la excesiva influencia del clero ultramontano, que desde la revolución de Agosto en 1830 supo aprovechar la coalición con los liberales y demócratas para imponer sus ideas á la juventud universitaria. ¡Gracias á que la fundación de la universidad libre de Bruselas ha detenido los funestos efectos de la propaganda jesuítica!

..

Sin embargo de que hace algunos años la Bélgica pasa por ser un país industrial, rico, poblado y culto, hay en él bastante miseria y mucha pobreza. Hasta 1850 las estadísticas arrojan un indigente cada seis ó siete habitantes. No ha mejorado visiblemente mucho esta triste proporción desde aquella fecha, siendo de notar que la situación moral y material de los obreros agrícolas es infinitamente superior á la de los jornaleros de las ciudades. Lieja, Flandes y Bravante, pueblos cuya industria ha podido competir ventajosamente en los mercados de Europa, presentan unos salarios mezquinos sobre trece y catorce horas de bajajo duro y penoso; en cambio, Luxemburgo y Limburgo, pueblos agrícolas, cuentan un indigente por cada 100 habitantes. Aún no hace muchos años que el más modesto propietario de Flandes recibía semanalmente á las puertas de su casa cerca de mil hombres pidiendo limosna. ¡A qué tristes reflexiones da lugar este horrible estado de una clase que, á pesar de trabajar más de la mitad del día, no logra satisfacer la imperiosa necesidad del hambre!

Para remediarle en cierto modo, fundáronse primeramente instituciones caritativas, individuales y sociales, particulares y oficiales, preventivas y represivas; las cuales, al igual de otros países, no han atajado el mal, ni ménos estirparlo radicalmente. Los hospicios y hospitales, cuyo número pasa de 600 entre los del Estado y los de fundación particular, satisfacen una necesidad momentánea del individuo, pero que de poco sirven al mejoramiento de una clase víctima del sufrimiento moral y de las necesidades materiales. Lo mismo pasa con la beneficencia domiciliaria, cuyos socorros ascienden á muchos millones de francos, que

se reparten entre los afiliados en sus respectivos distritos ó parroquias. Entre las instituciones llamadas preventivas, se cuentan por toda la Bélgica muchos comedores públicos á precios baratísimos; salas de asilo para mil ó más párvulos; escuelas primarias, escuelas dominicales, montes de piedad, que no exigen interés alguno en préstamos menores de 50 reales, cajas de ahorros, casas de sociedades, sociedades benéficas con objeto determinado, como la Filantrópica, la de San Vicente de Paul, la de Industria Nacional, la de Caridad Maternal, la de Trabajo á los desocupados, etc., etc. Más utilidad que éstas han reportado los talleres de caridad y las escuelas profesionales, cuya organización se debió en los años 1835 y 1837 á la iniciativa del rey Leopoldo. Sus resultados son tan lisonjeros, que hoy esas casas de trabajo cuentan por miles sus operarios, y muchos de los obreros, ya establecidos ventajosamente en varios puntos de Bélgica, decían con orgullo que en ellas aprendieron sus oficios.

Grandes depósitos de mendicidad y cárceles de vagos son los dos medios represivos de la miseria que los belgas practican con preferencia á los demás que conocemos en otros países, donde á los acogidos voluntariamente y á los encerrados á la fuerza se les hace trabajar en comun, á la vez que se les impone silencio, con el plausible objeto de que la conversación y la confianza no empeoren las condiciones de los unos y los otros. Las conveniencias de este sistema penitenciario para remediar la mendicidad son aún el tema constante de estudio por parte de los publicistas, á quienes el ilustrado gobierno de Bélgica escucha y atiende en todo lo que ellos proponen como un progreso hácia el bienestar moral y material de las clases necesitadas.

La Holanda ha llevado ventajas á la Bélgica en esta delicada cuestión social, quizás porque aquel país apenas conoce dos grandes plagas de la sociedad presente, la riqueza extremada y la pobreza absoluta. Hace ya algunos años que Holanda, si carece de la opulencia y del lujo tan frecuentes por desgracia en otros países, también carece de esa miseria repugnante y escandalosa que á todas horas y en todos sitios se presenta como protestando de las desigualdades de las fortunas.

No quiere decir esto que en Holanda no haya ricos y pobres, clase media y clase obrera. La décima parte de su población no contribuye directamente á las cargas públicas, lo que equivale á que toda ella es clase necesitada. Pero en cambio de esta proporción entre los que tienen y los que no tienen, hay en las villas importantes, y aún en muchas que no lo son, escuelas de niños, hospitales para enfermos, hospicios para viejos, asilos para ciegos y sordo-mudos, cajas de ahorros, sociedades de socorros mutuos, montes de piedad y colonias agrícolas, medios todos que sirven para

prevenir la funesta y rápida extensión de la miseria pública.

Apénas existe en Holanda la caridad pública y legal. Casi todas las instituciones benéficas se deben á la iniciativa individual, cuando más á los esfuerzos municipales, y éstos á título de proteccion ó auxilio. Sobre las colonias agrícolas principalmente se ha ejercido la mayor influencia. Las hay de varias clases: libres, como las de la provincia de Drenthe, formadas por pobres que voluntariamente se establecen en ellas; penitenciarias, como las de Ommerschans, en la Over-Issel, para los mendigos de ambos sexos; mixtas, como las situadas en los campos de Veenhuisen, en Frise, para los huérfanos y expósitos, mendigos, colonos libres y veteranos; colonias-presidios, cerca de las penitenciarias, para criminales de graves delitos; últimamente, colonias de enseñanza agrícola en Wateren, para huérfanos y expósitos. Al lado de los trabajos industriales, en estas útiles colonias, se ha cuidado mucho por la cultura intelectual de los beneficiados, cuyo número en todas ellas pasa de 20.000, contándose ya más de 600 edificios, algunas iglesias de distintos cultos, talleres, escuelas, bibliotecas, fábricas, etc., etc., todo sostenido á expensas de los donativos particulares de 20.000 suscritores y de las subvenciones del Estado. Desde 1818, fecha en que, si mal no recordamos, se inauguraron éstas bajo la dirección del hábil é inteligente general Van den Bosch, son incalculables los beneficios que han reportado á los agricultores holandeses. De sentir, y mucho, es que otros países de Europa, en los que se indica constantemente la necesidad de desarrollar la industria agrícola, no se hayan decidido todavía á plantear instituciones sociales como las colonias de Holanda.

También el movimiento de emancipación de los obreros belgas, impulsado por el salvador principio de asociación, se manifiesta exclusivamente por la iniciativa individual y con independencia de la tutela del Estado. La sociedades de socorros mutuos representaban á principios de este siglo la continuación de aquellas hermandades ó cofradías tan comunes y numerosas en los Países-Bajos, aunque modificándose más cada día en sentir de las nuevas exigencias del progreso económico. Los caldereros, fundidores, herreros, cerrajeros, relojeros, cuchilleros, armeros y constructores de pesos y medidas en Amberes, Bravante y Flandes, fueron los primeros en proseguir dentro del mutualismo las asociaciones que desde su principio habían adquirido un doble carácter benéfico y religioso. Idéntica marcha adoptaron los panaderos de Lieja; los carpinteros de Bruges; los sastres y zapateros de Gante; los ebanistas y tapiceros de Tournai, y los tipógrafos de Bruselas. De 1827 á 1850 contaba Bélgica con 130 sociedades de socorros mu-

tuos, á las cuales se habían afiliado unos 14.000 individuos, llegando á 4.000 de éstos los socorridos en casos de muerte, enfermedad y falta de trabajo. De 1850 á 1860 la cifra de estas sociedades elevóse á 300, á 50.000 el número de los societarios, y á 3.000.000 de reales el capital social. Las estadísticas de aquella época hacen la siguiente distribución provincial de las sociedades de socorros mutuos: Bravante, 65; Amberes, 40; Flandes occidental, 60; Flandes oriental, 80; Hainaut, 15; Lieja, 25; Namur, 15; total: 300. De éstas sólo 40 estaban legalmente reconocidas en aquella fecha.

Desde 1860 se han desarrollado prodigiosamente las sociedades de socorros mutuos por todo el país belga, pudiendo asegurarse, por medio de datos justificativos, que hoy cuenta un asociado por cada 30 habitantes, cifra que se hace mayor si consideramos que son otras más las instituciones creadas al amparo de las reformas legislativas (1) con carácter mutualista unas, como cajas de economías otras, entre las que figuran las de los pilotos, de los artistas, de los empleados del ferro-carril, de los mineros, etc. Los canteros del Hainaut, por ejemplo, unidos á los carboneros del Selessin, han formado su asociación con 80.000 afiliados lo ménos, los cuales dan un ingreso anual de siete millones de reales. Este sistema de doble caja, triple ó cuádruple, segun el número de asociaciones reunidas, da en Bélgica resultados tan sorprendentes, que los ingresos satisfacen, no sólo las necesidades materiales de los asociados enfermos y faltos de trabajo, de sus viudas y huérfanos, si que además los gastos de una instrucción completa á todos sus miembros.

Compréndese fácilmente la ilustración individual y social de los belgas, cuando se ve que el espíritu de asociación ha pasado de las clases jornaleras á las clases medias, ántes que en otro país. En Ostende, Malinas, Mons, Bruges, Ixelles, Ledeborg-lez-Gand, Lieja, Bruselas y otras ciudades de alguna importancia, los empleados del Estado, los de oficinas particulares, los médicos y abogados, los viajantes de casas de comercio, los dependientes de casas de banca, los gerentes industriales, los oficiales de la curia, etc., han formado numerosas asociaciones que les ponga á cubierto de los azares de la suerte en casos de muerte, enfermedad ó imposibilidad de trabajar, y es tanto el entusiasmo, tan grande la fe mutualista de tales societarios, que no dejan pasar un día sin estimular á los indiferentes para que imiten su ejemplo y contri-

(1) La ley belga de 1851 es copia exacta de la ley francesa de 1850, por la que gozan de libertad completa las sociedades de socorros mutuos. Una disposición de 1862 establece un concurso cada tres años entre todas las sociedades mutualistas de Bélgica, para premiar á aquellas cuyos resultados sean más satisfactorios en ménos tiempo. Creáronse también comisiones de sabios economistas, encargadas de vulgarizar las bases en que se fundan dichas asociaciones. No permite en ningun caso la legislación belga las pensiones vitalicias.

buyan con todas sus fuerzas al éxito de tan noble y fecunda asociación. Ejemplos notables son la Caja de Anticipos de Bruselas y las Uniones del Crédito en Gante y Lieja.

El mismo grado de esplendor que en Bélgica han alcanzado las sociedades de socorros mutuos; en Holanda, mayor aún, porque en este país cada una de ellas cuenta un doble ó triple número de socios que las más notables de Bélgica, Francia, Inglaterra y Alemania. Calcúlense en 2.000 los miembros que componen las más insignificantes. Amsterdam sólo poseía, en 1827, 70 sociedades; en la misma fecha contaba Rotterdam 40, y casi idéntica cifra alcanzaban las de Haya, Hamburgo y Carlsruhe. Casi todas ellas, más bien que sociedades de socorros mutuos sobre bases como las de amigos en Inglaterra, son sociedades para la formación de fondos vitalicios ó fundación de rentas de supervivencia.

Merece mención especial la Caja de socorros mutuos de la Haya, que ha servido de modelo en 1836 á Mr. Girard para la creación de otra exactamente igual en Bourdeaux. Aquella, como ésta, han llegado al estado más próspero que pueden alcanzar las sociedades de socorros mutuos, siendo ya consideradas ambas como instituciones salvadoras de toda la clase obrera de sus respectivas localidades. En resumen, también es poderoso el movimiento obrero de Holanda, principalmente en Amsterdam, Arnhem, Leeuwarden, Harlingen y Gouda, donde numerosos meetings cada semana provocan el amor al progreso entre los proletarios neerlandeses. Ordinariamente las cuestiones que en ellos se ventilan son relativas á los principios y medios de acción de la Internacional, á las huelgas y sociedades de resistencia, á la abolición de la ley sobre las coaliciones, etc.

Aunque no en grande escala, lo mismo en Bélgica que en Holanda, se ha desarrollado el carácter cooperativo en sociedades de consumo y producción, que funcionan admirablemente en los principales centros de población en los Países Bajos. Los bancos populares están calcados sobre los que ya conocemos en Alemania.

Ciertamente que la Bélgica no goza en paz y con calma de un gobierno paternal y liberal, bajo Leopoldo II, como se empeñan en demostrar los partidarios más entusiastas de la monarquía constitucional y parlamentaria. Las cuestiones territoriales, por ejemplo, hacen que en estos últimos años los belgas sufran bastantes humillaciones y no pocos desprecios. De un lado, y antes de la caída del imperio bonapartista, Napoleón III aprovechaba constantemente la debilidad del gobierno belga, arreglándose de manera que este país, intermedio de Francia y Alemania, fuese siempre una puerta abierta que le permitiese penetrar en pocas jornadas hasta Berlin. De otro lado, Guillermo de

Prusia y su ministro Bismark, colmaron la medida de la debilidad de esta monarquía, exigiendo que la línea férrea de Luxemburgo fuese colocada bajo la inmediata inspección de los ingenieros alemanes, y haciendo que la Bélgica quedase como un camino expedito para marchar los prusianos en poco tiempo hasta París. Uno y otro, Guillermo rey, y Napoleón emperador, amenazaban al monarca belga con la fuerza de sus armas; subvencionaban á los consejeros que ofrecían serles fieles con sus palabras y votos; ayudaban las conspiraciones de los ultra-católicos ó de los protestantes; encendían las luchas sociales que se habían empeñado entre los propietarios mineros y sus trabajadores: entre tanto, Leopoldo II, falto de habilidad y firmeza, fluctuaba entre uno y otro de los déspotas poderosos que ansiaban el momento de vengar sus ultrajes personales con la sangre de sus soldados.

De estas cuestiones políticas nacieron las cuestiones económicas, agravándose espantosamente con la guerra franco-prusiana la situación material del pueblo belga. Los propietarios quisieron resarcirse de las pérdidas que les irrogaban los tratados impuestos por Napoleón, á expensas de los salarios de sus jornaleros y de las horas del trabajo; los obreros, á su vez, no quisieron sufrir tan inicua explotación. Resistieron éstos pacíficamente primero; y en Bruselas, Lieja, Malinas, Brujas, Amberes, Borinage, Hainaut, Baraino y Seraing, las *greves* diarias servían de prueba elocuente de su desesperada guerra al monopolio y la injusticia. Cuanto el gobierno fué débil para oponerse á las duras y humillantes exigencias de los franceses y los prusianos, se hizo fuerte para sofocar en sangre las insurrecciones justísimas de los obreros. Llamó todas las reservas á las armas, formó grandes divisiones militares y organizó despiadadamente las horribles matanzas del Seraing y Borinage. Aun los infelices que sobrevivieron á las bayonetas de la soldadesca, fueron entregados á los tribunales. Después de una larga prisión, Robin, miembro del Consejo general de la sección belga de la Asociación Internacional de Trabajadores, compareció en Bruselas ante un tribunal de capitalistas que le condenó al destierro perpetuo de su patria, á pesar de probarse claramente su inocencia. Algunos obreros mineros de los distritos carboníferos siguieron idéntica suerte á la de Robin, otros quisieron volver á sus trabajos habituales, mas para agravar su miseria por momentos. En Flandes, por ejemplo, ningún obrero hallaba colocación. En otros puntos, los más felices trabajaban media semana; pero ni éstos ni aquellos encontraban salarios para satisfacer su hambre diaria. ¡Terrible situación!

La actitud opresora y arbitraria del gobierno para con los obreros, determinó en éstos el mayor entusiasmo por la asociación y buscar dentro de sí mismos los elementos de su bienestar. A raíz de las matanzas del Borinage y Seraing, los proletarios belgas consa-

graron los domingos á exponer sencillamente las bases de la union en diferentes juntas; montaron á sus expensas establecimientos cooperativos, discutieron los primeros reglamentos de la Internacional; invitaron para nuevas reuniones á los delegados de distintos oficios, y pusieron en práctica instituciones muy útiles á su situacion, como cajas de prevision, montes píos, sociedades de socorros mútuos, bibliotecas populares, centros de lectura y recreo, bancos de crédito y demas sociedades fundadas sobre la fórmula siguiente: el trabajo dentro de la libertad. «Queremos, decían, la república democrática y social, porque en la extension de la libertad puede determinarse la emancipacion obrera, y contribuiremos á su planteamiento con el poder que dan la constante predicacion y convicciones profundas de una clase numerosa, que desea romper las cadenas á que está sujeta, y declararse por su propia virtud, mediante la potencia y el vigor de sus brazos, independiente y absolutamente libre de las exigencias del capital.»

Estas manifestaciones de los obreros belgas, que están en armonía con las de sus compañeros de Holanda, responden satisfactoriamente al pensamiento que alimentan en su conciencia las clases trabajadoras de Europa, y concluirá por invocar con todo fervor el nombre augusto de libertad en las grandes crisis económicas, políticas y sociales que amenazan conmovér pronto á la sociedad presente.

Influidos en estos últimos años los obreros belgas y holandeses por las doctrinas internacionalistas, han demostrado su competencia para el estudio y discusion de la organizacion del trabajo, planteando problemas tan difíciles de resolver como la liquidacion, produccion, crédito, propiedad, comercio y administracion. Al reves de los obreros que en otros países aceptaron inconscientemente el programa de la Internacional, los de Bélgica y Holanda discuten públicamente *si en el caso que los trabajadores sean árbitros de sus destinos, qué disposiciones habrán de tomarse frente á los detentores actuales de los instrumentos de trabajo; si los trabajadores entrarán en posesion inmediata de tales instrumentos y cómo se asegurará la misma ventaja á los que se presentan despues; si el trabajo individual podrá subsistir al lado del trabajo colectivo; qué relaciones se establecerán entre los mismos oficios y los oficios diferentes; entre los trabajadores industriales y los trabajadores agricolas; qué funciones se reservará la administracion, correos, telégrafos, caminos de hierro, caminos, cañales, etc.; qué representacion tendrá el trabajo; cómo se hará más fácil el cambio de productos.....*

.....
 Cuestiones todas que conciernen principalmente á la lucha social presente, y que, por tanto, exigen un

profundo é imparcial exámen de los trabajadores todos. Para que la solucion revolucionaria sea imparcial, razonada, justa, vale mucho que las materias dichas se estudien, propaguen y discutan sin prevencciones de ningun género, sin odios de ninguna clase, sin más pasion ni otro deseo que afirmar el bienestar de los que tienen legítimo derecho á vivir gozando el producto íntegro de su trabajo. ¡Insensatos aquellos que crean puede realizarse la emancipacion social en una hora ó en un dia!

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.

LOS MUSEOS DE ESPAÑA

V.

MUSEO DE VALENCIA.

Ocupa este Museo los claustros y galerias del extinguido convento del Cármen Calzado, y en el mismo local se halla tambien establecida la Academia de San Cárlos, cuyos cuadros se hallan incluidos entre los del Museo.

El número de obras que registra el Catálogo es de 1.184, sin contar 190 más que contiene un salon donde están colocados dos retablos completos y varias tablas pertenecientes á las escuelas, española, italiana y de Alemania, de los siglos XIV al XVI, interesantes para el estudio de la historia del arte. En el mismo salon se ven algunos restos de esculturas antiguas, y cuatro ó seis ánforas romanas.

Aunque no es escaso en obras este Museo, la mayoría la componen cuadros muy medianos, viniendo á reducirse á unos 300 el número de los que son dignos de estimacion.

Juanes, los Ribaltas, Ribera, Espinosa, y Orrente, son los principales pintores valencianos antiguos. El padre Borrás, Cristóbal Zariñena, Salvador, March, Conchillos, y Gaspar de la Huerta, pertenecen á los de segundo orden. Maella y D. Vicente Lopez, se han distinguido entre los modernos. Todos estos autores tienen obras en el Museo.

Los pintores valencianos no puede decirse que constituyen escuela; son individualidades aisladas y poco numerosas.

Juanes va á Roma, estudia con los discípulos de Rafael y se forma ún estilo propio, si bien dentro de las tradiciones de la escuela romana. Tiene por discípulos á su hijo Juan y al padre Borrás; no conozco las obras del primero; el segundo no pasa de una medianía.

Francisco Ribalta va á Italia, en donde estudia las obras de Rafael y de los Carracis, y copia las de Sebastian del Piombo. Su estilo participa del de los maestros que estudió; pero de ningun modo es con-



tinuador de la escuela de Juanes; ningun lazo los une. Su hijo Juan, Ribera, y Jerónimo Espinosa son discípulos suyos y los únicos que obedecen entre sí á un sentimiento más marcado de escuela, si bien Ribera se aparta algo por el estudio que hizo de las obras de Caravaggio cuando se trasladó á Italia. Orrente estudió en las obras de Bassano y fué su imitador; y aunque pasó en Toledo gran parte de su vida, dejó, sin embargo, en Valencia discípulos como March y Pontons.

Se ve, pues, que en el corto número que forma el Catálogo de ilustres pintores valencianos, no se derivan unos de otros, como sucede en otras partes, sino que van importando estilos de maestros italianos diferentes, sin una tradicion que les ligue entre sí.

Vicente Juan Macip, conocido vulgarmente por Juan de Juanes, es el primer insigne pintor valenciano, por su mérito y por el orden cronológico. Se cree que nació en Fuente la Higuera el año 1523; murió en Bocairente en 1579. Como indudablemente debió estudiar en Italia, tuvo que ser con alguno de los discípulos de Rafael, ó á la vista de las obras del famoso maestro, que en este tiempo había muerto ya. Conserva Joannes en sus pinturas la tradicion directa de la escuela romana, si bien con un carácter que le es puramente personal. Es singular en la pureza y elevacion de las formas, en la correccion del dibujo y en la expresion; su color no carece de armonía y tiene tintas muy vigorosas. El tipo de las cabezas de Cristo y demas apóstoles es peculiar suyo y le repite siempre, lo cual no deja de dar alguna monotonía á sus obras.

Pintó generalmente en tabla, aunque, por excepcion, en este Museo se halla un cuadro en lienzo, de gran tamaño, con figuras mayores que el natural y que representa *La venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles* (núm. 356). Cean Bermudez señala este cuadro por original de Joannes, con mucha razon, por más que su mal estado de conservacion, y el no prestarse los grandes tamaños á la manera concienzuda de este artista pudieran hacer dudar de su originalidad á quien vea el cuadro ligeramente.

Joannes conserva más que Rafael el sentimiento y la pureza religiosa de los primitivos pintores cristianos; en su manera de componer es más simétrico, y las figuras llenan toda la composicion, dejando muy poco espacio para los fondos; concluye ciertos detalles, como el cabello, hasta la nimiedad, pero sin perjudicar el conjunto.

Además del cuadro ya citado, posee otros cinco este museo. El señalado con el número 610 es un *Ecce homo*, del que hizo muchas repeticiones, entre otras, una que se conserva en la catedral de Valencia y otra en el Museo de Madrid. El catálogo describe como una *Concepcion* el cuadro señalado

con el número 618, que no es otro que la *Asuncion de la Virgen*, que fué pintada para el convento de Agustinos. Es un cuadrillo de figuras como de una tercia de grandes; pero que da idea cabal del genio religioso y elevado de Joannes, como pocas de sus obras, y me atrevo á asegurar, sin querer por esto anteponer, ni siquiera comparar, á Joannes con Rafael, que en una tabla de iguales condiciones no hubiera hecho más el pintor de Urbino.

Los cuadros de Joannes son las joyas de este Museo, y esta *Asuncion* la joya de las joyas.

El número 634 es una reduccion, en figuras de ménos de una cuarta, de la famosa *Cena* que posee el Museo de Madrid, que en nada desmerece de la grande. *El Salvador*, cuadro que, como el *Ecce homo*, repitió mucho el autor, es el asunto de las tablas números 635 y 687. El Museo de Madrid posee otra repeticion.

Las cinco excelentísimas tablas que acabo de citar están, por fortuna, en muy buen estado de conservacion, si bien adornadas de feos, aunque pretenciosos, marcos.

Para poder admirar á Joannes en todo su valer, es preciso ver tambien las pinturas de su mano que encierra la sacristía de la catedral, y, sobre todo, las cinco tablas del *Martirio de San Estéban* que se conservan en Madrid.

No se conocen obras de Juan Vicente Joannes, hijo y discípulo de Juan de Joannes, y la mayor parte de los criticos convienen en que se confunden con las de su padre; es muy posible que, habiendo muerto jóven, no se hubiera empleado más que en ayudarle á preparar las muchas repeticiones que hizo de sus obras: sin embargo, el cuadro señalado en este Museo con el número 300, que representa *la Virgen, San Juan y la Magdalena*, podria muy bien atribuirsele. Son tres tablas unidas por visagras, que forman un triptico, ocupando la Virgen el centro y el San Juan y la Magdalena las tablas laterales. El dibujo, el color, la expresion de las figuras, todo, en fin, haría tomar este cuadro por de Joannes, si en la ejecucion no se notara cierta timidez en algunas partes, que denuncian al copista ó al imitador. No creo que un imitador pueda engañar al inteligente hasta el punto de que le confunda con el imitado, y por eso, si existen algunas obras de Joannes hijo, no retocadas por el padre, ésta puede y debe ser una de ellas.

El Padre Borrás es el discípulo de Joannes más conocido.

Nació Nicolás Borrás en Concentaina, en 1530, y murió, siendo fraile, en el convento de San Jerónimo de Gandía en 1601. Como sucede generalmente á los discípulos sin iniciativa y sin el suficiente talento para crearse una individualidad, Borrás es un exagerador de los defectos del maestro. El tipo,

aunque uniforme, grande, noble y elevado de las cabezas de Joannes, se convierte en ridículo en las pinturas de Borrás; la expresion en gesto; el color brillante y vigoroso, la transparencia y delicadeza del toque del maestro, son suciedad y pesadez en el discípulo imitador. En vez del sentimiento que reina en las obras del uno, en el otro se ve que no ha sentido nada. Ha copiado mal la forma del maestro, y no ha sabido elevarse á más, ni sus obras tienen otro objeto que la imitacion. No ha buscado el ideal y el sentimiento religioso en las sensaciones de su alma al contemplar la naturaleza, ni en la abstracta contemplacion de Dios. Es fecundo porque posee la práctica material del arte, pero nadá más. Emplea indistintamente la tabla ó la tela; pinta cuadros de todos tamaños, y por lo general composiciones.

Cuarenta y dos cuadros del padre Borrás se conservan en el Museo valenciano. El que tiene el número 429 es una tabla de mucha composicion, que representa *El Infierno y el Purgatorio*. El número 595, una *Sacra Familia*, que es quizás su mejor obra; *La Cena* (número 907) y el *Nacimiento*, en lienzo (número 922), son, entre los cuarenta y dos, los cuatro cuadros que dan idea más favorable de este autor, á quien he juzgado con algun detenimiento, por gozar en Valencia, y aún entre aficionados de fuera de ella, de más renombre que el que merece.

Francisco y Juan Ribalta son, despues Joannes, los pintores más notables y que más influencia ejercieron en el arte valenciano.

Nació Francisco Ribalta en Castellon de la Plana hácia el año 1551; pasó á Italia donde estudió bajo la direccion de los Carracis, ocupándose tambien en copiar algunas obras de Rafael y de Sebastian del Piombo, pintor al que fué muy aficionado. En 1597 tuvo á su hijo Juan, que desde muy temprano comenzó á distinguirse, como lo prueba el famoso cuadro de este Museo (número 647), que representa *La Crucifixion*, el cual está firmado de esta manera: *Joannes Ribalta pingebat et invenit 18 ætatis suæ anno 1615*, cuadro que procede del convento de San Miguel de los Reyes, extramuros de Valencia. Murió Francisco Ribalta en Enero de 1628, y su hijo Juan en Octubre del mismo año. Uno y otro fueron enterados en la iglesia de San Juan del Mercado.

Veintiseis cuadros atribuye el catálogo á Francisco. El más importante, que es verdaderamente una obra maestra, lleva el número 639 y representa á *San Francisco abrazando á Jesus crucificado*. Es muy notable tambien *La Concepcion* (número 642). Los cuadros señalados con los números 604, 619, 632, 627, 675, 676, 677 y 682, magnífico *San Juan Bautista*; el número 692, *San Bruno*, lleno de expresion y carácter religioso (cuadro que impresio-

na vivamente por la mirada penetrante que ha sabido dar al fundador de los cartujos, y la actitud de imponer silencio poniendo el dedo índice delante de la boca) y, finalmente, los números 698 y 699 que concluyen de completar esta coleccion de apóstoles y doctores de la Iglesia, son sobresalientes muestras del gran valer del artista. *La Asuncion de la Virgen* (número 309); *Nuestra Señora de Portacæli* (320); *Jesus crucificado entre los ladrones* (374); *la Resurreccion* (413), y *la Concepcion* (978), aunque no carecen de mérito por completo, no darian á conocer á Ribalta sino como pintor de segundo orden, al que no hubiera visto otras de sus obras. Los demas cuadros, hasta el número de 26 que registra el catálogo, tienen ménos importancia, exceptuando una buena copia de la *Transfiguracion*, de Rafael, número 584, y otra de la *Calle de la Amargura*, de Sebastian del Piombo (311).

Ribalta dibuja y compone con correccion, es inteligente en la anatomía y aprovecha las ocasiones de demostrarlo; su colorido es vigoroso, si bien carece de transparencia en las tintas; comprende bien el claro-oscuro, aunque el estado actual de las obras las haga aparecer demasiado negras en las sombras. No en todos sus cuadros conserva la elevacion y pureza que Juanes amaba tanto; comienza á verse en él más aficion á la realidad; sigue la tradicion de sus maestros los Carracis, pero es más vulgar. Esta tendencia, general á todos los pintores españoles, se verá más marcada cuando trate de su discípulo Espinosa.

Si difícil es distinguir las obras de Juan de Joannes de las de su hijo, no lo son ménos las de Francisco y Juan Ribalta. En el Museo de Valencia tenemos el cuadro de la *Crucifixion*, ántes citado, firmado por Juan; así como se sabe son de su mano los retratos de D. Luis Collado (núm. 1.115), D. Federico Furió Seriol (1.122), D. Sebastian Vila (1.123), D. Gaspar de Aguilar (1.128), D. Benedicto Arias (1.130), don Pedro Juan Nuñez (1.140), D. Honorato Juan (1.152), D. Benito Perera (1.153), San Vicente Ferrer (1.180), D. Jaime Ferruz (1.172), el Beato Nicolás Factor (1.184), el Papa Calixto III (1.147) y D. Leonardo de Arfe (659). Todos estos retratos y otros, hasta el número de 30, pintó Juan Ribalta por encargo de D. Diego Vich, y acaso, además de los trece citados, existen algunos otros de la coleccion en este Museo, entre los muchos que hay clasificados por de escuela de Ribalta, y otros por anónimos. Determinar esto y verificar qué obras pueden atribuirse al padre y cuáles al hijo, es trabajo difícil de hacer por la mala luz que los cuadros reciben y por el estado de deterioro y confusion en que se hallan. Dice Palomino, que la manera del padre fué más definida, y la del hijo algo más suelta y *golpeada*; atendiendo á esta indicacion y á que más ade-

lante afirma también haber el Francisco imitado, en ocasiones, las obras de Rafael, podría clasificarse por de Juan el boceto (núm. 299) que representa el *Martirio de una Santa*.

Siguiendo esta investigación, que no pude hacer en Valencia, me ocurre que en el Museo de Madrid, donde se conservan siete cuadros de los Ribaltas, atribuidos todos á Juan (1), deberían estarlo en su mayor parte á Francisco, pues el *Alma en pena*; el *Alma bienaventurada*; el *Cristo muerto, en brazos de los ángeles*, y el *San Francisco de Asís*, obedecen á un estilo más definido que los dos cuadros de los *Evangelistas*, y el del *Cantor*, que como de estilo más *suelto y golpeado*, podrían clasificarse por de Juan; aunque nada afirmaré, pues como dije al tratar de los Joannes, un solo modo hay de que puedan confundirse las obras de dos autores, que es cuando el uno retoca las obras que el otro prepara, cosa muy posible y probable entre un padre y un hijo.

José Ribera, llamado en Italia el *Espagnoletto*, nació en Játiva en 1588 y murió en Nápoles en 1636. Estudió en Valencia con Francisco Ribalta, y muy joven pasó á Italia donde estudió, aunque poco tiempo, con Miguel Ángel Caravaggio.

Como pintor *naturalista* es indudablemente el primero. Imita el modelo hasta poder decirse que le reproduce; consigue el relieve y la luz por la contraposición violenta del claro-oscuro, y el detalle en las rugosidades y poros de la piel, en los cabellos, en los músculos y los tendones, no es producido por la nimia escrupulosidad de las antiguas tablas alemanas, sino que está conseguido con el relieve mismo del color; puede decirse que la piel de sus figuras es verdadera. No ennoblece á sus modelos, que escoge por lo general ancianos; sus tipos son vulgares, pero los reviste siempre de una expresión casi feroz que atrae, que domina. Las cabezas de los santos que Ribera pinta, ejercen una especie de magnetismo en el espectador; tienen una profundidad en la mirada, que recuerda la que suelen tener los locos en algunos momentos. Ribera se complace en pintar asuntos trágicos, y á pesar de que no suprime ningún detalle por repugnante que sea, sus martirios no inspiran repugnancia, sino terror. Sus cuadros están siempre terminados con una seguridad que asombra; cabezas, extremos, ropajes, todo está estudiado con igual esmero. No hay buril de grabador, no hay nada tan sabiamente dirigido como el pincel de Ribera, siguiendo el movimiento de las formas que reproduce. Desgraciadamente la mayoría de sus obras ha perdido toda la parte de los oscuros, habiendo aparecido la imprimación parda que empleaba en sus telas, y notándose durezas y de-

sentaciones en muchas obras que no las tendrían cuando fueron pintadas.

Cinco cuadros de Ribera posee este Museo, que son: *Estudio de una cabeza* (número 597); *San Jerónimo* (605), *San Pablo* (616), este cuadro es compañero del anterior, y ambos magníficos estudios de figuras desnudas; *Santa Teresa* (643), y *San Sebastián* (706). Todos ellos son dignos de su pincel, y la *Santa Teresa*, que no es una figura ideal, sino sacada del retrato de la Santa, es una muestra de cómo Ribera no carecía de cierta suavidad y dulzura cuando se propuso salir de sus tipos de viejos demacrados y representar las formas menos acusadas de la mujer.

Si el Museo de Valencia no contiene ningún cuadro de composición, ninguna obra capital del Spagnoletto, en cambio en la catedral puede verse un magnífico *Nacimiento*, de figuras de medio cuerpo, que seguramente no desmerece de sus mejores obras. Hay una inocencia en la cabeza de la Virgen, el Niño Dios está pintado con una dulzura, y los rústicos pastores se hallan poseídos de un recogimiento que no creería poder encontrarse en este autor. Posee también la catedral algún otro cuadro de Ribera, aunque de menos importancia.

Jacinto Jerónimo Espinosa nació en la villa de Concentaina, en el reino de Valencia, en 1600, y murió en esta última ciudad en 1680. Aunque su padre, Jerónimo Rodríguez Espinosa, natural de Valladolid, fué también pintor, las lecciones ó el estudio de las obras de Francisco Ribalta son las que más influyeron en el estilo de Jacinto, que puede decirse es el pintor más valenciano de los que llevo citados, por apartarse algo más de los pintores italianos.

Existe en este Museo un cuadro de Jerónimo Espinosa, que representa el *Tránsito de la Virgen* (332), notable, más que por su mérito, que es escaso, por lo exagerado de la perspectiva y por el naturalismo ridículo con que está tratado el asunto. Hay á los pies de la cama de la Virgen dos ángeles que son dos muchachos en camisa, sucios y estropeados, que positivamente copiaría el autor de los que pidieran limosna por la calle; y el apéndice de las alas colocadas sobre las camisas hechas giras, causan una impresión de risa muy distante de la que el autor quería hacer experimentar en un asunto tan triste.

Cito este cuadro por ser el único que se halla en este Museo de Espinosa padre; y para que se vea la poca semejanza que existe entre las obras del padre y las del hijo, es bueno fijarse en él.

Treinta y un cuadros de Jacinto Jerónimo Espinosa se hallan registrados en el catálogo, y positivamente es el pintor que mejor representado está en su país. La mayor parte de estos cuadros son de

(1) En el nuevo catálogo descriptivo é histórico, se clasifican estos cuadros en la forma que indico debe hacerse.

importancia, y conforme á Velazquez no puede estudiársele más que en el Museo de Madrid, á Espinosa es menester ir á Valencia para conocerle. Aunque no hubiera pintado más que el cuadro de la *Comunion de la Magdalena* (609), bastaría para colocarle en el rango de los primeros artistas.

La Asuncion de la Virgen, de Juannes; y *la Comunion de la Magdalena* son las obras capitales del Museo valenciano.

Los cuatro cuadros de la vida de San Luis Beltran, señalados con los números 652, 665, 681 y 917, son excelentes, sobre todo el 681, en el que se ve al Santo mostrando á varios caballeros y damas que le rodean, una gran cruz que aparece en el tronco de un árbol, al pié del que se hallan. Los números 607, 613 y 623, todos ellos representando pasajes de la vida de Constantino, no desmerecen en nada de sus buenas obras. No son tan superiores, aunque muy dignos de atencion, el *San Luis, obispo de Tolosa* (184), cuadro bastante bien restaurado moderadamente; *La aparicion de Jesús á San Ignacio* (418), otro del mismo asunto (número 397), y la *Virgen de la Merced* (319).

Espinosa es un pintor poco conocido y estimado, y deberia serlo más que muchos extranjeros que gozan gran fama. Dibuja con correccion, y los tipos de sus figuras están llenos de gracia: como Ribera y como Ribalta, saca gran partido de los efectos de claro-oscuro; no deja de tener armonía en el color, aunque sus tintas suelen ser pesadas y sus encarnaciones bastas y rojizas. Las imprimaciones rojas de que siempre se sirvió, contribuyen mucho á desgraciar el color de sus cuadros, pues estando pintados con poco color, el tiempo ha borrado los oscuros y dado á casi todas sus obras el tinte monótono de la preparacion. Salvo en el cuadro de la *Comunion de la Magdalena*, y en algun otro muy contado, es trivial y vulgar en sus composiciones. *La Sacra Familia* (200), recuerda las excentricidades que he señalado en las obras de su padre; así como otro cuadro del mismo asunto (416), que adolece tambien de la misma falta de elevacion, si bien considerados como cuadros de estudio de costumbres, serían muy recomendables. Espinosa ejerció mucha influencia entre los artistas de su tiempo y tuvo muchos discípulos é imitadores; pero concluye con él el corto número de pintores valencianos de primer orden. Pueden verse los cuadros (número 422), *San Luis amenazado por los indios* y el (427) *San Luis Beltran*, pintado por Luis Domingo; así como el que representa *El martirio de tres Santos jesuitas* (487), pintado por Mosen Garcia Ferrer, como muestra de dos de los mejores imitadores de Espinosa.

Aunque muchos colocan á Orrente entre los pintores toledanos, por ser allí sitio donde residió mucho tiempo y dejó muchas obras, creo poder colo-

carle entre los valencianos, tanto por su estilo como por haber dejado discípulos como March y Pontons.

Pedro Orrente nació en Montealegre, cerca de Murcia, á fines del siglo XVI, y murió en Toledo en 1644.

Fué imitador de Bassano, y es tal vez superior á él en el dibujo, si bien en el color es más monótono y pesado.

Tuvo mucha aficion á la pintura de animales, y aprovechó las ocasiones de representar aquellos asuntos de la Historia Sagrada que se prestan á poner rebaños de corderos, caballos, perros y otros animales; aunque no fué en esto tan exclusivo como Bassano, pues pintó muchísimas obras sin ponerlos. Los cuadros de Orrente están muy estropeados en general, por haberse valido de las mismas preparaciones rojas que tan mal efecto produjeron á todos los pintores valencianos. Ninguno de los cuadros que tiene Orrente en el Museo de Valencia, es del género pastoril, y sin embargo, son importantes. El número 180 es un *San Jerónimo*; cuadro raro en que el autor ha querido hacer alarde de dibujante y anatómico. Está el Santo sentado detrás de una mesa en la que hay varios libros, papeles y un Crucifijo; tiene la mano izquierda apoyada en una calavera, y el brazo y mano derechos extendidos hácia adelante en actitud de suplicar al cielo, al que eleva la mirada y la cabeza. El Crucifijo, los libros, los papeles, la mesa, todo está bajo un punto de vista que lo hace aparecer muy reducido; la cabeza se ve en escorzo por debajo; el brazo derecho avanza hácia adelante violentamente escorzado, igual le sucede al antebrazo izquierdo, y la calavera que tiene en la mano está vista completamente por debajo. Este cuadro está superiormente dibujado y pintado, y hasta donde es posible, no extraña desagradablemente la bizarría de la pintura y la violencia de la perspectiva.

Este *San Jerónimo* es un capricho de artista, en el que Orrente ha quedado airoso; pero, sin embargo, donde mejor puede juzgársele es en *La aparicion de un ángel á San Francisco* (916), y el *San Jerónimo* (945), que es un estudio de figura desnuda, de cuerpo entero, que Ticiano no se hubiera desdeñado de firmar. Concluyen de completar sus obras en este Museo los números 550, *San Juan en el martirio de la tina*; 704, *La Degollacion de San Juan*, y 990, *Milagro de Santo Domingo resucitando á un muerto*. Todos ellos son excelentes cuadros.

Pablo Pontons, discípulo de Orrente, se halla representado por nueve obras, entre las que un *San Gregorio* (216) y el núm. 991, *Pasaje de la vida de San Ramon*, son las más dignas de notarse.

Estéban March es, sin duda, el mejor discípulo de Orrente. Cuenta Palomino «que era de genio algo

lunático y atronado, y que poniéndose á discurrir el lance de batalla que se le ofrecía pintar, se enervorizaba de suerte que tomaba la caja ó el clarín, tocaba á embestir, y echando mano de una cimitarra ú otro instrumento, comenzaba á disparar golpes y cuchilladas por todo el aposento, de suerte que las paredes eran el blanco de sus iras, y aún los trastos no estaban seguros.» Cito este dicho, porque por sus obras no podría uno formarse esta idea. March es fogoso en la manera de poner el color; pero ni en su dibujo, ni en su manera de componer es violento; antes al contrario, á la mayoría de sus batallas podría tachárselas de faltas de movimiento. El cuadro que representa *El triunfo de David* (666), y tres *batallas* (651, 653 y 654), prueban lo que acabo de decir, y sirven para dar idea del talento de March, porque son de sus buenas obras; también es digno de citarse el núm. 782, que es un busto de *San Jerónimo*.

Hay dos cuadros en este Museo de Miguel March, hijo y discípulo de Estéban, que representan *El martirio de San Bartolomé* (308) y *San Roque* (411), pero no son comparables á las obras de su padre.

Juan Conchillos Falcó fué también discípulo de Estéban March, y dan prueba de su talento seis lunetos en que se representa la *Vida de San Francisco* (números 1028, 1029, 1032, 1033, 1036 y 1039), así como también los dos muy grandes lienzos de la historia y vida del glorioso patriarca San Benito, que pintó para el Real monasterio de Valdigna, y que hoy se hallan colocados en este Museo, en el salón de las escuelas anteriores al siglo XV.

Tengo que volver atrás, en el orden cronológico, para hablar de Cristóbal Zariñena, nacido en Valencia en 1545 y muerto en la misma ciudad en 1600. Fué discípulo de Ticiano, y conserva algo del gran maestro en su manera de pintar, si bien es tímido en el hacer. Casi todos sus cuadros se reducen á santos, apóstoles ú obispos, figuras aisladas y de tamaño de un metro á lo más. Fuera de su patria es muy poco conocido este artista, si bien en ella tiene más fama que la que realmente merece, aunque no carecía de algún mérito. Son obra suya un *Santo Tomás*, *San Francisco*, *San Luis obispo* y *San Cristóbal* (209); *San Vicente Ferrer* y *San Vicente mártir* (312), *San Juan Bautista* (314), *San Bruno* (315), *la Virgen*, *San Juan* y *la Magdalena* (366), y un retablo con siete pinturas de varios santos (359).

Son estimables los lienzos de Vicente Salvador Gomez, que representan: *Santa Rosalia* (338), *Aparición de Jesus y la Virgen á Santo Domingo* y *San Francisco* (902), *un santo dominico consolando á un enfermo* (980), y *Nuestra Señora de los Dolores* (986).

El último de los pintores valencianos antiguos que merece el nombre de artista, es Gaspar de

la Huerta; nacido en Campillo de Alto-Buey en 1651, y muerto en Valencia en 1714. Fué discípulo de Jesualda Sanchiz, pintora, viuda de Pedro Infant, pintor también, aunque ambos muy medianos. Formóse indudablemente Gaspar con el estudio del natural de las obras de otros artistas y de algunos grabados, notándose por esto en sus obras cierta diversidad de estilos. Dibuja y compone con severidad y nobleza. En sus dos grandes cuadros de *La presentación de la Virgen al templo* (468), y *La Circuncisión* (476), parece haberse inspirado en Nicolás Poussin; en otros cuadros recuerda vagamente á Murillo y á otros autores. Aun careciendo, como carece este pintor de estilo y originalidad, es digno de gran aprecio.

Pueden verse además, entre las doce obras de su mano que posee el Museo de Valencia, *El Jesús atado á la columna* y *Santa Teresa* (402), *La Concepción* (494) y *San Luis Beltran* (984).

Después de este artista, débil continuador de los Ribaltas y Espinosa, aparecen en Valencia, como en todas partes, turbas de malos pintores, como Vergara, el padre Villanueva, Camaron, Parra, etc. La pintura se hundió, porque á el estudio concienzudo del natural y de los antiguos, sucedieron la práctica y la manera. Quisieron sujetarse á reglas y programas el arte y el gusto, y se escaparon ultrajados.

Todavía podríamos en otras partes encontrar algunas buenas condiciones y hasta intentar la defensa de los pintores *manieristas*, pero no en Valencia, donde á una luz brevemente encendida para el arte, sucedió la más profunda oscuridad, el caos.

Si hay quien tenga valor para ello, puede ver setenta cuadros de D. José Vergara, que contiene el Museo Valenciano; así como cincuenta y seis del padre Villanueva: tanto los del uno como los del otro son lienzos de gran tamaño y complicadas composiciones. Puede también, al contemplar otra infinidad de obras de académicos, cuyos nombres sería largo é inútil recordar, convencerse de la profundidad á que puede hundirse el Arte, aún en épocas de gran protección, como ésta lo fué, cuando al estudio del natural y al sentimiento individual se sustituyen recetas y dogmas académicos.

Un nombre, entre tantos, puede citarse, sin embargo, que es el de D. Mariano Salvador Maella, nacido en Valencia en 1739 y muerto en Madrid en 1819, siendo director de la Academia de San Fernando. Fué discípulo de Gonzalez Velazquez (D. Antonio), y, como él, imitador de la escuela de Jordan. Inferior á su maestro, á Bayen y á muchos otros que se distinguieron en esta manera, gozó, no obstante, de una fama superior á ellos en toda España y aún en el extranjero. En sus pinturas al fresco posee algunas condiciones de las que requiere la pintura

decorativa; pero en sus cuadros al óleo vale mucho ménos; de lo que es buena prueba el único cuadro que tiene en este Museo, representando *El tránsito del beato Gaspar de Bono*.

En tiempos más modernos, D. Benito Espinós se distinguió como pintor de flores; y D. Vicente Lopez, á quien todos hemos conocido, fué eminente artista, y concluyó con honor en nuestra patria la escuela introducida por Jordan en 1692.

Nació D. Vicente Lopez en Valencia en 1772, y falleció en Madrid en 1850. Estudió con el padre Villanueva, en su país, y en Madrid con Maella. Por las obras que se hallan en el Museo no puede formarse completa idea de su talento, pues pertenecen todas á su juventud. El cuadro señalado con el número 48, que representa á *Tobías*, está pintado en sus primeros tiempos para algun ejercicio académico; se ve en él toda la manera del padre Villanueva, y, aunque obra de muy poco valer, la cito por la curiosidad y el interes que va ligado siempre á los primeros ensayos del que luégo consigue adquirir un puesto distinguido. El único cuadro de alguna importancia, aunque todavía no de lo mejor, es el número 137, *La Virgen de la Merced y varios cautivos que la imploran*, en el que el autor ha puesto á su mujer y á sus hijos entre las personas que ruegan á la Virgen.

Fué D. Vicente Lopez gran dibujante, y aunque participa del amaneramiento de la época, se ve templado por el estudio del natural y la influencia de las obras de Mengs. Fué sobresaliente en dibujar los extremos, y quizás el afán de vencer dificultades ó de lucir una cualidad que poseía, le hace colocar las manos de sus retratos y figuras en posturas escorzadas y violentas muchas veces. Abusa tambien del conocimiento que tenía del modelado, hasta hacer que todos los objetos parezcan demasiado redondos. Compone admirablemente, y sus Vírgenes, sus ángeles y todas las figuras que lo requieren en sus cuadros, están llenas de gracia. Como colorista es ágrío; abusa de las tintas verdosas en las carnes, y su manera de pintar es plumada, como si trabajara con el lápiz. Fué muy fecundo y ha dejado infinidad de obras al óleo, al temple y al fresco, notabilísimas muchas de ellas. No ha habido persona de alguna importancia en su tiempo á quien Lopez no haya retratado, y muchos de sus retratos serán siempre modelos de este género. Hizo tambien multitud de dibujos para grabar, y sus apuntes y borroncillos al lápiz y á la tinta de China, andan con gran aprecio en manos de los aficionados.

Pasada esta ligera revista á los pintores valencianos, réstame hacer observar que, considerados los cuadros en conjunto, tienen por lo general tintas terrosas y pesadas, y colorido triste; los fondos, ó

son negros completamente, ó muy oscuros; los colores de los ropajes suelen estar muy rebajados; en todos hay gran contraposición de claro-oscuro. Los asuntos son frecuentemente de vidas de santos y mártires, lo cual contribuye á dar mayor severidad. Hay en una de las galerías tres cuadros pintados por José Donoso, pintor madrileño, que representan: *La concesion de indulgencias para la capilla de San Juan de Letran á los religiosos mercenarios* (208); *San Pedro Pascual celebrando misa* (219), y *Un emperador inaugurando la funcion de un templo* (235). Preciosos lienzos, tan graciosamente dibujados, tan suave y transparentemente coloridos, con aquella dulzura de Claudio Coello, y adornados de tan ricos fondos de arquitectura, que la vista descansa, al contemplarlos, de la monotonía del negro, del pardo y del rojizo de los valencianos. El mismo efecto produce el cuadro de Escalante, en que se ven *Unos ángeles* con varios instrumentos (350), aunque está muy estropeado.

Pocos más cuadros españoles de importancia contiene el Museo; segun el catálogo, *el retrato de Alonso Sanchez Coello* (núm. 1094), es tal retrato y está pintado por el mismo; *el de D. Diego Velazquez de Silva* (620), es tambien de su mano; y el de *Bartolomé Murillo* (603), de la suya. Son estos tres retratos bustos solamente, y colocados altos y con no buena luz: no puedo afirmar ni negar su originalidad, aunque sí parecen de mérito. Una tabla en que está pintada una calavera, y debajo un tarjeton en el que se lee un versículo del *Eclesiastes*, es obra de *Pereda*, y lleva el núm. 220.

Finalmente, hay cuatro preciosos retratos, originales de D. Francisco Goya; el de D. Mariano Ferrer (1132); el del ilustre grabador D. Rafael Esteve (1099), que es una maravilla; el del pintor aragones D. Francisco Bayen (1096), y el de una señora desconocida (36), que es el más flojo. Tambien debo citar un bonito país tomado en las cercanías de Valencia, por D. José Cabanes.

Como se ve por lo que llevo narrado, el Museo de Valencia se compone casi exclusivamente de obras de pintores de aquel país. De las escuelas italianas figuran cincuenta y siete cuadros, pero sin ninguna importancia; la mayoría son copias, y probablemente hechas por españoles. Las escuelas flamencas y francesas cuentan cuarenta y cinco cuadros, de los que, algun paisaje de Dughet y una marinita de José Vernet, merecen solamente fijar la atención.

De los mil ciento ochenta cuadros catalogados, setecientos noventa y ocho representan asuntos de Historia Sagrada ó vidas de Santos. Doscientos nueve; retratos, de los que trece son de reinas y nueve de señoras particulares; estos últimos, modernos en su mayoría. Cincuenta países, treinta y nueve floreros y ochenta y seis de asuntos varios.

Concluye el catálogo diciendo (1):

«SALÓN DE LAS ESCUELAS ANTERIORES AL SIGLO XV.

En este salón existen ciento noventa pinturas del siglo XIII al XV de las escuelas española, italiana, flamenca y alemana, las cuales proceden de varios retablos.»

Mucho dudo que entre estas ciento noventa tablas haya alguna del siglo XIII, aunque creo que las hay muy interesantes para el estudio de la historia del arte; pero como están colocadas en un local que apenas tiene luz, y como no conozco la procedencia de ninguna de ellas, podría decir muy poco más que la escuela á que cada una pertenece. Tres grandes tablas, en que se hallan representadas escenas de la Pasión, me parecen ser de Jerónimo Bosch, en cuyo caso la que representa á *Jesus presentado al pueblo* sería repetición de la que hay en el Monasterio del Escorial; pero para saber si son originales era menester poder verlas más de cerca, pues están colocadas muy altas.

El Museo de Valencia, según hoy se encuentra, vale muy poco. Los cuadros se hallan colgados por las paredes de claustros, pasillos, salas y galerías, sin orden ni concierto: entre cien cuadros malos se encuentra uno bueno ó regular. Hay un salón donde está reunido lo mejor; pero es de una enorme altura de techo y todos los lienzos están colocados demasiado altos.

Si las obras importantes se colocasen en un local convenientemente dispuesto é iluminado; si se clasificaran por orden de escuelas y cronológico, y se colocaran tarjetas en los marcos, indicando los nombres y fechas del nacimiento y muerte de los autores, podría ser un buen Museo, aunque reducido, y bastante completo en artistas valencianos.

El catálogo necesitaría formarse con mayor detenimiento, tanto incluyendo alguna breve noticia sobre la vida de los artistas, como señalando el tamaño de los cuadros, y el convento ó sitio de que procede cada uno. De esta manera el aficionado y el artista podrían fijar opiniones y hacer estudios interesantes, cosa imposible hoy. De este modo Valencia, población tan importante, tendría un Museo digno de su cultura.

Recomiendo muy particularmente al curioso que visite á Valencia que no deje de ver las excelentes pinturas al fresco, de D. Antonio Palomino de Castro y Velasco, que adornan la cúpula de la iglesia de San Juan del Mercado, pues en ellas muestra su autor las buenas dotes que tenía, y le dan á conocer

(1) Hicé esta estadística cuando publiqué por primera vez este artículo, con el objeto de continuarla en los demás Museos, y demostrar lo poco que en España se han cultivado otros géneros más que el religioso, y lo raro que fué el retratarse las señoras; pero no la he podido continuar por falta de catálogos.

mejor que sus obras al óleo. Los frescos ó temples de las paredes de la capilla de San Pedro, en la catedral, también son obra suya y dignos de citarse. La bóveda de esta capilla es del canónigo Vitoria, pintor muy mediano.

Palomino es generalmente más apreciado como escritor que como artista, y positivamente merece serlo tanto por lo uno como por lo otro, una vez que se han visto sus obras en Valencia.

Tampoco debe el aficionado dejar de ver los dos lienzos de Goya, de la capilla de San Francisco de Borja, también en la catedral.

Valencia Julio 1875.

CEFERINO ARAUJO SANCHEZ.

LAS SOCIEDADES COMUNISTAS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

I. *The communistic societies of the United States from personal visit and observation*, by Ch. Nordhoff, New-York, 1875.—II. *A celestial Utopia*, extracted from the *New-York Sun*, 1869.

No hay nada que pueda excitar tanto nuestra curiosidad como un viaje de exploración á través de utopías convertidas en realidades. El que acaba de publicar M. Charles Nordhoff no es una ficción literaria, como el *Viaje á Icaria*, de Cabet, sino el resultado de un concienzudo estudio de los establecimientos comunistas de América, y los datos que suministra el viajero son tan precisos como los de una estadística. Partiendo del Estado del Maine, en el Norte, bajó hácia el Sur hasta el Kentucky, penetrando al Oeste en el Oregon y permaneciendo mucho tiempo entre los *inspiracionistas*, *armonistas*, *separatistas*, *perfeccionistas*, *tembladores*, etc., para poder darse cuenta de la organización de cada una de estas sociedades y de las principales causas de su prosperidad ó decadencia.

M. Hepworth Dixon, en un libro más ameno que profundo, había dado ya el ingenioso boceto de dos sistemas opuestos, practicados por los *shakers* y los miembros de la *Sociedad del amor libre*; este primer trabajo no podía menos de excitar la curiosidad hácia un orden de cosas desconocido hasta entonces, y que tal vez la brillante pluma del viajero inglés iluminó con colores demasiado brillantes y románticos; el talento y quizá el defecto de M. Dixon es llevar la sutileza como genio de investigación hasta el último límite, y encontrar grandes causas hasta para los fenómenos más pequeños. Sublimas aspiraciones cristianas; necesidad general de sacudir el egoísmo de las conveniencias sociales para elevarse hasta la ley divina; cuidado particular de los derechos de la mujer y del gran problema de la igualdad de sexos; en una palabra, fusión del

principio religioso y de la vida social: tales eran las bases que el autor de la *Nueva América* atribuía á la formación de las diversas sociedades que forman hoy setenta y dos comunidades dispersas en trece Estados, y comprendiendo cerca de cinco mil miembros. M. Nordhoff simplifica mucho esta vasta utopía; en su opinión, la base de las sociedades comunistas, en su acepción más estricta, es el cuadro de la Iglesia primitiva que describe San Lucas en estas palabras: «Y todos los que creían vivían reunidos, teniéndolo todo en común; vendían sus bienes y los repartían entre todos, según las necesidades de cada uno.»

Entre los que ponen en práctica estos ejemplos de los primeros cristianos, existen sin duda almas santas impulsadas por los motivos más puros hácia la sublimidad del sacrificio y la práctica de virtudes monásticas, aparentemente incompatibles con el protestantismo; pero el mayor número, como sucede en todas las sociedades posibles, busca, además de los fines espirituales, una vida cómoda, trabajo moderado é igualdad de condiciones. Descúbrase en el fondo, mezclado á veces con teorías esenianas, el sistema de igualdad que escandalizó á nuestro viejo mundo en el siglo XVIII, y que después ha resucitado bajo diferentes aspectos, grotescos unas veces, impracticables otras, é inspirando recientemente monstruosos excesos; pero lo que en nuestra vieja Europa solamente podía producir violencias funestas á los intereses de la civilización, ha sido posible en los desiertos del Nuevo Mundo, donde nada se opone á la expansión de la vida primitiva, sobre todo cuando se apoya en el espíritu de resignación y disciplina voluntaria, propio del cristianismo. Los comunistas americanos han sabido transformar el peligro en beneficio, el instrumento de destrucción en herramienta de trabajo; aquellos á quienes no satisfacía la civilización actual se agruparon en derredor de una iglesia, y á fuerza de virtud, de industria y honrada perseverancia, demostraron que una quimera tan ridiculizada como temida podía llegar á ser, no solamente realidad, sino realidad útil y provechosa. En vez de blandir el hierro ó inflamar el petróleo, empuñaron por emblema el arado y la cruz del Cristo. ¿Se multiplicaron rápidamente? La experiencia de un siglo no autoriza á suponerlo; sin embargo, su pequeño círculo subsistirá; los hechos lo atestiguan, y subsistirá tranquilo, dichoso, suficientemente rico, ofreciendo á cuantos irrita la condición de trabajadores asalariados seguro refugio donde les espera la independencia y donde reina un espíritu completamente opuesto al de las compañías obreras y asociaciones internacionales. Estas, bajo falsas apariencias, eternizan la dependencia del obrero, proponiéndole por único fin la presión sobre el fabricante para obtener aumento

de salario: M. Nordhoff las considera, no sin razón, funestas á la prosperidad general y causa inevitable de corrupción en materia política, porque conducen al desprecio del derecho y favorecen la envidia, el odio y la violencia. Las *trades-unions*, que han llegado á ser formidable potencia en Inglaterra y en los Estados-Unidos, hasta ahora solamente han servido para desorganizar el trabajo: por el contrario, las sociedades comunistas que existen hace veinticinco, cincuenta y hasta ochenta años, empezando todas con débiles recursos, dan ejemplo de una prosperidad material, comparable solamente á la consideración moral de que gozan. Creemos que la mejor manera de darse cuenta de esta diferencia es seguir á M. Nordhoff en su viaje, recoger con él los datos que suministra cada sociedad y comparar los sistemas practicados por tal ó cual secta, así como los resultados obtenidos. Este estudio será muy interesante, principalmente para aquellos á quienes la fuerza brutal, la tiranía del dinero, la excesiva confianza en sí mismos, la fiebre de la ganancia, tan vivamente descritas por M. Hepworth Dixon en la *Nueva América*, y posteriormente por Mark Twain en la *Edad Dorada*, han inspirado el deseo de conocer el mejor lado de la sociedad americana, el alma de ese inmenso foco, donde encuentran espacio todas las cosas buenas y malas, grandes y pueriles, que nosotros no hemos podido profundizar aún ó solamente suponer.

I.

Debemos citar primeramente los *tembladores* (*shakers*), puesto que constituyen la más antigua y mejor organizada de las sociedades comunistas: fundóse la ciudad madre, *Mount-Lebanon* (Monte Líbano), en 1792, y todavía se encuentra floreciente. Los tembladores cuentan diez y ocho sociedades, repartidas en siete Estados; y como cada sociedad comprende muchas familias, y cada familia forma en realidad una comunidad distinta, puede decirse que existen en América cincuenta y ocho comunidades de *shakers*, comprendiendo 2.415 almas. El fundamento de su creencia es la comunión continua entre ellos y el mundo de los espíritus; creen que Cristo apareció segunda vez en la tierra bajo la forma de su fundadora Ann Lee, una pobre inglesa, ignorante, hija de un herrero de Manchester, que predicó, quizá con demasiado ardor, la castidad, base, según ella, de todas las virtudes. Ann y sus parientes se habían unido á algunos miembros de la Sociedad de los Amigos, á quienes ciertas manifestaciones de extraordinario fervor, que parecían temblor violento, habían hecho se les llamase *shaking quakers* (de *shake*, temblar). Estos pretendidos santos fueron perseguidos y Ann reducida á prisión. Durante su encarcelamiento tuvo visiones.

revelaciones, y cuando recobró la libertad llegó hasta predicar que el único medio de salvarse era renunciar á la obra que produjo la muerte del primer hombre, que la serpiente había suplantado á Adam despues de su caída y que las generaciones actuales descendían de la bestia infernal—teoría que tiene ciertas relaciones con la del Talmud concerniente á Cain.—La regeneracion no puede realizarse sino por la victoria completa sobre todos los apetitos de la carne; á este precio, y á condicion de vivir separada de los pecadores, la Sociedad unida de los creyentes forma la única iglesia verdadera, la iglesia milenaria de la última dispensacion, que posee el don de curar y el de los milagros en general. No puede extrañarse que el marido de Ann Lee se separase de una mujer que manifestaba haber aborrecido siempre el lazo conyugal.

En 1773, el nuevo Mesias se imaginó que había recibido del cielo la órden de partir para América con sus partidarios. Ann Lee había vaticinado la independencia de las colonias y la libertad de conciencia que resultaría de ella; la segunda iglesia cristiana, formada por ocho individuos, emigró sin temor y soportó con invencible fe todos los padecimientos de la pobreza. Empezó por roturar cierto espacio de terreno en los bosques de Niskeyuna, fijándose al fin en Watervliet (Albany) en el mes de Setiembre de 1773; pero hasta 1780 no vió aumentar el número de sus sectarios, viniendo estos á consecuencia de un *revival* (1), que reunió en Nuevo Libano considerable número de visitantes, principalmente baptistas. Algunos cayeron por casualidad en medio de la pequeña colonia de que era jefe la vieja Ann; exaltóles la doctrina de abstinencia que les predicó, y pronto se propagó por la frontera de Massachusetts y del Connecticut, donde se encuentra el Nuevo Libano. La vieja Ann viajaba de una parte á otra, predicando, exhortando, curando enfermos, denunciando los pecados secretos, no imponiendo á sus adeptos otra ley que la del celibato, y, como condicion expresa de admision, la confesion oral de los pecados anteriores, hecha delante de testigos como garantía de arrepentimiento; pero á los que, al confesarse, pedían perdón, deciales:—Es con Dios con quien os confesais, Él es quien os perdonará; se lo pido desde el fondo de mi corazon; yo solamente soy una servidora suya como vos.—Aquella humilde mujer, que no sabía leer ni escribir, tenía sano y elevado criterio, rostro noble, regular y simpático, y modales sencillos y dignos. Citanse algunas máximas suyas verdaderamente notables:—Que vuestras manos estén en el trabajo y vuestro corazon en Dios.—No ha-

bleis nunca á vuestros hijos cuando os encontréis encolerizados, porque hariais entrar en ellos el mal espíritu.—Sus edificantes lecciones contenian siempre excelentes consejos para los trabajos agrícolas, lo cual le daba un ascendiente fácil de comprender sobre su pueblo, formado de aldeanos y labradores.

En 1784 sucedió á la madre Ann el *anciano* James Whittaker, ó padre James, como le llamaron, porque los apellidos de familia no se usan entre los *shakers*; éste era uno de los compañeros de la madre Ann, que fué reemplazado á su muerte por Joseph Meacham, á quien asociaron Lucy Wright. Ésta quedó sola desde 1796 hasta 1821, al frente de la sociedad que, siendo ya numerosa, se multiplicó bastante bajo su administracion. El primer año del siglo se distinguió por interesantes *revivals* en los que se repitieron mil veces las escenas de tos tembladores. Millares de personas acudian; en el Kentucky, hombres, mujeres y niños caían lanzando espumas entre gritos y lágrimas; suspendiase la vida en algunos, quedando reducidos al estado de cadáveres hasta el fin de lo que se creía una manifestacion del espíritu. Enterados de estas maravillas, los tembladores del Nuevo Libano enviaron tres misioneros á los campamentos *revivalistas*, quienes habiendo recorrido á pié un millar de millas, hicieron al paso nuevas conversiones; entre otros dogmas, predicaban el dualismo de un dios, macho y hembra á la vez, como debió ser el primer hombre creado á imágen de Dios; decian que Cristo era uno de los espíritus mayores, aparecido primeramente en la persona de Jesus, y despues bajo la figura de Ann Lee, representando así cada una de las sustancias masculina y femenina de Dios; rechazaban la doctrina de la Trinidad, negaban la muerte, lo que les evitaba creer en la resurreccion y expiacion de los pecados; no adoraban á Jesucristo ni á Ann Lee, limitándose á venerarlos como *ancianos* de la Iglesia. No condenan el mundo exterior; el matrimonio y la propiedad individual, que se prohíben, no son crímenes á sus ojos, sino signos de un órden de sociedad inferior, que encontrará en el otro mundo, como aquí bajo, medio de purificarse. Son espiritistas y creen conversar cara á cara con los muertos; en 1838, principalmente, se verificaron entre ellos manifestaciones del mundo invisible; en tanto eran niños que caían sin conocimiento, mientras que de sus labios brotaban preguntas y contestaciones que versaban siempre sobre asuntos misteriosos; en tanto hermanos y hermanas eran arrebatados en danzas casi aéreas, hablaban lenguas nuevas y profetizaban. Así fué anunciada la revolucion francesa de 1848, pero creemos que en términos suficientemente oscuros.

Á pesar de las supersticiones é ilusiones que manchan la doctrina de los tembladores, preciso es

(1) Campamentos religiosos, predicaciones continuadas, durante semanas enteras, al aire libre y en el fondo de los bosques

confesar que inspira á sus adeptos grandes virtudes. Estos sectarios gozan de merecido renombre de honrados en sus negocios comerciales, de caritativos para con todos, amigos y enemigos, y tambien por su temperancia y por los exquisitos cuidados que prodigan á los enfermos, á los ancianos y huérfanos. No reciben adeptos sino con gran prudencia, y los envían primeramente á noviciados que tienen más relaciones que la iglesia propiamente dicha con el mundo exterior, en el que la sociedad conserva algunos miembros retenidos por consideraciones de negocios ó de familia, pero observando la regla.

La familia ó comunidad la forman ordinariamente ochenta ó noventa personas de todas edades, habitando la misma casa. Dos ancianos, hombre y mujer, dirigen cada familia, y un ministerio, que ordinariamente consta de cuatro miembros de cada sexo, gobierna la sociedad entera: exígeseles reputación intachable y mucha experiencia de las cosas espirituales. Confieren á los hermanos y hermanas los empleos para cuyo desempeño los juzgan dignos, y se perpetúan nombrando ellos mismos sus sucesores. Nunca son consultados los miembros de la sociedad; el ministerio decide de todo, suponiéndose que recibe del cielo las revelaciones necesarias. Tan rigurosamente prescrito está á los *shakers* el trabajo manual, que los mismos jefes, los cuatro ancianos que forman el ministerio de Mount-Lebanon, ejercen el oficio de cesteros, teniendo un pequeño establecimiento separado de la iglesia. Para mayor comodidad tienen administradores, encargados de la propiedad de cada sociedad; pero cada familia de las que forman la sociedad, lleva sus cuentas y tiene sus negocios separadamente.

Los miembros de la familia se levantan á las cuatro y media de la mañana en verano, y á las cinco en invierno, y á las nueve y media de la noche todos los hogares están apagados. Reúnense en un mismo comedor, los hombres en una mesa, las mujeres en otra y los niños en la tercera, haciendo en comun y silenciosamente las tres comidas del día; antes y despues de comer arrodíllanse un instante, ceremonia que repiten al levantarse y acostarse. Cada hermano está confiado á una hermana, que cuida de sus ropas y de sus necesidades temporales en general. Las hermanas desempeñan la cocina por turno y mensualmente, empleándose en este servicio muchas á la vez, para que el trabajo no sea fatigoso. La alimentacion es sencilla, pero suficiente; jamás comen cerdo; muy pocos *shakers* comen carne, y muchos de ellos se prohíben todo lo que procede de animales; leche, manteca, huevos, lo cual no les impide estar muy robustos. Consumen muchas frutas, y sus jardines y huertas son admirables.

Despues del desayuno, que se verifica á las seis

de la mañana, vigilantes subordinados á los diáconos llevan á sus empleados respectivos al trabajo. En el momento de la recolección, cuando se necesitan brazos suplementarios, es fácil encontrarlos en los diferentes cuerpos del Estado; las mujeres no desempeñan en el campo ningun trabajo rudo. Por regla general, los tembladores, por industriosos que sean y atentos á no perder un minuto, no se sobrecargan de trabajo; no tienen prisa por enriquecerse, la economía les dispensa de los esfuerzos; el número de trabajadores aligera la tarea, que se convierte en placer, teniendo todos igual interes en ella.

Ocupan las veladas en los recreos que creen inofensivos; en general no se permiten música instrumental, y emplean mucho tiempo repitiendo himnos que dicen reciben con frecuencia del país de los espíritus. Diariamente se verifica un *meeting* reglamentado de antemano, y que se ocupa, ora de un asunto, ora de otro; los lunes léense en Mount-Lebanon artículos de periódicos escogidos; pásanse en silencio los relatos de crímenes y desgracias, considerandoles peligrosa lectura, y eligense con frecuencia los artículos sobre descubrimientos científicos, noticias públicas y acontecimientos generales del mundo exterior. Los extractos los hace el *anciano*.

En los oficios religiosos de los *shakers* hay pocas ó ninguna plegaria articulada, pareciéndoles suficiente la oración mental, pretendiendo solamente «marchar con Dios como con un amigo,» y la plegaria interior no interrumpe el trabajo. Los oficios del domingo se componen de curiosos ejercicios: fórmanse en fila los hombres en frente de las mujeres por orden de edad, y despues que han cantado un himno, el *anciano* pronuncia un breve discurso sobre los deberes de la vida santa; en seguida se rompen las filas, y una docena de fieles forman un cuadrado separado, entonando alegre cántico, al que se unen otros muchos; entre tanto, giran con rápido paso alrededor de la habitación, dando palmadas por intervalos frecuentes. Discursos, cantos y bailes, que recuerdan los de David delante del Señor, interrumpen la marcha; á veces, sintiéndose un hermano dominado por alguna tribulación, pide las oraciones de los demás, ó bien otro se adelanta hácia el *anciano* y la *anciana*, y empieza á girar como un derviche, ó bien parte de la boca de otro un consejo ó advertencia venida del mundo invisible; ocurre tambien que un espíritu pide oraciones, y entónces se arrodilla la asamblea entera. Al orar y al bailar los *shakers* extienden las manos hácia adelante para recoger las bendiciones; y de la misma manera, cuando un *shakers* pide oraciones, los otros hacen ademán de mandar hácia él lo que desea. Todo esto se ejecuta con mucho orden y precision.

El que quiere pertenecer á la comunidad de los *shakers* debe prepararse por medio de largo novi-

ciado y arreglar sus negocios para no dejar ninguno pendiente. Es preciso que pague sus deudas, que obtenga el libre consentimiento de su esposa, y, si es mujer, que obtenga el de su marido pues, la separación es obligatoria; es necesario, finalmente, asegurar la suerte de los hijos, bien ingresen en la sociedad ó bien queden en el mundo. Es principio de la iglesia que los que ingresan en ella se consagren al servicio de Dios con todo lo que tienen y para siempre. Por consecuencia de esto, el neófito lleva toda su fortuna; pero mientras duran las pruebas, no la entrega sin reservas. Con tal de que trabaje y no pida salario, se le permite permanecer (existen *shakers de invierno* que se marchan á la primavera); pero cuando se decide á ingresar en la más elevada de las dos clases de la sociedad, la llamada orden de la iglesia, está obligado á entregar hasta el último céntimo, sin posibilidad de recogerlo jamás.

En un día muy frío de Diciembre, refiere M. Nordhoff, visité por primera vez la familia de los *shakers*. Esperábanme y abrieron la puerta en el momento en que llegaba á ella. Un hermano pequeñito me saludó, y, sin decir palabra, me cogió el maletín que llevaba yo en la mano. Atravesamos una galería, cuyas paredes estaban llenas de perchas para colgar sombreros, capas y chales; en seguida un comedor vacío y despues un patio interior, por el que pasamos á otra casa. En la sala de viajeros me dió la bienvenida el guía. «Aquí quedará usted, me dijo, y en seguida vendrá á hablarle un hermano.» Dejéme solo, y pude examinar detenidamente la habitación en que me encontraba; el techo era algo bajo, un calorífero de forma particular la calentaba, y por todos muebles había una media docena de sillas, una cama de campaña susceptible de plegarse durante el día, un espejo, una escupidera y una mesa. El suelo, limpio como el de una casa holandesa, estaba cubierto con alfombras sin clavar, porque nada temen más los tembladores que el polvo, y no le dejan rincón alguno donde pueda amontonarse. Alrededor de la estufa estaban colgados plumeros, escobas y paletas, todo escrupulosamente lavado, frotado, en una palabra, limpio. Sobre la mesa había cierto número de libros y de periódicos *shakers*, y en un rincón la campana para llamar á la mesa al visitador. Examinaba en las ventanas ciertos ventiladores muy ingeniosos, cuando llamaron á la puerta, y entró un gallardo jóven, que era el hermano que había de cuidar de mí durante mi estancia en la casa. Era sueco, antiguo estudiante de la universidad de su ciudad natal. El libro de M. Dixon, *La Nueva América*, había llamado la atención de aquel inteligente jóven, que pertenecía á buena familia, sobre los tembladores; había venido á estudiar por sí mismo aquella secta, y, encontrándola á su gusto, había ingresado en ella. Aquel jóven tenía

la tez fresca, como la mayor parte de los *shakers*, cabello cortado, según las prescripciones de la orden, rectos sobre la frente y largos por la espalda; llevaba un ancho levitón gris-azulado, cuello sin corbata y sombrero blanquecino de anchas alas. Su voz era dulce y baja, su rostro risueño y todos sus movimientos silenciosos y reservados: aunque parecía dotado de comunicativa franqueza, veíase, sin embargo, el hombre que se mantiene en guardia contra el mundo, estando resuelto á no tener nada común con él. Todos los tembladores se parecían á éste, políticos, pacientes, evitando siempre el ruido, excepto durante los oficios religiosos, escrupulosamente limpios y ocupados exclusivamente en sus respectivos asuntos. Al principio atribuí la calma dominical que reinaba en la casa á ciertos preparativos de funerales en que se ocupaban; pero aquella tranquilidad es la habitual de una casa de *shakers*, donde se desconoce el ruido que ordinariamente acompaña al trabajo, aunque se trabaja continuamente.

Mientras el hermano sueco, contestando á mis preguntas, me daba algunas noticias sobre el mismo, llegó el anciano Federico, jefe de *la familia del Norte* en el Mount-Lebanon, temblador muy conocido porque ha sido enviado con más frecuencia que los otros á dar á conocer en el mundo las doctrinas de la sociedad. Federico W. Evans es inglés de nacimiento y perteneció á los que en otra época lucharon por las reformas agrarias, los derechos del trabajo y contra ciertos monopolios. Fué socialista desde su primera juventud, y despues de estudiar otras comunidades, concluyó por venir á Mount-Lebanon, donde habita hace cuarenta y cinco años. En la actualidad tiene setenta y apenas se le atribuirían cincuenta: es instruido y habla con bastante elocuencia, siendo por lo tanto instrumento muy útil; á los ojos de la secta es hombre eminente, orador y escritor. El entusiasmo corre parejas en él con la lógica y buen sentido, y su idea fija es aplicar cuanto posee de ciencia á la prolongación de la vida humana. Alto y ligeramente encorvado, tiene un rostro á la vez simpático y venerable. Hízome los honores del establecimiento: el Mount-Lebanon está admirablemente situado á dos millas y media de las fuentes del mismo nombre en las montañas del Berkshire. La vista descubre pintoresco horizonte, el aire es puro y vivificador y abundante el agua. Nunca sociedad ascética alguna eligió paraje más tranquilo y pintoresco. El primer edificio que llama la atención al llegar es la inmensa granja, una de las más perfectas que existen por su distribución interior; despues se ve la tienda de las hermanas, dedicada á los trabajos femeninos, y en la misma línea la casa de los hermanos del Norte, con cinco pisos como la Granja. Detrás de estos dos edificios,

que tienen la entrada directamente por la calle, hay un pabellon separado para los visitantes, á quienes se ruega se sujeten durante su permanencia allí á los reglamentos esenciales de la órden; allí residen tambien los aspirantes al título de tembladores, durante la prueba preliminar para su recepcion; despues viene una enorme leñera, cuerdas, las tiendas de los hermanos, el lavadero, el taller de aserradores, el molino, el granero, al que está unido el alojamiento de los trabajadores extraños á la órden que reciben salario.

Un cuarto de milla más lejos, habita otra familia alrededor de la iglesia cuyo nombre lleva, y que se reconoce por el techo, parecido á la cubierta de una caldera. Así se suceden las familias, teniendo cada una sus intereses separados y formando una comunidad distinta con sus industrias particulares y su organizacion especial. Todos los edificios son grandes y cómodos, sin pretensiones de belleza, hechos con maderas del Mount-Lebanon, unos de piedra y otros de ladrillo.

Asistí á los funerales de una mujer que acababa de morir. Hombres y mujeres entraron rápidamente en la sala de reunion, formándose en filas, las mujeres de un lado y los hombres de otro, y todos de pié. El servicio empezó con un breve discurso del viejo Federico; enseguida cantaron, algunos asistentes hablaron á su vez, suplicaron al alma que se había marchado que se comunicase, y un *medium* pronunció algunas palabras que aparentemente procedían de ella; despues leyó una hermana una poesia en memoria de la difunta, y enseguida se separaron. Colocaron el cuerpo en la galería para que cada cual pudiese contemplarlo por última vez. El viejo Federico me explicó que en el mundo espiritual existían millares de *shakers*, pero, en cambio, supe que en algunos años la sociedad terrestre de los tembladores no había aumentado; la guerra les ha arrebatado muchos miembros, habiendo sido arastrados muchos jóvenes por el espíritu belicoso y no habiendo producido los frutos que se esperaban la adopción de niños, quienes, impulsados por la curiosidad ó por el deseo de ganancia, dejan muy pronto la casa; por esta razón educan muchos menos niños actualmente; la mejor edad para las conversiones es la de veinte á veintidos años, cuando al desprecio del mundo, que ya se conoce, se une la energía de la juventud. Los *shakers* no sacrifican jamás sus principios al furor de proselitismo tan común en todas las sectas, contando con los *revivals* para adquirir prosélitos. «El espíritu y los dones de Dios trabajan por ellos en el exterior;» por eso se encuentran en buenas relaciones con todas las personas religiosas, sea la que quiera la comunión á que pertenezcan.

Una regla inflexible favorece la rápida expulsión

del que se uniese á ellos por motivos indignos. La confesión de los pecados y el celibato forman el fondo de su doctrina, estando persuadidos de que la castidad absoluta es un principio de higiene y una garantía de longevidad, y verdaderamente pueden creerlo así segun sus estadísticas. «Todo hombre que vive como vivimos nosotros, tiene derecho á no estar enfermo ántes de los sesenta años, y si lo está ántes, será por culpa suya. He consagrado mi vida á dar á conocer á los nuestros las verdaderas leyes fisiológicas;—aún no somos perfectos bajo este punto de vista, pero progresamos. En otro tiempo eran frecuentes los casos de fiebres, y hoy casi han desaparecido, y el cólera no ha entrado nunca en el pueblo de los tembladores.» Sin embargo, una de las familias de Mount-Lebanon ha construido un hospital, que hasta el presente permanece vacío.

Entre los miembros de la sociedad se encuentran personas de todas profesiones; sacerdotes, legistas, comerciantes, médicos, estudiantes, labradores, marinos, artesanos, militares; pero principalmente predicadores. Las hay de todas religiones, exceptuando católicos romanos, encontrándose hasta judíos; pero el mayor número de adeptos lo suministran los baptistas, metodistas y presbiterianos. Los *shakers* no han rechazado jamás las gentes de color, habiéndose pronunciado enérgicamente desde el principio en contra de la esclavitud. Mucho ántes de la emancipación, los propietarios de esclavos, para hacerse *shakers*, tenían que manumitirlos, y gran número de estos ingresaba en la sociedad. Segun unánime parecer, toda comunidad, para prosperar, debe estar fundada sobre los trabajos agrícolas, siendo los manufactureros mucho menos propicios al espíritu de la comunidad. Al principio tendían las sociedades de tembladores á poseer la mayor extensión posible de terreno, y á su adquisición dedicaban todas sus economías; pero hace veinte años se presentó un proyecto de ley al Cuerpo legislativo de Nueva-York para determinar la cantidad de terreno que podrían poseer los tembladores y el número de sus aprendices; el proyecto no llegó á ser ley, pero los mismos tembladores convinieron en imponerse ciertos límites. Sin embargo, todas las sociedades de tembladores tienen fama de ricas, y arriendan fuera del círculo de la comunidad terrenos que explotan trabajadores asalariados. Parecióme que el anciano Federico desaprobaba, bajo el punto de vista moral, este trabajo exterior.

Muchos ancianos aseguran haber conseguido la perfección absoluta en su vida cotidiana; uno de ellos me aseguró que hacía muchos años podía decir á los que le conocían como Jesús á los fariseos: «¿Cuál de vosotros me argüirá de pecado?» Si se

comete una falta, debe confesarse en seguida á un anciano ó anciana, segun el sexo del pecador. Si ocurre un acceso de cólera ó simplemente de impaciencia, no se debe ir á la iglesia ántes de haberlo confesado y pedido perdon á los objetos ó testigos del escándalo.

Por regla general, los *shakers* leen poco: cuando un hombre hubiese adquirido toda la ciencia del universo, no podría librarse por ello del pecado. La biblioteca del anciano Federico solamente contenía algunos libros que trataban problemas sociales ó leyes fisiológicas. El hermano sueco, que había estudiado bastante, necesitó algun tiempo para perder la costumbre de los libros, y no los echaba de ménos, segun me dijo. Un viejo escocés, que en el mundo se había ocupado de química, me dijo que aún tenía cierta predilección por los nuevos descubrimientos que hacia la ciencia, pero que, despues de madura reflexion, se había decidido á dirigir las facultades del espíritu hácia cuestiones más elevadas y útiles á la sociedad. Este viejo es temblador hace cuarenta años. «Y bien, le dije, ¿queda usted satisfecho cuando recuerda su vida?» Sin vacilar y con evidente sinceridad, me contestó: «Seguramente, he realizado las aspiraciones más altas de que ha sido capaz mi espíritu. Con mi manera de pensar hubiese estado fuera de mi centro en el mundo y habría sido desgraciado, porque habría visto que todo sucedía en sentido contrario á mis ideas del derecho y de la justicia. Aquí he encontrado mi puesto.» Relativamente á los edificios, que no son otra cosa que colmenas humanas sumamente sencillas, pregunté al anciano Federico si no se había cuidado nunca de las bellezas arquitectónicas. «Lo que usted llama belleza, me contestó, es anormal y absurdo, y aquí no tiene lugar. El hombre de Dios no tendrá derecho á malgastar dinero en esas cosas mientras existan pobres.» En los cuadros solamente veía él marcos, y éstos le producían el efecto de nidos de polvo.

Los *shakers* han estudiado atentamente la antigua política hebrea y la creen muy superior al orden de cosas que prevalece en el pretendido mundo civilizado. Sostienen decididamente la igualdad de sexos, y no hay funciones para las que no crean tan aptas á las mujeres como á los hombres; pero juzgan con prudencia que la propensión natural las fija ordinariamente en casa, mientras que á los hombres les saca de ella, y no hay razon alguna para contrariar á los unos ni á las otras. Además, el celibato les impone ciertas precauciones; jamás tienen el más ligero contacto material los hermanos con las hermanas, y ni siquiera tocarían un animal sin necesidad; si por urbanidad se cambia un apretón de manos de hombre á mujer con algun visitador extranjero, es necesario prevenirlo á los ancianos ántes

de la oracion. Ni en el trabajo, ni en la comida se mezclan jamás los sexos, ni siquiera en la niñez; visitanse en intervalos prescritos y cuidan de hablar poco, evitando la charla, y sobre todo la murmuracion.—Si no tienes nada bueno que decir del prógimo, calla,—esta es una máxima del temblador. El traje de las mujeres está calculado de manera que no las embellezca y que apénas sea sensible la diferencia de edades. Compónese de una pañoleta muy ancha, de una falda que cae recta y muy plegada, y de una toca parecida á la de algunas de nuestras religiosas, que las oculta parte de la cara; para salir se cubren con un sombrero muy ancho que las preserva del sol.

Están prohibidos los animales domésticos, exceptuando los gatos, porque destruyen los ratones. Por comun acuerdo está prohibido tambien fumar, y aún cuando se tolera masticar tabaco, vense viejos pescadores, endurecidos por espacio de cincuenta años en esta costumbre, renunciar á ella por espíritu de mortificación. El anciano Federico decía: «No todos están llamados á la vida divina;» y para quien no desprecie por completo y absolutamente las cosas del mundo, sería intolerable el régimen de los tembladores.

Los miembros de cada familia se reparten los trabajos domésticos, no existiendo criados. Lo esencial de una comunidad es saber siempre dónde se encuentra cada cual, y el anciano tiene el deber de saberlo. Si un hermano no asiste al oficio, debe prevenirlo al *anciano*.

Concédese grande importancia á los menores detalles. Por ejemplo, los hermanos y hermanas tienen zapatos de suela dulce, sin clavos ni estaquillas, para asistir á los *meetings*, usando este calzado para no ensuciar ni rayar el suelo, limpio y terso como un espejo; jamás dejan una migaja en el plato, siguiendo las palabras de Cristo: «Recoged lo que queda para que no se pierda nada.» Entregan á los mendigos los restos de las comidas, dándoles además algun dinero para que vayan á dormir á las aldeas inmediatas, porque, por regla general, no les agrada dar alojamiento á los extraños. Tienen las manías de las solteronas y solterones. Nada tan curioso como las visitas de los domingos por la noche. Designase cierto grupo de hermanas para que visiten un grupo de hermanos; las hermanas, en número de cuatro á ocho, se sientan en fila en sillas de respaldo derecho, teniendo cada una de ellas un pañuelo blanco desplegado sobre las rodillas. Igual número de hermanos se sientan en frente, con e pañuelo desplegado de la misma manera. Hablan alegremente de las noticias del mundo exterior, de los acontecimientos del dia, de los trabajos agrícolas; cantan, y no deja de tener atractivos la reunion.

Estos datos sobre el Mount-Lebanon pueden aplicarse á todas las demas sociedades de *shakers*, no existiendo diferencias sensibles más que en sus industrias. Un *shaker* inventó en Alfred, Estado del Maine, la primera sierra circular; en New-Glocester, en el mismo Estado, fabrican duelas que son trasportadas á las Indias occidentales para los boques de melaza; un anciano ha inventado allí tambien una máquina de segar. En Canterbury (New-Hampshire) las hermanas venden almibares, conservas, perfumería y artículos de capricho muy apetecidos; pero en todas las comunidades dominan la agricultura y la horticultura, gustando mucho á los *shakers* los trabajos de jardinería; sus granos gozan de mucha reputacion. Durante su permanencia entre ellos, M. Nordhoff estudió mucho la literatura *shaker*, siendo ésta bastante pobre, pues sólo consiste en himnos dictados á sus *mediums* ó preceptos de conducta rimados, presentados algunas veces en forma humorística, relatos de manifestaciones y fenómenos espirituales, etc. El *Shakers and Shakeress*, periódico mensual publicado por el anciano Federico Evans y la anciana Antonieta Doolittle, sirve de órgano á los creyentes y á los proyectos de la sociedad; redáctase con talento, pero se limita casi exclusivamente á asuntos religiosos. Por los libros *shakers* que circulan en el mundo habrán podido convencerse todos de que, con raras excepciones, los espiritistas no son grandes poetas.

II.

La Sociedad de la Armonía, de la misma manera que la de los Tembladores, coloca en el primer rango de virtudes la humildad, sencillez, sacrificio, amor al prójimo, trabajo, oracion y exámen de conciencia; prescribe el celibato y la confesion de los pecados, pero rechaza el espiritismo y espera la nueva venida de Cristo. La Armonía, despues de haber estado muy floreciente, parece tocar á esa decadencia que amenaza á toda sociedad laica cuyos miembros no se renuevan por el matrimonio.

El ferro-carril de Cleveland á Pittsburgh sigue la ribera del Ohio, á partir de Wellsville, por las inmediaciones de un país rico en carbon, aceite, tierra de alfarero, piedra de cal, y que contiene considerable número de manufacturas importantes. Mucho ántes de llegar al establecimiento de la Armonía, se manifiesta la influencia de esta sociedad por los nombres de las ciudades: vése *Freedom* (Libertad), Jethro, Industry, el destilatorio de la Regla de Oro, etc. La comarca tiene, sin embargo, el aspecto de desórden y desolacion propios de las regiones que producen petróleo y carbon bituminoso; despues cambia como por encanto el paisaje, viéndose altas cercas sólidamente construidas,

campos admirablemente cultivados y ricos prados. Si se pregunta á quién pertenece aquella privilegiada region, en seguida contestan que el terreno pertenece en muchas millas de extension á los *rappistas* de la Armonía: su ciudad, Economía, se alza en medio de aquellos hermosos cultivos, en un sitio delicioso, abrigado por colinas de los vientos del invierno, y cerca del rio, cuya montañosa y pintoresca orilla izquierda domina. Las anchas calles de Economía parecen coronadas de vegetacion, gracias á los ingeniosos emparrados que adornan todas las casas, provistas de jardines. Las aceras son de ladrillos y están excrupulosamente limpias, y las casas, perfectamente construidas, son sencillas, pero de buen gusto; por todas las calles circula agua corriente; silencio y limpieza, tales son los caracteres distintivos de Economía. Esta ciudad encerraba en otro tiempo manufacturas de algodón, seda y lana, una cervecería y otras industrias; pero las más importantes han cesado. Solamente se encuentran de tiempo en tiempo algun anciano, generalmente robusto, ó alguna matrona de buen aspecto, cubierto el uno con un sombrero de anchas alas, y la otra con una especie de cófia normanda, que saludan en aleman más frecuentemente que en inglés. La fonda es muy grande, pudiendo contener holgadamente el comedor más de cien personas; pero desde la construccion de los ferro-carriles, nadie se detiene allí, habiendo perdido la comunidad una de sus fuentes de riqueza. Cuando M. Nordhoff entró por primera vez en esta fonda, y preguntó:—«¿Pueden darme alojamiento?»—Le contestó el propietario:—«Dependerá del tiempo que usted se detenga, porque no recibimos pensionistas.»—Cuando aseguró que solamente se detendría dos ó tres dias, el dueño le llevó á una habitacion, recomendándole viniese á las once y media para almorzar, y á las cuatro y media para comer, porque tenía que servir la comida á otras personas despues de él.—M. Nordhoff comprendió despues el objeto de aquellas recomendaciones y el de la existencia de la fonda de Economía. Duespues de una comida suculenta y abundante, segun la costumbre alemana, se abrió el salon á un extraño grupo de transeuntes; obreros sin trabajo, mendigos estropeados, vagabundos, algunos de ellos de muy mal aspecto, pero á quienes nunca se les hubiese ocurrido á los armonistas negarles cena y asilo. Diariamente se da de comer en la fonda á una veintena de desgraciados, á quienes solamente se les pregunta el nombre para asegurarse de que no volverá el mismo todos los dias. Despues del descanso de la noche se les invita á las abluciones, almuerzan, algunas veces les dan ropas y continúan su camino.

—¿No les engañan á ustedes frecuentemente?»—preguntó M. Nordhoff.

—Probablemente sí, pero más vale dar á doce indignos, que negar á un solo hombre de bien.

De la sociedad fundada en 1805 por Jorge Rapp, solamente quedan ciento diez personas, de las que ninguna cuenta ménos de cuarenta años. Los últimos *rappistas* han adoptado unos treinta niños, y tambien mantienen obreros asalariados. Toda la poblacion es alemana; aleman es el que celebra los oficios del domingo, pero no hay ninguno que no hable inglés. Jorge Rapp, fundador y director hasta su muerte de la sociedad de la Armonia, nació en Wurtemberg en 1757. Era hijo de un aldeano y recibió la educacion elemental que se da en su país á los jóvenes de su clase; casóse á la edad de veintiseis años, y tuvo dos hijos destinados á ser despues miembros de su sociedad. Desde su edad infantil, tuvo Rapp verdadera pasion por la lectura, y, careciendo de otros libros, estudió la *Biblia*. Comparando la condicion del pueblo en que vivia con el órden social que describe el Antiguo Testamento, sintióse indignado por la tibieza de las iglesias cristianas; en 1787 tenía ya la costumbre de predicar en su casa á una reunion de amigos. El clero denunció á Rapp y á sus secuaces, á pesar de que cuidaban de obedecer la ley y observar vida ejemplar bajo todos conceptos, no reservándose más que la libertad de conciencia. Fueron perseguidos, lo cual siempre es el mejor medio para exaltar el fervor religioso; tan buen efecto causaron la prision y las multas, que en 1803 contaba Rapp con trescientas familias decididas á seguirle á América para adorar allí á Dios á su manera.

Trescientos adeptos suyos desembarcaron en Baltimore, donde él les había precedido; y despues lo hicieron otros trescientos en Filadelfia. Holler, uno de los compañeros de Rapp, arrastró á los demas al condado de Lycoming (Pensilvania). Los seiscientos fieles que quedaron á Rapp, eran en su mayor parte aldeanos y artesanos, personas económicas que poseian alguna fortuna. Hasta el 15 de Febrero de 1805 cada familia vivió separada; pero desde esta fecha hicieron masa común de sus economías. Rapp tenía entónces cuarenta y cinco años, y era hombre industrioso, emprendedor y prudente, bajo cuya direccion se construyeron muy pronto cabañas y se roturaron terrenos. Desde el segundo año tuvieron los *rappistas* el destilatorio modelo, cuyo whisky es célebre en el Oeste, pero del que no usan los que lo fabrican; sus lanas, aceite de adormidera y sus cereales adquirieron rápida reputacion. Rapp, secundado por su hijo adoptivo Federico, hombre de muy notable inteligencia, organizó el trabajo. Hasta el año de 1807 existió el matrimonio en la sociedad; pero bajo la influencia de nuevo fervor, los miembros más jóvenes decidieron de comun acuerdo renunciar á todas las satisfacciones carnales. El

padre Rapp dió ejemplo de celibato voluntario, lo mismo que su hijo John, quien, casado poco tiempo ántes, vivió en lo sucesivo con su esposa como hermano. Desde entónces no nació ni un sólo niño en la sociedad de la Armonia. Los que no se sentían con la vocacion necesaria, rompieron con los *rappistas*, y los demas observaron fielmente el precepto de los apóstoles: «hermanos, el tiempo es corto, que los que tienen esposas vivan como si no las tuviesen.» M. Henrici, jefe actual de Economía, dijo á M. Nordhoff que así vivían desde cincuenta años atras, sin que hubiese sido necesaria ninguna vigilancia, ninguna salvaguardia; los antiguos esposos continuaban habitando la misma casa. «Cuando se necesita vigilancia sobre una cosa, añadió, lo mismo importa renunciar á ella, puesto que es inútil; nosotros contamos con el convencimiento y la oracion.»

Todos aquellos celibatarios llegan como los *shakers* á la vejez, robustos y sin enfermedades. El padre Rapp murió de noventa años. Siendo poco favorable para el cultivo de la vid la parte de Pensilvania donde se fijaron, además de que faltaban completamente comunicaciones por agua con el mundo exterior, en 1814 se trasladaron los *rappistas* á la Indiana, á orillas del Wabash, donde aumentaron sus riquezas y número, gracias á la emigracion que les proporcionó adeptos. Sin embargo, frecuentes epidemias y malos vecinos hicieron que el padre Rapp vendiese la colonia de Wabash en 1824 á Owen, reformador inglés, filántropo y *benévolo* (1) que quiso ensayar su teoría de la irresponsabilidad moral. Es digno de notarse que aquel país, tan floreciente ántes bajo una regla religiosa claramente definida, se convirtió en seguida, regido por el comunismo puro y simple que rechaza la idea del deber, en guarida de mendigos, vagabundos y malhechores, teniendo que abandonarlo el jefe despues de dos años de inútiles esfuerzos.

Volviendo á los *rappistas*, diremos que en 1818 se tomó una medida importante, encaminada á asegurar la igualdad entre los miembros de la asociacion: quemóse el libro en que hasta entónces se anotaban los fondós que cada miembro llevaba á la masa comun. Desde 1825 creian haber encontrado su asiento definitivo en la comarca que hemos descrito: crearon en ella fábricas de tejidos, talleres para corte de maderas, plantaron viñedos, huertas y consiguieron tantos adelantos en el cultivo de la seda, que muy pronto fueron de este tejido los trajes de domingo, tanto para hombres como para mujeres.

Como el padre Rapp se veia obligado á recibir extranjeros distinguidos, su pueblo le construyó una

(1) Roberto Owen, autor del *Libro del nuevo mundo moral*, pretendía reemplazar las penas y recompensas por la sola benevolencia.

casa más grande que las otras, rodeada de bello jardín, abierto á todo el mundo, por supuesto, y en el que se celebraban conciertos los domingos. El duque de Sajonia-Weimar habla con admiración, en sus *Viajes por la América del Norte*, 1825 á 1826, de la industria y prosperidad de Economía y de los deliciosos cantos de unas 60 jóvenes, que en la actualidad son las verdaderas hermanas que encontró M. Nordhoff.

Todo hubiese caminado admirablemente para los *rappistas*, si en 1831 un aventurero alemán, llamado Bernard Muller, que se titulaba conde de Leon, no hubiese venido á imponerle su presencia y la de algunos visionarios que le acompañaban. Aquellos corderos en apariencia, sometidos á la regla, eran en realidad lobos voraces; pronto empezaron á circular por la comunidad las doctrinas más extrañas, produjose un cisma, necesitándose, al fin, recurrir á una votación para reconocer quiénes seguían la antigua regla. Estos formaron aún respetable mayoría; desembarazóse la sociedad del conde Leon y de sus partidarios, pagándoles 105.000 dollars. El aventurero se instaló en la otra orilla del río, profesando también el comunismo, pero sin prohibir el matrimonio. De tal manera obró, que perdió en poco tiempo el dinero que le entregaron los *rappistas*, y después de fracasar en sus ilegales tentativas para obtener nuevos fondos, tuvo que abandonar el país. El conde Leon murió del cólera en 1833 en Rio Rojo, encontrando refugio algunos de los que había seducido en la comunidad de Bethel (Missouri). Los fieles hijos de Rapp se mantienen dispuestos para la venida del Cristo. Por mucho tiempo creyeron que su fundador no moriría antes de realizarse el milenario. Refiérese que las últimas palabras de Rapp, impregnadas de profunda fe, fueron éstas: «creería llegado mi último momento si no supiera que la voluntad del Señor es que os presente á todos á él.»

Creer en la redención final de todo el género humano, pero después de padecimientos de que se librarán los que hayan observado piadosamente el celibato. Su servicio religioso, que se verifica dos veces por día, nada tiene de particular sino es la separación de sexos. Además de las festividades de Navidad, Viernes Santo, Pascuas y Pentecostés, tienen otras dos fiestas especiales en otoño, la de recoger la cosecha y la cena anual. En las festividades se reúnen para cantar, pronunciar discursos y celebrar un banquete. No excluyen la carne de sus comidas, que son cinco; solamente algunos se privan de la de cerdo. Permitense vino y sidra en moderada cantidad; tienen decidida pasión por las flores y la música, y apenas hay hermano que no sepa tocar algún instrumento; el baile les está prohibido. Los habitantes de Economía reciben periódicos y tienen una biblioteca, pero principalmente leen la

Biblia. Cuando está terminada la educación de sus hijos adoptivos, cada uno de éstos se dedica á un oficio. Se les da trajes á los hermanos á medida que los necesitan, vigilando el sastre el estado de las ropas, el zapatero el del calzado, etc., cuidando de que los hermanos estén siempre equipados.

Los armonistas creen ser el pueblo elegido de Dios, y conservan profunda veneración al padre Rapp: «Ante él, dicen, no podía subsistir el mal.»

—¿Existe algún monumento á su memoria?—preguntó M. Nordhoff.

—«Sí, todo cuanto ve usted en derredor de nosotros.» En efecto, en todas partes se encuentra su recuerdo, á pesar de que su tumba es como la de los demás, y que ni siquiera queda un retrato suyo. Dicese que era bien formado, de cerca de seis pies de estatura, activo, afable, hablando apaciblemente, sin entusiasmo, algo delgado, muy práctico, encontrando para todo la palabra propia, y á veces chistosa; pasaba la vida, bien en los campos, bien en las fábricas, animando y enseñando. Había aprendido botánica, geología, astronomía, mecánica; pero el trabajo de la tierra le parecía el mejor remedio para las enfermedades del alma y del cuerpo; así es que la agricultura ha permanecido como un honor entre los armonistas. Era muy elocuente y predicaba dos veces cada domingo, no descansando más que los dos domingos que precedieron á su muerte, pero exhortó al pueblo desde la ventana de su casa. Éranle odiosas las ceremonias y distinciones; sentábase para predicar; no prescribía nunca traje especial, y no quería en las prácticas exteriores nada que protestase contra el mundo. Su influencia era ilimitada; visitaba los enfermos, sepultaba los muertos, y sin hacer ostentación de ello, se imponía todas las fatigas y sacrificios. El resultado de sus lecciones es que se considere mucho á los *economistas*, como generalmente se les llama, por su probidad, caridad y patrióticos sentimientos. A pesar de que no votan jamás, no existen mejores ciudadanos que ellos. Bajo el punto de vista de la utilidad, su empresa ha sido coronada por sorprendente éxito: el desprecio de las riquezas les ha ayudado á adquirirlas en grande escala, impidiéndoles entregarse á empresas nuevas y peligrosas. No se preocupan de lo que será de ellos cuando falte el último anciano de los que forman la sociedad. «Dios nos aconsejará» contestan á las preguntas que se les hacen. Entre tanto, se dejan dirigir con tanta sumisión como desinterés por sus administradores Jacob Henrici y Jonathan Lenz. Existe además un consejo de siete miembros, entre los cuales eligen los administradores (*verwalter*).

TH. BENTZON.

(Concluirá.)

VICENTE BELLINI.

«...Existe la preocupacion de que el hombre de genio debe morir joven, y creo que es la edad de treinta á treinta y cinco años la que se ha señalado como la más perniciosa para el genio. ¡Cuántas veces he bromeado con el pobre Bellini, prediciéndole que, en su calidad de genio, debía morir pronto, porque llegaba á la edad crítica! ¡Cosa rara! A pesar del tono alegre con que hablábamos de esta profecía, siempre le causaba involuntaria turbacion; llamábame *jettatore*, y nunca dejaba de hacer el signo conjurador... ¡Tenía tanto deseo de vivir! La palabra muerte producíale instintiva aversion, y no quería hablar de morir por miedo, como niño que teme dormir en la oscuridad... Bueno y amable joven, algo engreído á veces, bastaba amenazarle con próxima muerte para convertirle en modesto y tímido, y obligarle á hacer el signo conjurador al *jettatore*... ¡Pobre Bellini!

¿Le conocisteis personalmente? ¿Era buena figura?

No era feo. Los hombres no podemos responder afirmativamente á esta pregunta cuando se trata de alguno de nuestro sexo. Era un joven esbelto, de buen aire, vestido siempre con exquisita elegancia y casi con coquetería, de cara regular, ovalada y sonrosada; de cabellos rubios, casi dorados, rizados en ligeros bucles; frente noble, despejada, muy despejada, nariz recta, ojos azules blanquecinos, boca bien hecha y barba redonda. El conjunto de sus facciones tenía algo vago y sin carácter como la leche, y este aspecto lechoso convertíase á veces en una expresion agrídulce de tristeza, que reemplazaba al reflejo del genio en el rostro de Bellini; pero tristeza sin profundidad, cuyo resplandor vacilaba, sin poesía en los ojos y sin pasión en los labios. Parecía que el joven maestro quería impregnar toda su persona de este dolor paciente. Rizábanse sus cabellos con un sentimentalismo tan ideal, pegábanse sus vestidos al delgado cuerpo con tanta languidez, llevaba su baston de caña de Indias con un aire tan idílico, que siempre me recordaba á esos pastorcitos danzando en las pastorales con la vara cubierta de cintas y el calzon de tafetan color de rosa. Su aspecto era, en suma, de señorita elegiaca y etérea. Tenía mucho éxito entre las mujeres; pero dudo que inspirase alguna gran pasión. Su presencia causábame á veces molestia, acaso porque hablaba muy mal el idioma frances, tan mal como se habla en Inglaterra, á pesar de vivir ya algunos años en Francia (1), y al decir mal, somos

(1) El narrador se engaña, exagerando la permanencia de Bellini en Francia. Muerto en Puteaux el 23 de Setiembre de 1835, Bellini había llegado á Paris en los primeros dias de 1834. No eran muchos años, sino pocos meses los que vivió en Francia.

muy bondadosos, pues debiéramos decir horrible, espeluznante. Cuando se estaba en la misma sala que Bellini, su aproximacion inspiraba siempre cierta ansiedad mezclada á una atraccion desagradable, que á la vez rechazaba y retenía. Sus involuntarios retruécanos no eran siempre divertidos, y recordaban el palacio de su compatriota el príncipe de Pallagonia que, en su viaje á Italia, presenta Goëthe como museo de barrocas extravagancias é irracional conjunto de monstruosidades. Creyendo Bellini en tales ocasiones haber dicho cosa muy inocente y seria, su rostro formaba con sus palabras el contraste más grotesco. Lo que me desagradaba en su fisonomia sobresalía entónces con mayor fuerza; pero á lo que me desagradaba no podía llamarse en rigor un defecto, porque á las mujeres no les disgustaba como á mí. El rostro de Bellini y toda su persona tenía ese frescor físico y la sonrosada encarnacion que no pueden gustar á quien, como yo, prefiere el color de muerto ó de mármol. Más tarde, y cuando nuestras relaciones fueron íntimas, inspiróme verdadero afecto, sobre todo cuando advertí que su carácter era bueno y noble, y que su alma permanecía sin mancha en medio de los indignos contactos de la vida. Aunque no era de los que la dejan ver al último que llega, su alma tenía esa bondad sencilla é infantil que siempre se encuentra en los hombres de genio...»

Este retrato de Bellini lo firma Enrique Heine.

Antes de narrar la vida de Bellini, de apreciar sus obras y de analizar su genio, quería dar á conocer su persona y hacer simpática al lector esta figura tierna y melancólica, en la que encuentro, excepcion hecha de algunos rasgos de candidez, un recuerdo de Rafael, de Mozart y de Andrés Chenier. Lo que mejor podia hacer, en mi concepto, para este resultado, era reproducir el retrato algo fantástico del humorista alemán Enrique Heine, que, conociendo todos los matices de la lengua francesa, ha pintado á Bellini en su *Reisebilder*. Aunque sea original ver á un italiano pintado en frances por un alemán, no es esta originalidad lo que me ha seducido. Heine había visto y conocido á Bellini en Paris y podia juzgarle, siendo recientes sus recuerdos, cuando escribió algunas líneas relativas á este músico de una gracia tan encantadora y adorable. Aparte de las excentricidades propias del germano Heine, de tan excepcional naturaleza, el retrato que de Bellini hace es parecido y exacto, y las líneas principales se ajustan bien á la que, por otros conductos, sabemos de Bellini. Unido á esto el especial sabor de cuanto sale de la pluma de Heine, comprenderáse por qué hemos elegido el fragmento que precede.

I.

Mon beau voyage encore est si loin de sa fin!
 Je pars, et des ormeaux qui bordent le chemin.
 J'ai passé les premiers à peine
 Au banquet de la vie à peine commencé
 Un instant seulement mes lèvres ont pressé
 La coupe en mes mains encore pleine.

ANDRÉS CHENIER.—*La Jeune captive.*

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, un joven artista, nacido en los Abruzzos y que salía apenas de los bancos de la escuela, fijó su residencia en el pueblecillo de Catania, situado al pié del Etna, esa plaga de Sicilia, casándose allí en seguida. Aunque su nombre estuviera destinado á la celebridad, no había de ser por fama propia, á pesar de los buenos estudios que había hecho en el Colegio real de música de Nápoles, bajo la dirección del gran Piccini, digno rival de Gluck, y autor de *Rolando*, de *Atys* y de otras cien obras maestras.

Vicente Bellini, tal era el nombre del citado artista, tuvo de su matrimonio muchos hijos, uno de los cuales, Rosario, se dedicó también á la música, sin éxito. Mozo todavía, se casó con una joven entendida y literata, Agata Ferlito, de quien tuvo siete hijos, cuatro niños y tres niñas.

El mayor de estos niños, á quien por antigua costumbre se puso el mismo nombre que á su abuelo, Vicente, es de quien aquí nos ocupamos. Nació en Catania el 1.º de Noviembre del año 1804 (1).

Hay familias donde los hijos maman al venir al mundo la leche de una profesion ó de un arte. Todos los Vernet nacen pintores; los Bach han dado de sí varias generaciones de organistas y compositores; la raza de los Couperin ha sido célebre en los fastos del clavicordio; de igual suerte los Bellini parecían predestinados, y entre ellos se cultivaba la música de padres á hijos, tanto que de los cuatro hijos varones de Rosario, sólo uno, extraño á la afición general de la familia, fué empleado, abrazando los otros tres con alegría la carrera en que sus padres les habían precedido. Siendo justos, preciso es decir que uno sólo poseía facultades excepcionales para la música, y, que sin el joven Vicente, el apellido Bellini hubiera quedado en honrosa oscuridad.

Han dicho algunos biógrafos que el padre de este niño contrariaba su precoz inclinación á la música,

(1) Adriano de Lafage, tan cuidadoso de la exactitud histórica en sus numerosos trabajos sobre la música, se ha engañado respecto al nacimiento de Bellini, fijando una fecha errónea en el estudio, notable bajo el punto de vista crítico, que ha publicado sobre este compositor. (*Miscellanees musicales*, 1844.) Queriendo corregir los errores de otros escritores que habían supuesto el nacimiento del autor de *Norma*, bien en 28 de Setiembre de 1804, bien en 1808, indicó, como cierta, la fecha de 1.º de Noviembre de 1802. La que yo fijo es auténtica y está tomada de la partida de bautismo de Bellini por su último biógrafo, el abogado Filippo Cicconetti, autor de la obra más reciente publicada en Italia sobre este músico, *Vita di Vincenzo Bellini*, Prato in 12, 1859.

y que sus primeros conocimientos en este arte encantador los adquirió gracias á las lecciones y consejos clandestinos de su abuelo, añadiendo que fué relativamente tarde cuando tuvo permiso para entregarse sin reparo á sus predilectos estudios. El abogado Cicconetti, que ha obtenido parte de los elementos de su interesante estudio sobre Bellini de lo que le han dicho los miembros supervivientes de su familia, afirma que esto es completamente falso, y que, lejos de oponerse á los deseos de su hijo, el padre de Bellini era quien más le animaba en sus estudios musicales.

Sin creer punto por punto todos los asertos de este biógrafo, á veces un poco cándido; sin admitir, como él lo hace con demasiada benevolencia, que el niño Vicente, á la edad de un año apenas, marcaba el compás cuando oía una canción cualquiera; que á los diez y ocho meses tarareaba correctamente una arieta de Fioravanti, acompañándole su abuelo al piano; que, en fin, á los tres años, y, mientras éste dirigía una misa en la iglesia de los Capuchinos, se acercó al atril, apoderóse subrepticamente de la batuta, y se puso á dirigir la orquesta con aplomo y seguridad extraordinarias; es lo cierto que, desde sus más tiernos años, manifestó Bellini una inclinación irresistible y disposición excepcional para la música.

Tal era su facilidad, que, recibiendo lecciones de su padre y de su abuelo, á los cinco años tocaba hábilmente el piano, y desde el año siguiente dió, como compositor, pruebas de notable y precoz fecundidad. En efecto, á los seis años, después de haberse hecho explicar el texto del *Gallus cantavit* del Evangelio, lo puso en música en honor de su maestro de italiano el canónigo Inocencio Fulci; á los siete años escribió dos *Tantum ergo*, ejecutado uno en la iglesia de San Miguel, y después algunas romanzas y canciones sicilianas, dos misas con vísperas, tres *Salve Regina* y muchas cantatas. Al mismo tiempo estudiaba la lengua latina y asistía á las clases de la universidad.

Con su inteligencia se desarrollaba su carácter, mostrándose á cada momento la afectuosa bondad, que era uno de los principales rasgos de su naturaleza tierna y melancólica. Notábanse en él ya los frecuentes cambios de desordenada alegría á sombría tristeza, sin ninguna causa aparente; y á proporción que avanzaba en edad, aumentaban esos impulsos de una tristeza inmotivada, indicio de grande exceso de sensibilidad nerviosa que produce el especial carácter de sus obras.

El niño era ya adolescente, y su padre no quería que se extinguiesen, por falta de expansión, las brillantes facultades que había demostrado. Conociéndose además incompetente para dirigirle en sus estudios superiores, comprendió que su hijo tenía

necesidad de las lecciones y de los consejos de un artista más experimentado que él, y por tanto dirigió una solicitud al duque de Sammartino, intendente del pueblo de Catania, para obtener del Ayuntamiento, en favor de Vicente, una pension que le permitiera ir á Nápoles y estudiar en el Conservatorio. El intendente envió la solicitud al principe Pardo, patricio, y la decuria, por recomendacion de éste, decretó en 5 de Mayo de 1819 una pension anual en favor del jóven Bellini.

Grande fué su alegría al recibir esta noticia, aunque mitigada por el pesar de separarse de su familia, á la que siempre tuvo profundo cariño. Preciso fué, sin embargo, someterse á esta necesidad, y medio riendo, medio llorando, padre y madre, hermanos y hermanas, sin olvidar, por supuesto, al abuelo, le despidieron cariñosamente en el camino de Nápoles, de donde debía volver seis años despues con la predestinacion de la gloria y animado por los primeros éxitos.

II.

Ya tenemos á Bellini en Nápoles, y, á pesar del dolor que sentia al verse separado de su familia durante una época cuya duracion ignoraba, realizando sus más ardientes deseos. Antes de salir de Catania le habían dado varias cartas de recomendacion para el duque de Noja, gobernador del Conservatorio de San Sebastiano (que despues se convirtió en el de San Pietro, en Majella), de donde era director efectivo el gran artista Nicolás Zingarelli; pero sus disposiciones musicales le recomendaban más que ninguna otra cosa, y á consecuencia de un brillante exámen, fué inmediatamente recibido en el célebre establecimiento.

Cuando Bellini entró en el Conservatorio, el patriarca de la escuela musical italiana contemporánea, Mercadante, apenas acababa de salir y preludiva sus futuros triunfos dramáticos con la composicion de algunas cantatas ejecutadas en San Carlos. No tuvo por condiscípulos, si se exceptúan á Carlos Conti (1), compositor distinguido, y á los hermanos Luis et Federico Ricci, inspirados autores de *Crispino é la Comare*, y de muchas otras obras que escribieron juntos ó separados, sino algunos jóvenes que jamás salieron de la oscuridad, tales como Anselmo Dezio, Giamie, Tonetti, Perugini, Marras, etc.

Al principio de sus trabajos no mostró vocacion

(1) Carlos Conti, cuyo nombre es completamente desconocido en Francia, donde no se ha ejecutado ninguna de sus obras, es autor de gran número de óperas, entre las cuales llaman la atencion: *Le Truppe in Franconia*, *Olimpia*, *Gli Aragonesi in Napoli*, *L'innocenza in periglió*, *Giovanna Shore*, *Enrico al passo della Marna*, *La pace desiderata*, *Misanthropia é Pentimento*, *Il trionfo della giustizia*, *L'audacia fortunata*, etc.

particular y bien determinada por ninguno de ellos, y estudió el canto y los diversos instrumentos, sin hacerse notar y sin que su personalidad se distinguiera, como podia creerse, en la masa general de los discípulos del Conservatorio. Sus primeros ensayos en la composicion fueron sus primeros triunfos. Dos años estuvo estudiándola bajo la direccion de Tritto (1), que le enseñó un curso completo de contrapunto, y entró despues en la clase de Zingarelli (2).

Desde entónces trabajó con verdadero ardor. A consecuencia de un concurso, alcanzó el título de *maestrino*, dignidad reservada á los discípulos más estudiosos del Conservatorio y que equivale á lo que llamamos pasante. El *maestrino* tenia la honra de dar tres veces por semana leccion á los discípulos ménos adelantados. Poco despues se vió elevado al cargo de *primo maestrino*, empleo puramente honorífico, que consiste en vigilar los estudios de los discípulos, las lecciones dadas por los simples *maestrini* y ejercer sobre todos una especie de autoridad moral, familiar y afectuosa.

A causa de su natural franco, expansivo y ultrasensible, de la dulzura y amenidad de su carácter y de la exquisita distincion de sus modales, Bellini se atraía el afecto, la estimacion y la simpatía de todos los del Conservatorio. Profesores y discípulos le querían, y el anciano Zingarelli, que en aquella época no contaba ménos de setenta años, sentia hácia el jóven *maestrino* una ternura casi paternal. Los últimos informes que sobre este punto ha recogido el abogado Cicconetti permiten asegurar que carecen de fundamento las supuestas durezas de Zingarelli respecto á Bellini, y que, muy al contrario, si se exceptúan algunos caprichos comprensibles en un anciano, y que todos sus discípulos habían sufrido, le trató siempre como á hijo.

Preciso es creer, sin embargo, que, ó la inteligencia de Bellini, sumida en los ensueños ó en la contemplacion, era reacia á las enseñanzas que recibía, ó que el nivel de los estudios, que tanto ha caído hoy dia, había disminuido considerablemente en aquella época en el Conservatorio de Nápoles,

(1) Giacomo de Turitto, conocido con el nombre de Tritto, nació en Altamura de 1752 á 1755, muerto en Nápoles en 16 de Setiembre de 1824, es uno de los últimos y más célebres representantes de la escuela napolitana, autor de más de cuarenta óperas y cantatas dramáticas, de numerosas obras de música religiosa y excelente profesor. Fué maestro de Farinelli, de Spontini, de Raimondi, de Orlandi, de Manfredi, de Ciuffolotti, de Bellini, de Mercadante, de Costa, el famoso director de orquesta del teatro italiano de Lóndres, de Carlos Conti y de muchos otros no ménos célebres.

(2) Nicolo Zingarelli, didáctico y compositor dramático y uno de los más nobles campeones de la escuela napolitana, nació en 4 de Abril de 1752 en Nápoles, y murió en 3 de Mayo de 1837. El 30 de Abril de 1790 hizo representar en la Academia Real de Música en Paris una ópera en tres actos, titulada *Antigone*. El libretto era de Marmontel y la ópera no tuvo éxito.

porque Bellini jamás fué músico instruido, aunque, además de las lecciones que recibió de Tritto y de Zingarelli, estudió también el contrapunto con Raimondi y Carlos Conti. Su mejor trabajo hubiese sido el que emprendió un día, imitando á Rossini, de orquestar los cuartetos de Haydn y Mozart, trabajo penoso si se le considera bajo el punto de vista mecánico, pero que proporciona á quien lo hace advertir con fruto, y mejor que oyendo la música diez veces seguidas, las bellezas de estilo y de estructura y la admirable corrección de los grandes maestros. Desgraciadamente, Bellini no tuvo valor para realizar la empresa que se había impuesto y que abandonó apenas comenzada. En realidad, la mejor parte de su educación musical la constituyen las obras de Haydn y de Mozart, de Durante, y de Jomelli, y sobre todo de Pergolese, hácia el cual tenía grande admiración y con quien su corazón simpatizaba completamente.

Bellini, sin embargo, componía mucho y había enviado ya á su familia algunos ensayos, entre los cuales estaba una misa que se ejecutó en Catania, en la iglesia de San Francisco de Asís, el día de la fiesta del emperador de Austria (1). También compuso por entonces muchas obras de música instrumental, hasta quince oberturas ó sinfonías (!), tres misas á grande orquesta, un *Dixit Dominus*, un *Tantum ergo*, un *Magnificat*, *letanias*, etc.

El competente y eruditísimo crítico La Fage ha tenido ocasión de leer algunas obras de Bellini escritas para orquesta, y hé aquí lo que de ellas dice en su noticia sobre este compositor, que cuantos conocen la insuficiencia de Bellini respecto á la orquesta y á la instrumentación, creerán fácilmente:

«He tenido ocasión de examinar dos ó tres de estas obras, y ni siquiera son medianas. Debe creerse que el mismo Bellini comprendió que este género no era el suyo, porque en la mayor parte de sus óperas prescindió de él, no haciendo preceder la primera escena de la pieza instrumental, conocida con el nombre de *obertura*. Escusábase de este cómodo procedimiento la indulgencia del público, que no exigía de él obertura, y en el desgraciado ensayo de la de *Norma*, ofrece el espectáculo de un débil niño, fatigándose con impotentes esfuerzos para llegar á un punto que, colocado fuera de su alcance, parece alejarse más á proporción que á él se acerca.»

En estos ensayos, á pesar de la incorrecta y defectuosa forma, Bellini hacía ya gala de cualidades de expresión y de sentimiento, cuya novedad irritaba al anciano Zingarelli, que, como casi todos los profesores viejos, no admitía ninguna tendencia á la innovación. Cierta día enseñó á su maestro un tra-

bajo, en el que éste creyó notar algunos rasgos de espíritu libre é independiente; Zingarelli se encolerizó, diciéndole que era un ignorante. A pesar de su habitual mansedumbre, hirieron á Bellini las palabras del anciano maestro; contúvose en su presencia, pero quedando después con su condiscípulo Anselmo Dezio, dió libre curso á su enojo y exclamó: «¡Yo un ignorante! Pues bien, juro por lo más sagrado que haya en el mundo que, si logro ser algo, escribiré una ópera sobre el drama *Romeo y Julieta*.»

Para apreciar la intención de esta venganza, debe saberse que Zingarelli era autor de una ópera titulada *Romeo é Giuletta*, considerada como su obra maestra y que había obtenido en Italia el éxito más colosal de que había memoria. Bellini cumplió su palabra, no por un sentimiento de venganza, ajeno á su bella alma, sino porque el asunto le tentaba y atraía. En Venecia escribió más tarde *I Capuletti ed i Montechi*.

¿Era más fingida que real la cólera de Zingarelli en aquella ocasión, ó advirtió después que se había equivocado? Ello es que, habiendo intentado Bellini, por consejos de Donizetti y de Pacini, escribir una ópera, Zingarelli le dijo que, para poder juzgar en absoluto del mérito de esta tentativa, no pondría mano en la partitura ni haría la menor corrección.

Había escogido Bellini, para texto de su primera inspiración dramática, un antiguo libreto puesto ya en música por Vicente Fioravanti, y titulado *Adelson é Salvini* (1). Terminada la música, repartiéronse los papeles á tres de sus compañeros discípulos del Conservatorio, Marras, Manzi y Perugini. La ópera fué ejecutada en el teatrillo de aquel establecimiento á principios del año 1825. La acogida que le hizo el público de carácter íntimo, llamado á apreciarla, podía halagar al joven compositor, lo cual no impidió que escribiese más tarde en la última hoja de la partitura: *Fine del dramma, alias pasticcione*.

La primera obra algo importante de un artista, y principalmente de un músico, es casi siempre una imitación más ó menos hábil, más ó menos disimulada. El mismo Bellini lo conocía, y, sin embargo, en este *pasticcio*, como la llamaba, consideraba algunas piezas de valor real, porque aprovechó dos para trasportarlas á obras que escribía con el mayor cuidado. Una de ellas se convirtió en la bella romanza de *Capuletti*—*Oh quante volte, oh quante!*—y la otra, la *Meco tu vieni, o misera* de la *Straniera*. Hablando de esta opereta, dice uno de los biógrafos de Bellini, que es preciso reconocer en él,

(1) Y no *Andelson é Salvini* ó *Adelson é Salvina*, como por error se ha dicho. La familia de Bellini conserva la partitura original de esta opereta.

(1) Sicilia estaba entonces ocupada por los austriacos.

si no grandes cualidades, que el trabajo y la producción desarrolló más tarde, preciosos gérmenes de estas cualidades, la imaginación que crea las melodías y la sensibilidad que las hace expresivas.»

Cualquiera que fuese el éxito de esta representación casi privada, abría bella carrera á Bellini, y el anciano Zingarelli le abrazó con efusión, prediciéndole brillante porvenir. Poco tiempo después debía tener otro éxito con inesperadas consecuencias, y Bellini pudo creerse en la aurora de su vida artística el niño mimado de la fortuna que de un modo tan excepcional le favorecía, y que, al parecer, le cogía por la mano, encargándose de vencer todos los obstáculos.

Existía en Nápoles una costumbre excepcional, que desgraciadamente no se ha generalizado, y que consistía en lo siguiente: El más meritorio de los jóvenes *maestrini* del colegio real de música recibía al poco tiempo de salir definitivamente de las clases, la letra de una cantata para ponerla en música, cantata que debía ser ejecutada en el teatro de San Carlos en el día de la próxima *gran gala*, es decir, en uno de los días en que se celebraba el aniversario del nacimiento de uno de los miembros de la familia real. Adriano de La Fage, que ha vivido largo tiempo en Italia y que conocía perfectamente las costumbres artísticas, describe así estas fiestas:

«Hay *gala* y *gran gala*. El día de *gran gala* el teatro de San Carlos, uno de los más bellos y más grandes de Europa, está iluminado por millares de luces. La familia real ocupa un gran palco, donde, no sólo se ven todos sus miembros, sino también los altos dignatarios de la corte, de pie tras de ellos y en los escalones que llegan hasta el fondo del palco. Lucen las espectadoras los trajes más espléndidos en las siete filas de palcos, que parecen sostenidos por el inmenso cordón de espectadores, de pie alrededor del parterre, ó que ocupan las butacas colocadas por delante del muro circular. En las filas de bancos preferentes está la oficialidad de los regimientos de guarnición en Nápoles, con uniforme de gala. La vista desde la escena es verdaderamente mágica, y no dan de ella idea exacta las grandes representaciones de nuestros teatros por la diferencia de construcción. Distribuidos en anfiteatros y cortados por continuadas galerías, nuestros coliseos presentan un aspecto mejor graduado; pero nunca el deslumbrador que ofrece el teatro de San Carlos en los días de gala, cuyas filas de palcos, dispuestas perpendicularmente y separadas por multitud de espejos, parecen muros de fuego y de piedras preciosas, entre las cuales, y en el fondo, aparecen innumerables vidrieras de colores enriquecidos con variadas y magníficas pinturas.»

Se ve, pues, que estos días de excepcionales fies-

tas eran los días felices para el arte musical, y se comprende que el joven artista, cuya primera obra se ejecutara en tales condiciones, ante aquel público maravillosamente dispuesto para encontrar bueno y aplaudir cuanto se cantara, por escaso que fuera el éxito en esta prueba, entraba triunfalmente en la carrera musical.

Escogido Bellini para escribir la cantata de 1825 titulada *Ismene*, alcanzó un verdadero triunfo. El Rey, á causa de la costumbre, á lo ménos singular, de que los soberanos tengan derecho á decidir en materias de buen gusto; el Rey dió muchas veces la señal de los aplausos, y la acogida hecha al compositor fué tal, que, desconocido el día anterior, al siguiente era casi célebre.

III.

En este período de la vida de Bellini hay un incidente amoroso, una novelita sentimental bruscamente interrumpida en su principio. Sabido es que Bellini fué favorecido por las mujeres como por la fortuna, y entonces inspiró una verdadera pasión, cosa muy natural, teniendo en cuenta el retrato que de él hacía en aquella época uno de sus biógrafos y que completa el dibujado tan ampliamente por Heine. «Honrado, modesto, sincero, benévolo, afectuoso, sin ninguna de esas mezquindades de carácter que perjudican con frecuencia el mérito de los grandes artistas, Bellini había recibido además de la naturaleza los mejores dones; fisonomía distinguida, facciones regulares y nobles, encarnación delicada y trasparente, abundantes cabellos rubios, particularidad rara en la Italia meridional; en fin, grandes y brillantes ojos azules, espejos de su bella alma...»

Habíase enamorado de una encantadora joven llamada Magdalena Fumaroli, y que pertenecía á familia acomodada. Magdalena respondía al sentimiento inspirado al corazón de Bellini. De acuerdo con ella, Bellini se presentó á los padres de la joven y les pidió resueltamente su mano; pero, desgraciadamente, los padres no previeron el porvenir de este artista que acababa de abandonar las clases del Conservatorio, y contestándole que no podían conceder su hija á un *maestro* sin posición, rechazaron obstinadamente su demanda. Ni los ruegos de Bellini, ni las lágrimas de Magdalena quebrantaron esta resolución, y el joven compositor se retiró sin esperanza alguna.

Acaso este suceso ejerciera fatal influencia en su destino, si, por fortuna suya, no le hubiera distraído inesperado acontecimiento del dolor que le causaba; distracción que es el supremo remedio á los males del alma.

El duque de Noja, gobernador del Conservatorio, que tanto había protegido á Bellini á su llegada á Nápoles, era también superintendente de los tea-

tros reales y buscaba ocasion de ser útil y demostrar su agrado á su protegido. A instigacion de este personaje, el célebre empresario de San Carlos, Barbaja, hombre de talento y de penetracion especialísima para olfatear de léjos los grandes artistas; Barbaja, que ya tenía puestas sus miras en Bellini y que «habia exprimido ya todo el jugo de las más bellas obras de Rossini,» pensó en hacerle escribir una ópera para su teatro, que era el más célebre de Italia.

No se trataba entónces de una cantata, de un sencillo intermedio, sino de un verdadero estreno como compositor dramático en un teatro adonde los músicos más famosos no podían llegar sino con grandes dificultades. Entregaron á Bellini un libretto de Domenico Giraltoni, titulado *Bianca e Gernando*, y el compositor, con el doble objeto de amortiguar su dolor y de ver á su familia, de la cual estaba separado seis años, resolvió hacer un viaje á Catania, donde debía pasar algun tiempo trabajando en su ópera.

En Agosto de 1825 partió de Nápoles y permaneció muchos meses con su familia, quien, como puede creerse bien, le recibió con inmensa alegría. «Terminada la ópera, volvió á la capital para preparar los ensayos, y se representó en San Carlos el 30 de Mayo de 1826, siendo sus principales intérpretes la Tosi, Rubini y Llablache.

Aunque en realidad *Bianca e Gernando* es una ópera débil, donde sólo hay un cuarteto tan notable que se creyó habia puesto en él mano Zingarelli, el éxito fué extraordinario, y el mismo rey, que asistía á la primera representacion, pidió que se presentase en la escena el compositor, quien tuvo que presentarse al público, siendo acogido con ruidosas salvas de aplausos.

Barbaja dió á Bellini por esta ópera 300 ducados; pero el triunfo debió serle mucho más grato que el dinero. Un éxito tan grande en un teatro como el de San Carlos, le colocaba en el número de los primeros compositores.

No tardaron los frutos de este acontecimiento, y al cabo de algunos meses Bellini estaba comprometido, *scritturato*, por el empresario de la Scala de Milan, para escribir una nueva ópera. El lector puede figurarse si aceptaría con placer el contrato ofrecido. Despidióse de su excelente maestro Zingarelli y de sus numerosos amigos, y el 5 de Abril de 1827 salió de Nápoles, acompañado de Rubini, para quien debía escribir una parte en su segunda ópera, dirigiéndose á Milan con los bolsillos llenos de cartas de recomendacion que le habia dado Zingarelli.

IV.

Poseía entónces Italia un escritor distinguido, que era á la vez juicioso crítico y elegante poeta, y

cuyo principal empeño consistía en sacar al drama lírico del estado de abyeccion en que habia caído desde la muerte de Apostolo Zeno y de Metastasio, á quienes pueden considerarse los creadores del género.

La fama de Felice Romani, que es á quien me refiero, quedará indisolublemente unida á la de Bellini, y el recuerdo de ambos será inseparable en la memoria de sus admiradores.

Romani ocupa, con justicia, distinguido puesto en la historia del arte italiano. Ha tenido la dicha de tomar parte en el renacimiento artístico, filosófico y literario, que será uno de los más bellos timbres de gloria de su patria en el siglo XIX, y la fortuna de ser contemporáneo de esa pléyade inmortal de grandes hombres que se llaman Giuseppe Giusti, Alessandro Manzoni, Silvio Pellico, Tommaso Grossi, Leopardi, Nicolini, Guerrazzi, Montanelli, Gioberti, Tommaseo, Massimo d'Azeglio, Canova, Vela, Rossini, Mercadante, Pacini, Bellini, Donizetti, Verdi, y otros ciento que ni el tiempo, ni el espacio, ni la memoria me permiten citar.

Bella época era en verdad para el arte italiano, tan injustamente denigrado por los que desconocen los sublimes esfuerzos que ha hecho desde hace cincuenta años, aquella en que Manzoni escribía *il cinque Maggio* é *i Promessi Sposi*; Grossi, *Marco Visconti* y *la Fuggitiva*; Nicolini, *Antonio Foscarini* y *Giovanni da Procida*; Nota, *il Filosofo celiibe* y *la Lusinhiera*; Silvio Pellico, *I miei Prigionieri*; en que Rossini componía *Semiramide*; Donizetti, *Anna Bolena* y *l'Elisire d'Amore*; Bellini, *la Straniera*, *Norma* y *la Sonámbula*; en que Canova cincelaba en mármol sus bellas estatuas de *Flora* y de *Vénus*; en que el gran trágico Modena se hacia admirar en *Marta Stuarda*, en *Zaira* y en *Virginia*!

Romani, lo repito, tuvo la suerte de llegar á tiempo y de poder tomar parte en el inmenso trabajo de renovacion á que concurrían todas las grandes inteligencias de la Península. Sin la pretension de que pueda figurar al lado de todos los grandes hombres que he citado, puede afirmarse que concurrió á este trabajo en la medida de sus medios, y si la obra á que se dedicó no es en realidad más que una obra secundaria, tuvo al menos la conciencia de ejecutarla bien y la satisfaccion de alcanzar el objeto que se habia propuesto.

Si no puede considerarse á Romani como uno de los primeros poetas dramáticos de Italia, merece, como libretista, un lugar muy distinguido en la historia de la literatura contemporánea. En este concepto es jefe de escuela y el camino por él trazado lo han seguido los demas libretistas, incluso Salvatore Cammarano y Temistocle Solera, sus émulos, ó mejor dicho, más felices imitadores.

Romani nació en Génova de 1785 á 1790. Diri-

gieron sus estudios literarios, Solari y de Gagliuffi y siguió los cursos de derecho en la Universidad de Pisa, pero no sintiéndose con vocación para abogado, volvió á Génova, donde á los quince años fué nombrado profesor de literatura. Tampoco le convino, al cabo de algun tiempo, el profesorado; marchó á Milan, y teniendo hechos algunos ensayos dramáticos, fué nombrado por el ministro del Interior poeta de los teatros reales, con sueldo anual de 6.000 francos. El rey de Italia se llamaba entonces Napoleon.

Habiendo cesado la dominación francesa, Romani quedó sin empleo, y entonces hizo representar en Milan una comedia titulada *l'Amante e l'Impostore* que alcanzó grande éxito. No tenía, sin embargo, empeño en ser sucesor de Goldoni ó rival de Nota, porque acaso veía demasiadas dificultades para conseguirlo, pero tuvo entonces la idea de reconstituir el drama lírico, y bien se sabe con cuánto acierto levantó un género que tanto había decaído en la estimación pública por culpa de los escritores que lo habían cultivado después de la muerte de Metastasio.

Alcanzó desde un principio tal éxito, que la corte de Viena quiso llevarle consigo y el emperador le ofreció el cargo de poeta cesáreo, pero á condición de que renunciaria á su cualidad de ciudadano piemontés para convertirse en súbdito austriaco. Romani se negó noblemente á renunciar á su nacionalidad, negativa tanto más laudable, cuanto que su situación no era halagüeña y nadie le hubiera censurado por aceptar las proposiciones que se le hacían.

No corresponde hablar aquí de las cualidades de Romani como prosista, y diré tan sólo que, mientras fué director literario de la *Gazzetta Piemontese*, diario oficial de Turin, durante el reinado de Carlos Alberto, llamó mucho la atención como crítico, principalmente en la larga y rigurosa polémica que sostuvo con Angelo Brofferio, uno de los buenos escritores modernos de Italia, director entonces del *Messaggiere Torinese*. Romani publicó también en el periódico oficial y en un periódico exclusivamente literario *il furetto*, algunos graciosos cuentos que fueron muy bien recibidos.

También gustaban mucho sus poesías líricas, que por la elegancia y pureza de la forma, la melodía de los versos, la novedad de los pensamientos y la riqueza y sonoridad de la rima pertenecían á la escuela cuyo jefe y más ilustre representante era Vincenzo Monti. En el número de sus *canzone* merecen especial mención, precisamente la inspirada por el mismo Monti y las dedicadas al escultor Pompeo Marchesi, á Paganini, á la Pasta y á la Malibran. Estas últimas entran en el carácter de mi trabajo, y aprovecho la ocasión para dar á conocer algunas obras de tan distinguido poeta. Ved la linda y expresiva *canzone* á Paganini:

*Quante han voci la terra e il cielo e l'onda,
Quanti accenti il dolor, la gioia e l'ira,
Tutti un concavo legno in grembo accoglie;
Par che e l'arpa tintinni e si confonda
Coi notturni sospir di Eolia lira,
Coi lamenti dell'aura in rami e in foglie;
Ora è pastor che scioglie
La silvestre canzon che il gregge aduna
O menestrel che invita alla carole,
Or virgin che si duole
Delle sue pene alla tacente luna,
Or l'angoscia di un cuor da un cuor diviso
Or lo scherzo, ora il vezzo, e el bacio, e il riso.*

Escuchad ahora algunas estrofas de su poema á la sublime artista que se llamaba Maria Malibran.

*Forse segrete norme
Dal settemplice apprendi arco dell'Iri,
Poichè muta armonia sono i colori;
Allor che il mondo dorme
Forse desta tu sola erri e t'aggiri
Innamorata dei notturni orrori;
E il cielo, e i campi e i fiori,
E la brezza che aleggia a vol sommesso,
Gli astri che amoreggiar sembran coll'onde,
Il ciel che si confonde
Col mar lontano ed il silenzio istesso
Delle misteriose e placid'ore
Han qualche voce che ti parla al core.*

*Ed una voce ha pure
Per te il mattin che l'orizzonte imbianca
E le sopite cose avvisa e desta:
Voce han per te le oscure
Acque del lago quando il flotto manca,
O il turbo lo solleva e la tempesta;
Voce la cupa vosta
Di che si capre quando estate è spenta,
Il monte in lutto come padre in doglià;
Voce l'arida foglia
Che si stacca dal ramo e cade lenta,
Quando declina, quando fa partita
L'autunno, emblema dell'umana vita.*

Cualquiera que sea el mérito de las numerosas obras de este género que ha dejado, no debe Romani á sus *canzone* ó á sus *liriche* la reputación de que goza entre sus compatriotas, pues más de uno ha podido ser su rival, si no su maestro, en este género. No; su título de gloria, más bello á los ojos de los contemporáneos y de la posteridad, consiste en el talento especial de que dió pruebas al componer los *libretti*: su fama se funda verdaderamente en la inteligencia que demostró en la transformación de este género de literatura, y en la rara perfección de sus dramas líricos, *drammi per musica*, como les llaman los italianos.

Los hizo de todas clases, bufos, semi-serios, trágicos, y en tanta cantidad, que su número alcanza á más de ciento.

En un sentido artículo, publicado al día siguiente de su muerte por su antiguo adversario Angelo Brofferio, que apenas debía sobrevivirle un año, se expresaba en estos términos:

«El mayor poder del genio de Romani aparecía

en la manera de representar los delirios, los éxtasis, los furiosos, la pasión y la desesperación del amor, como Byron, como Fóscolo, como Lamartine, como Víctor Hugo. ¡Quién no recuerda las magníficas estrofas de *La Straniera il Pirata*, *Lucrecia Borgia*, *la Sonámbula*, *Anna Bolenna*, *Norma*, *Beatrice di Tenda*, revestidas por Bellini y Donizetti de tan maravillosas armonías!... Mientras palpita el amor en los humanos pechos, los versos de Romani vivirán y resonarán en los labios como la expresión más ardiente y apasionada de las secretas tempestades del alma.» (Folletín del periódico *le Alpi* de Turin. Abril 1865.)

Desgraciadamente, cuando concibió Romani el pensamiento de transformar el poema musical y empezó a ejecutarlo, imperaba en Italia mezquino convencionalismo, en cuanto á la estructura de dicho drama, que se oponía con tenacidad á cualquier tentativa demasiado atrevida ó aventurada. Por la misma fuerza de las cosas, estas preocupaciones han desaparecido hoy, y el arte ha hecho grandes progresos, pero fueron traba funesta para los poemas de Romani que, por tal causa, embejecerán pronto.

En su época reinaban despóticamente en la escena lírica italiana determinadas exigencias; se habían establecido absurdas convenciones de que era muy difícil apartarse, y quizá Romani, á pesar de todo su mérito literario, no tuvo el vigor, la energía y el poder necesarios para obligar á sus contemporáneos á admitir formas más nuevas y verosímiles. Hizo algunos esfuerzos en este sentido, pero sin éxito. Además, no era inventor, y casi siempre se limitaba á tomar los asuntos de sus libretos de la escena francesa, modificándolos á su manera. Su verdadero mérito consiste en la dulzura, ligereza y fascinación de sus versos, que se casan admirablemente con la música en que sus personajes están vivos, los caracteres vigorosamente trazados, y la acción generalmente bien concebida, dispuesta con inteligencia y desarrollada con rara habilidad y comprensión de los efectos dramáticos.

Puede decirse, sin embargo, que la estructura de las piezas es muy poco variada, y que la forma general de la obra es añeja, y aún me atrevería á decir *rococo*, como las joyas que se fabricaban hace dos ó tres siglos, y que, admirando con justicia á nuestros antepasados y reconociendo hoy su valor y elegancia, no nos atreveríamos á llevarlas puestas.

Y, sin embargo, en la época en que Romani escribía podía pasar hasta cierto punto por temeraria. De todos modos, sus brillantes y raras cualidades pronto le pusieron en evidencia, y todos los compositores de la península se disputaron sus *libretti*, entre los cuales se citan, por el esplendor de los versos y la belleza de la poesía, *La Solitaria delle*

Asturie, *Cristoforo Colombo*, y sobre todo *Torcuato Tasso* y *Parisina*, de los cuales siempre hablan los italianos con verdadero sentimiento de admiración, y, por su ligereza y vis cómica, *Il Giorno di San Michele* y *L'Elixir d'Amore*. Entre los que aún se cantan y todos conocemos, son seguramente los mejores *Norma*, *Lucrecia Borgia* y *La Sonámbula*.

Vióse Romani muy solicitado por los músicos y por todas las grandes empresas teatrales, y á causa de su colaboración con la mayor parte de los compositores de su época, intervino durante treinta años en el movimiento musical de Italia, trabajando sucesiva ó simultáneamente con Rossini, Mercadante, Donizetti, Coccia, Pacini, Pavesi, Morlacchi, Meyerbeer, Majocchi, Mayr, Nicolini, Soliva, Ricci, Obiols, Pagni, Litta, Thalberg, etc., y viendo á sus colaboradores cada vez más unidos á él, á causa de las cualidades y del talento que demostraba en sus obras. Había compositores, como Coccia, por ejemplo, que estaba voluntariamente muchos años sin hacer nada para la escena, porque Romani, agobiado por trabajos de toda especie, no podía hacerle un libreto.

Tal era el hombre á quien Bellini tuvo la suerte de encontrar al principio de su carrera, que fué su colaborador exclusivo, y con quien tuvo grande y constante amistad.

ARTURO POUJIN.

(Continuará.)

EL HUÉSPED

CUENTO FANTÁSTICO.

Á EDUARDO DE CORTÁZAR,

EN PRENDA DE FRATERNAL CARIÑO.

Nosce te ipsum.

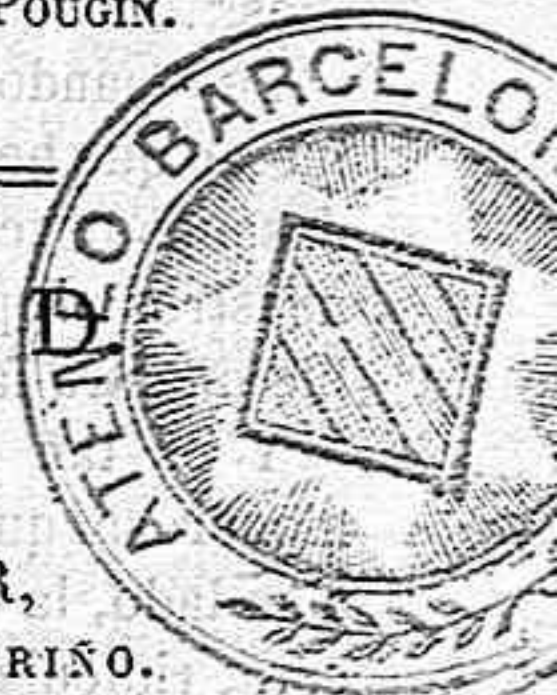
I.

El hombre mejor relacionado, el que trata muchísima gente en sociedad, el que conoce á todo el mundo, no se conoce á sí propio, y se enfada cuando algún amigo accede á sus ruegos y le presenta el incógnito personaje.

Parece una paradoja y es un axioma que deslumbra con su claridad; con nadie tenemos menos confianza que con nosotros mismos.

¿Veis esa mujer de belleza escasa, que, en medio del baile en que nadie repara en ella, confiesa al que tiene á su lado, con tranquila sencillez en la cual no se distingue ni la huella de la resignación,

* Este cuento comenzó á salir en *La Ilustración de Madrid* poco antes de cesar la publicación de dicho periódico.



que sabe que no es bonita; que si alguno se lo llamara, lo tomaria á burla? Pues esa misma mujer, al entrar en su tocador, de vuelta en su casa, no se despoja del prendido sin dirigir una consulta al espejo, y no se duerme sin rectificar para sí la inoportuna, la temeraria, la injusta apreciacion que hizo ántes.

¿Veis ese mancebo, que, falto de disposicion natural, y de estudio, da una obra al teatro, y recibe en silbidos la merecida pena de su atrevimiento? ¿Le veis pálido, descompuesto, herido profundamente por la severa leccion, exclamar delante de los que le rodean: «Lo conozco... He equivocado el camino... Yo no sirvo para esto...» ¿Os encanta su ingenuidad? Calmad vuestro entusiasmo. Habla así porque no sabe lo que dice; cuando haya trascurrido algun tiempo; cuando su cabeza esté más fria y discurra consigo mismo sobre su derrota, no se clasificará entre los impotentes, sino entre los no comprendidos.

El más humillado por la suerte, el más escarmentado por sus torpezas, el más desatendido por todos, halla siempre dentro de sí méritos que él sólo comprende, habilidades ignoradas por los demas, razones que halagan su orgullo, trasformando el desdén en envidia.

¡Somos tan indulgentes para con nosotros mismos!...

De cuando en cuando, nos confesamos sin esfuerzo que hemos obrado mal; pero inmediatamente despues buscamos una disculpa que nos justifique á nuestros propios ojos; que haga ante ellos perdonable nuestra falta; meritoria, si es posible.

Y es tan profunda, tan hábil, tan perversa la hipocresía que empleamos para con nosotros, que, á su lado, la empleada para con el prójimo, es grosera, ridícula, torpe hasta lo infinito.

Con los demas, nos atrevemos á ser cínicos algunas veces; con nosotros, nunca. Y el hombre que, por una casualidad extraordinaria, en uno de esos momentos en que el pensamiento se recoge, la conciencia interroga como un juez y el corazon responde con ingenuidad, y ha faltado, el reo suele convertirse tambien en verdugo.

Si muchos suicidas pudieran corregir las pruebas del periódico que anuncia su muerte, diciendo:

«X se ha suicidado. Se ignoran los motivos de tan fatal resolucion. X era jóven, rico, disfrutaba de una salud excelente, tenía una esposa que le idolatraba...»

Quizá, sin destruir ninguna de esas afirmaciones, asirian la pluma con mano temblorosa y febril, y añadirían á continuacion de lo escrito:

«Pero X había cometido una accion villana; un rayo de luz alumbró momentáneamente su cerebro, hasta entónces en tinieblas; pensó en sí mismo;

empezó á conocerse... y no pudiendo sufrirse, se levantó la tapa de los sesos.»

II.

Todas las anteriores reflexiones, y mil más que no son del caso, me sugirió noches pasadas la lectura de cierta historia contenida en un viejo libro, impreso en Valencia el año de 1794, y que forma parte de la curiosísima coleccion del docto bibliófilo D. Juan Egúren, á cuya amistad he debido el placer de conocerlo.

Y como para referirtelo, y no para otra otra cosa, he cogido hoy la pluma, rogándote, lector benévolo, que me perdones las impertinencias dichas, voy derecho á mi cuento, con firme propósito de no incurrir en nuevas divagaciones.

El cual, aunque no desprovisto de intencion, será fácilmente comprendido, sin necesidad de comentarios, por persona de tan buen sentido como tú. (No me rechaces esta alabanza, con la que, más pronto ó más tarde, has de ponerte completamente de acuerdo.)

III.

Allá por los años de 1671 á 72 (no lo declara con seguridad el autor que tengo á la vista), cuando aún conservaba la Universidad salmantina mucha parte de aquel esplendor, de aquella grandeza que llegaron á su colmo en el siglo XVI, regentaba una de sus cátedras de filosofia el benemérito licenciado D. Juan Ramirez Fajardo; con quien mis lectores, si no lo han por enojo, van á entablar trato íntimo y detenido conocimiento.

Frisaba nuestro hombre en los diez lustros de su vida, y, sin ser un monstruo de fealdad, no tenía que agradecer muchos favores á la naturaleza. Esto en cuanto á sus cualidades físicas: las morales eran de más valía y merecén mayor atencion y más prolijo exámen.

Poseía un entendimiento claro y profundo, avivado por un ingenio sutil, y nutrido y desarrollado por un estudio sano, constante y reflexivo. Interpretaba con rapidez y limpieza admirables cualquier texto griego, hebreo ó latino; era un notable teólogo; y de geografía, de historia, de matemáticas, de filosofia, atesoraba cuantos conocimientos podían adquirirse en aquella época.

En esa última ciencia, para la cual su genio observador y abstraído era sumamente á propósito, había llegado al fin á fijar por completo sus fuerzas intelectuales; siendo en ella una autoridad, un verdadero prodigio, acatado y reconocido, lo mismo por los inteligentes que por los profanos.

De ahí provenía la consideracion de que gozaba en Salamanca, donde la nobleza y el alto clero se

disputaban las ocasiones de sentarlo á su mesa; los hidalgos más orgullosos se apartaban y descubrían á su paso, dándose por bien pagados de su cortesía con la devolucion del saludo; los menestrales y trabajadores más humildes acudían á él en demanda de consejo y aclaracion de sus dudas, considerándole, no sin razon la mayor parte de las veces, como un oráculo infalible; y sus mismos discípulos, los turbulentos y desastrados estudiantes de la Universidad, los sujetos un dia y otro á su inflexible férula, atraídos, dominados por su elocuencia imponderable, que presentaba ante sus ojos sencillas y amenas las más áridas y confusas cuestiones metafísicas, le profesaban cariño de amigo, respeto de padre, veneracion de maestro.

Disfrutaba, pues, nuestro héroe, de esa áura popular, blanda y perenne, compañera de los que deben sus adelantos al propio mérito, no á la ignorancia ajena: gloria más grande que la del poderoso ó la del guerrero, oscurecida por los vicios ó por la sangre; borrada á menudo por las lágrimas que cuesta.

Tan señalados y merecidos agasajos no habían engendrado en el corazon del buen D. Juan el deseo de triunfos más ruidosos ó de adelantamientos más positivos. Otro cualquiera, colocado en su posicion, con la conciencia de su valer, no habría sosegado hasta conseguir un empleo en la corte; hubiera revuelto cielo y tierra, como suele decirse, sin perdonar amaño ni intriga hasta el logro de su pretension, ó hubiera vivido infeliz de no haberse alzado con ella.

Dón Juan ni intentó lo primero, ni, por lo tanto, tuvo que pasar por lo segundo.

Atenido á su sueldo y á lo poco que le proporcionaban algunos trabajos, más encargados que solicitados por él,—y aún eso partido siempre con quien llegaba á pedírsele con algunas trazas de necesidad—vivía, con lo exclusivamente necesario para vivir, en una pequeña casa situada en la Rúa, heredada de sus padres, y que constaba de seis ó siete habitaciones repartidas entre el piso bajo y el principal.

Acompañábale una pobre mujer que le servía de criada, lo bastante fea y vieja para atar la lengua á la vecina más murmuradora, y hasta unos dos mil quinientos de sus mejores amigos; que no bajaría de este número el de los volúmenes que en los estantes de la cámara y del dormitorio, en las tablas de los pasillos y en el guhardillon había almacenados.

D. Juan se levantaba con el alba; oía misa en la contigua iglesia de San Martín; despachaba su obligacion en la Universidad; comía, generalmente con algun amigo ó protector, y despues de darse un paseo, bien por el Rollo, bien por el de las Carmeli-

tas—cuyos crecidos y sombrosos álamos le convidaban á la meditacion,—tornaba á su casa, se sentaba á su mesa y allí permanecía hasta media noche entregado á un trabajo, sólo interrumpido breves instantes por su frugalísima cena.

Esta era su vida ordinaria, y á pesar del poco descanso y comodidad que le ofrecía, cuantos conocieron á aquel hombre singular y le mencionan en sus escritos públicos ó privados, afirman que siempre se le vió contento de su suerte, satisfecho de sí mismo, amigo de chanzas y donaires en sus conversaciones, y rarísima vez dominado por el mal humor ó por la tristeza.

IV.

¿Era, pues, un hombre perfecto el licenciado don Juan Ramírez Fajardo? juraría que se pregunta en este momento el lector pacientísimo que ha llegado hasta aquí.

Rara vez se satisface la curiosidad sin trabajo; no desmaye el curioso lector y siga y sabrá á qué atenerse.

V.

En la misma Rúa donde estaba situada la casa de nuestro filósofo, y no muy léjos de ella, tenía la suya otro individuo cuya vida y costumbres eran objeto favorito de las habladurías del vulgo.

Maese Jacobo (por este nombre se le conocía), llegó á Salamanca procedente de Italia, su país natal, el año de 1653, en compañía de una mujer de sorprendente hermosura, á quien llamaba su esposa, y á quien por lo ménos triplicaba la edad: no parecía haber llegado ella á los veinte y él pasaba con seguridad de los sesenta.

Alojóse por el pronto la desigual pareja en la casa de que hemos hecho mencion, y que despues pasó á ser propiedad del marido. Solía vérselos salir juntos en amor y compañía, y recorrer las calles y los paseos, siempre entretenidos, al parecer, en gustosa y animada plática.

Circunstancias eran las que dejo apuntadas capaces de despertar la curiosidad en la gente moza, nunca como en aquella época amiga de aventuras y galanteos, y la extrañeza en el pueblo, que, ignorante y poco investigador de suyo, solía considerar como extraordinario y portentoso lo que no acertaba á explicarse al primer golpe de vista.

El caso es que nunca faltaba un galan que hiciese centinela en la puerta de maese Jacobo; qué, apenas ponía éste el pié en la calle dando el brazo á su linda consorte, el centinela se hacía acompañante, hasta que, cerrada la noche, se trasformaba en rondador; y es fama que tan á gusto se encontraba con ellos el que desempeñaba estos tres oficios, que léjos de exigir paga ninguna por des-

empeñarlos, los defendía á capa y espada contra quien se proponía venir á ayudarle ó á relevarle en la tarea.

El hijo de un rico comerciante, mozo apuesto y bizarro, se quedó al fin por único pretendiente; sea por el respeto que sus muchos y afortunados lances imponía á sus competidores, sea por las pocas esperanzas que éstos abrigaban de rendir el ánimo de mujer que tan jóven, tan linda y tan mal maridada, no apartaba nunca la vista del rostro de su esposo ni siquiera para observar el de los que la seguían. Decía el vulgo que sin duda el viejo era brujo y tenía hechizada á su mujer, apareciendo á sus ojos lleno de juventud y de belleza: version que podía sin duda ser cierta, y caso de serlo, capaz de dar al traste con el amor más firme, más constante y más ingenioso del mundo.

Pero el hijo del comerciante no era hombre que se desanimase jamás. Cansado de la indiferencia de la dama, y obligado á renunciar hasta al consuelo de que el viejo hiciese un solo gesto de disgusto del cual pudiera nacer un desafío, escribió en un papel su amoroso pensamiento, y se dispuso á aprovechar la primera ocasion para poner el billete en manos de la dama.

Una tarde, al anochecer, maese Jacobo introducía en la cerradura la llave del porton de su casa, y su esposa permanecía detrás de él: de pronto sintió entre sus dedos una carta; los abrió y la carta cayó al suelo.

Al leve ruido que produjo, volvióse maese, la miró, y despues de recogerla:

—¡Eh! ¡caballero! ¡caballero!—gritó al galan, que se alejaba disimuladamente.

Éste se detuvo á la primera voz, y volviendo con más rapidez que la empleaba para marchar:

—¿Qué quereis?—preguntó con desabrimiento al italiano.

El cual, con suma dulzura, le contestó alargándole el billete.

—Únicamente, caballero, que recojais esto que, por descuido sin duda, habeis dejado caer al pasar junto á nosotros. Tomad.

Y cuando el émulo de D. Juan Tenorio quiso volver de su sorpresa y explicarse cierta sonrisa femenil y burlona, cuyo eco aún resonaba en sus oídos, observó que la puerta estaba cerrada y no vió á nadie delante de sí.

Este chasco pesado acabó con el poco juicio del mancebo, y creyendo poder así borrar la mala impresion que de él conservaría su adorada, acompañado de músicos y cantadores, volvió, pasadas ya las doce de la noche, á darle una serenata enfrente de sus mismísimas rejas.

Comenzado apénas el primer romance, abrióse una de ellas: latió con violencia el corazón del

amante al buscar instintivamente sus ojos el gallardo rostro en que se recreaban, y brilló en ellos la alegría... pero brilló como los relámpagos, sólo un momento. Junto á la dama estaba maese Jacobo, y ambos parecían escuchar el canto con la misma complacencia y tranquilidad.

En cuanto terminó, sacó el viejo el brazo por entre los hierros de la reja, y un bolsillo bien repleto, á juzgar por el sonido que produjo al chocar en las losas, vino á caer á los piés del galan.

—Para que refresqueis,—dijo el viejo, cerrando con rapidez, pero sin precipitacion, las vidrieras.

Una maldicion del mancebo y una carcajada de toda su gente, resonaron al mismo tiempo. Uno de la estudiantina recogió el bolsillo y se alejó con sus compañeros, mientras aquél aturdía la calle á denuestos y provocaciones dirigidas al autor de la pesada burla.

De lo ocurrido despues, sólo se sabe que á la mañana siguiente encontró la primera ronda que pasó por aquel sitio, el cadáver del hijo del comerciante, tendido cerca de la puerta de maese Jacobo.

El suceso llamó mucho la atencion pública, y aunque la opinion general achacaba la muerte al provocado marido, éste lo negó obstinadamente, y ni el proceso judicial ni las observaciones de los médicos presentaron ninguna prueba en contrario.

En el cuerpo del difunto no se halló herida ninguna, ni el menor rastro de golpe ó violencia, y fuerza fué, á pesar de los empeños del padre de la víctima, que contaba con bastantes recursos para hacerse atender por la curia, dejar libre y tranquilo al feliz dueño de la peligrosa hermosura.

Pero uno y otra disminuyeron, y al fin suspendieron por completo sus continuas salidas, tal vez por miedo al populacho, que los insultaba y perseguía en la creencia de que con filtros ó puñales encantados sabían fingir las apariencias de la muerte natural, ó por otra razon que ha permanecido escondida para nosotros.

Pasó un año y tornaron otra vez á salir juntos, si bien de muy distinta manera que las anteriores. Ella iba encerrada en un ataúd, sostenido en los hombros de cuatro hombres, y él la seguía andando trabajosamente, apoyado en un fuerte baston. Destacábase sobre sus negros hábitos su semblante demacrado y livido, en el que las lágrimas parecían haber abierto, á fuerza de constancia, cauces para correr como los rios en la tierra.

La curiosidad se encargó de aumentar el fúnebre cortejo.

Maese Jacobo volvió á entrar en su casa al cabo de dos horas: mucho tiempo pasó ántes de que nadie le viese recorrer de nuevo las calles de Salamanca.

Las ventanas del piso bajo y las del principal per-

manecían cerradas herméticamente, y sólo á altas horas de la noche se vislumbraba una tenue claridad á través de los cristales de un camaranchon situado en lo más elevado del edificio. Alguien veía allí.

La voz popular aseguraba que un muchacho, ágil de piernas y firme de brazos, había descubierto el profundo misterio, trepando por los hierros de las rejas.

Maese Jacobo estaba sentado en una ancha poltrona delante de una mesa, encima de la cual se veía una lámpara que despedía una luz rojiza y azulada á intervalos, un libro abierto, no menor que un misal, con las hojas llenas de signos rarísimos y figuras inexplicables, y multitud de vasijas y cacharos de todos tamaños y formas nunca vistas. Con la cabeza medio oculta entre las manos, leyó el viejo durante un gran rato; de pronto hizo un movimiento de impaciencia, y arrojando el libro lejos de sí, se levantó y comenzó á dar vueltas por la habitacion agitado y convulso.

Detúvose al cabo, y pronunciando con gran fervor palabras de lengua extraña (*pero que no sonaban como el latin*, así decía el muchacho, grande aficionado á ayudar á misa), mezcló en una sola el liquido de varias vasijas, y púsole á hervir en un hornillo. En el momento de ir á apartarlo del fuego, cuando una sonrisa de satisfaccion dilatava el contraido semblante del viejo, las manos del curioso se escurrieron, desprovistas de vigor para seguir agarradas á los hierros, y como impulsado por una fuerza invisible, se vió obligado á bajar por donde había subido.

Sobrecogido y espantado, corrió á contar el caso á su madre, quien, no sin añadirle algunos comentarios, lo refirió á todos sus vecinos y conocidos, y oida su autorizada opinion, convinieron unánimemente en que maese Jacobo era brujo; y, sin duda para volver la vida á su difunta esposa, cuyo espíritu le había robado el hijo del comerciante, asesinado por él, se dedicaba á semejante profesion.

Tanto dió que hablar en Salamanca lo que el muchacho juraba y perjuraba haber visto á todos los que querían oírle, que los rumores y las interpretaciones del caso llegaron á conocimiento del obispo; quien, excitado por la mayoría del clero, se propuso averiguar la verdad de los hechos, y al efecto comisionó á su amigo el licenciado Fajardo para visitar á maese Jacobo y enterarse con maña de lo que hubiera en el particular.

El resultado de la entrevista fué dar testimonio el licenciado de que maese no se dedicaba á hacer otra cosa que experimentos químicos, sin ofensa de la santa religion católica, y quedar desde entónces muy amigos el químico y el filósofo.

VI.

Prometiéndole al curioso lector una explicacion detallada de todo lo referido acerca de maese Jacobo para cuando publiquemos la segunda parte de *El huésped*, entremos de lleno en nuestro asunto.

VII.

Estrecháronse más cada dia los lazos de aquella amistad, multiplicáronse las visitas, ya por el solo gusto de verse y hablarse, en lo que ambos encontraron un placer primero y una necesidad despues.

Agradábale á maese Jacobo la vasta instruccion, el juicio exactísimo de Fajardo, y á éste la conversacion animada, pintoresca, ingeniosa de aquél. La mayor parte de las tardes salian juntos y recorrían los alrededores del pueblo, entablando por el camino sabias y amenas discusiones, en que nunca uno ú otro dejaba de aprender algo.

El talento tiene tambien su comercio; comercio noble y generoso, sin el cual vive pobre y miserable.

VIII.

Al caer de una tarde del mes de Julio, atravesaban los dos amigos la puerta del Rio, y despues de cruzar el famoso puente romano, una de las antigüedades más preciosas de la ciudad, dirigieron sus pasos á lo largo de la orilla del Tórmes.

Andan despacio y de cuando en cuando se detienen: sus cabezas y sus brazos no guardan el mismo reposo; parece que disputan ó debaten acaloradamente. Acerquémonos á ellos y escuchémosles; si el medio es indiscreto, es el único para salir de la duda.

—Pero ¿es posible (dice maese Jacobo), es posible que un hombre como vos, caiga, por mera obstinacion, por no pararse á reflexionar un poco sobre sus palabras, en un error tan craso? ¡Vamos! No lo creería si no lo viera con mis propios ojos... y con mis propios ojos lo estoy viendo y no lo creo todavía.

Sonríese el licenciado, y el otro continúa cada vez con mayor exaltacion:

—¿De qué sirve la ciencia, la sabiduría acumulada durante tantos años de trabajo continuo, si no basta á resistir un capricho que se le pone delante? Os digo que la empresa es disparatada, que ni vos ni ningun hombre de la tierra sois capaces de llevarla á término, y que, miétras más ahinco, y más tiempo, y más estudios y desvelos gasteis en ella, la obra saldrá más defectuosa y falsa. Y os conjuro lealmente á que borreis de vuestra imaginacion semejante idea... Mirad por vos; reflexionad que será gran lástima que quien es hoy las delicias del comercio de las ciencias, se vea mañana contemplado

con compasion, si no con burla, por los mismos que hoy le celebran y admiran, y acabe su desdichada existencia en un hospital de locos.

—Pues yo os digo á mi vez (replico Fajardo con cierto aire de broma, á través del cual parecía distinguirse una mal contenida irritacion), que he meditado detenidamente mi plan, que he medido mis fuerzas y que las encuentro suficientes para ponerlo en planta, pese á vuestras dudas, y á vuestras desconfianzas y á vuestros escrúpulos de monja. Todo lo que decís en contra de mi proyecto, no vale nada; no tiene otro fundamento que una afirmacion que el mundo ha venido repitiendo como el eco del monte las voces de los pastores, sin darse cuenta de lo que oye ni de lo que repite.

—¿Luego creéis que el hombre puede conocerse á sí mismo con facilidad?

—No creo semejante cosa; pero, si únicamente fuese posible lo fácil, el esfuerzo humano sería inútil cuantas veces no fuera innecesario. Creo que es difícil para todos los hombres llegar á adquirir una idea exacta de sus cualidades; conozco que la inmensa mayoría de ellos no podría adquirirla jamás; pero no considero imposible que algunos, dotados de condiciones excepcionales de entendimiento, de edad, de carácter, de situacion, si se lo proponen con firmeza y no perdonan medio para ello, se salgan con su intencion al fin y á la postre. Además, yo no considero esta tarea sino como un ejercicio de mi inteligencia y de mi voluntad, que á estas fechas están ya muy acostumbradas á él; desde que concebí la idea de escribir el *Estudio de mí mismo*, es decir, la historia y la critica de mi vida, no he dejado una sola noche de apuntar en mi libro de memorias mis actos y pensamientos culminantes durante el dia, y á renglón seguido su calificacion imparcial y desapasionada.

—¿Hecha por vos?

—Hecha por mí... Reíos enhorabuena; no os contengais...

—Con vuestro permiso. ¿Pero vos no os reis tambien?

—¿Yo?

—Pues es extraño, porque si os conocierais como pretendéis, no dejaríais de hacerlo al oíros desbarbar tan desdichadamente.

—Una pregunta para terminar esta conversacion enojosa.

—Decid.

—Nuestro trato continuo, las muchas confianzas que vuestra discrecion han merecido de mí, ¿son motivos suficiente para que me conozcais?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien; tened la bondad de acompañarme hasta mi casa. Voy á daros lo que llevo escrito de

mi obra; vais á leerlo esta misma noche, y mañana á la tarde hablaremos.

—Sea en buen hora. Pero, ¿sabéis lo que os digo?

—Lo sabré apénas lo digais.

—Que sois un loco.

—Bueno.

—Y de los más temibles, de los incurables, de los que pretenden razonar su locura.

—En ese caso, más loco sois vos que discutís conmigo.

—No os olvidéis de intercalar esa frase en vuestra obra.

—¿Para qué?

—Para que haya alguna verdad en ella.

Mordiósse los labios el licenciado, y huyendo del relente de la noche, que ya había cerrado por completo, dieron la vuelta los dos amigos y penetraron en las murallas que rodeaban á la ciudad, sin haber tornado á reanudar su conversacion. El uno iba realmente enfadado y ni siquiera trataba de disimularlo; el otro, abstraído en profunda meditacion, dejaba de cuando en cuando entrever en sus labios una maliciosa ronsisa.

CÁRLOS COELLO.

(Continuará.)

Sociedad Española de Historia Natural.

MADRID 4 AGOSTO.

Despues del despacho ordinario, fué admitido como socio D. Domingo Estrada Catoyra, presentado en la sesion anterior por D. Vicente M. de Argenta.

El señor Colmeiro leyó en extrato un bosquejo histórico y estadístico del Jardín Botánico de Madrid, que pasó á la Comision de Publicacion, y por cuyo trabajo la Sociedad, á propuesta del señor Presidente, acordó unánimemente para el autor un voto de gracias.

El señor Vilanova propuso la insercion, en los Anales, de una nota extractada de la biografia de M. Verneuil, publicada en el *Boletín de la Sociedad Geológica de Francia* por M. Daubrée, haciendo especial indicacion de las obras del referido geólogo que se ocupa de España, cuya proposicion fué aprobada unánimemente, despues de haber usado de la palabra los señores Colmeiro, Botella y Perez Arcas.

El señor Colmeiro propuso á la Sociedad se autografiase alguna de las cartas de Linneo, que posee el Jardín Botánico, cuya proposicion fué aceptada.

MADRID 1.º SETIEMBRE.

Se hicieron tres nuevas presentaciones de socios. El señor Quiroga leyó una nota detallada sobre los estudios micrográficos, hechos en rocas recogidas por él, en compañía del señor Areitio; en las cercanias del Escorial, cuyo trabajo pasó á la Comision de Publicacion.